

**VIAGE
DE LA RAZON
POR LA EUROPA
POR EL MARQUESCARACCILO**

TRADUCIDO DEL FRANCÉS AL CASTELLANO

POR DON FRANCISCO MARIANO NIFO.

PARTE PRIMERA.

UNDECIMA IMPRESION

CON PRIVILEGIO

Y LAS LICENCIAS NECESARIAS.



**MADRID: IMPRENTA DE CANO:
1819.**

*Se hallará, con las demas obras del autor,
en la librería de Matute, calle de las
Carretas.*

Reg. 10260

VIAJE

DE LA RAZON

POR LA EUROPA

POR EL MARQUESS CARACCIOLO

TRADUCCION DEL FRANCÉS AL CASTELLANO

POR DON FRANCISCO MARTINEZ GARCIA

PARTES PRIMERA

UNDECIMA EDICION

CON PRIVILEGIO

Y LAS LICENCIAS NECESARIAS

MADRID: IMPRINTA DE CAÑO

1819.

Se hallará con los demás libros de esta
en la librería de don Juan de la Cruz
Cabrera.

10/20

[Handwritten signature]

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Esta no es obra de la crítica, pero sí de la verdad. Las observaciones que hace la razón, bajo el nombre de **LUCIDERO**, serían insípidas, si no tuvieran por objeto mas que los elogios. No hai libro geográfico, que hablando de diferentes pueblos, no diga que los unos son perezosos, los otros vengativos, éstos ligeros y aquellos astutos; porque no hai pueblo alguno que no tenga sus defectos. Entre el panegírico y la sátira se halla comunmente la verdad.

Los habitantes de un pais, y sobre todo los de las ciudades pequeñas, quisieran que no se ha-

*

IV

blára del lugar de su nacimiento sino para alabarlo; esto es efecto de un amor propio mal entendido, ¿pero qué se han de prodigar elogios á diestro y siniestro, por no exasperar la delicadeza del orgullo ó preocupación? La lengua de la razon siempre será la de la sinceridad.

No se ha llevado en esta obra otra mira que dar á conocer las costumbres y los usos de diferentes paises; como tambien los progresos de las ciencias y las artes, no disertando sino desflorando. La brevedad es un mérito, particularmente en un siglo superficial; y ademas de esto una nota hecha á propósito, vale á veces tanto como una descripcion. Dichoso aquel escritor que dice muchas cosas con pocas palabras.

El mayor número de los libros son inútiles para los lectores: porque se atienen á opiniones populares ó á preocupaciones

nacionales , en vez de no dar oídos sino á la verdad. Casi siempre es la preocupacion la que condena ó aprueba una obra. *No seais de ningun pais ni tiempo* , decia el canciller Bacon de Verulamio, *y juzgareis sanamente de lo que se digere de vuestro talento , de vuestros procederes y costumbres ;* pero nadie hai que no quiera ser adulado. Pocos hombres saben ser ciudadanos del mundo , cuando se trata de sentenciar contra ellos ó contra los usos de su patria. Todos se suscriben con mucho gusto en el juicio que se hace de una nacion vecina , y ninguno quiere reconocer su propio retrato. Esta viene á ser la historia de una persona fea , que acusa al que la ha pintado de ignorante ó de inexacto.

TABLA

de los capítulos que contiene esta parte primera del Viage de la Razon por la Europa.

Capitulo I. Comienza <i>LUCIDORO</i> por la <i>Turquía</i>	1.
II. Pasa á <i>Rusia</i>	12.
III. Va á <i>Libonia</i> , y visita la <i>Polonia</i>	24.
IV. Observa la <i>Suecia</i> y la <i>Dinamarca</i>	40.
V. Ve la <i>Prusia</i> y la <i>Sajonia</i>	50.
VI. Va á <i>Viena</i> de <i>Austria</i>	60.
VII. Recorre la <i>Baviera</i> , y algunos otros <i>Electorados</i>	70.
VIII. <i>Flandes</i>	80.
IX. De la <i>Holanda</i>	88.
X. Llega á <i>Londres</i>	98.
XI. Visita <i>Portugal</i>	113.
XII. Hace juicio de <i>España</i> y de los <i>Españoles</i>	117.
XIII. Hace el viage de <i>Italia</i> , y se detiene en <i>Génova</i>	123.
XIV. De la <i>Córcega</i>	129.
XV. Hace observaciones sobre <i>Venecia</i>	132.
XVI. Pasa por <i>Liornia</i> y <i>Bolonia</i>	139.

XVII.	<i>Llega á Malta, y visita la Sicilia</i>	145.
XVIII.	<i>De Roma y sus moradores.</i>	165.
XIX.	<i>De la república de S. Marino.</i>	194.
XX.	<i>De la Toscana.</i>	201.
XXI.	<i>De Luca.</i>	212.
XXII.	<i>De Parma y Plasencia.</i>	214.
XXIII.	<i>De Módena.</i>	219.
XXIV.	<i>Del Milanesado.</i>	221.
XXV.	<i>Del pais de los Suizos.</i>	228.
XXVI.	<i>De la Saboya.</i>	237.
XXVII.	<i>Del Piamonte.</i>	242.
XXVIII.	<i>Del Tirol.</i>	251.

*En donde éste se venden las obras del mar-
ques Caracciolo, nuevamente reimpresas
y correctas.*

- I. El Idioma de la razon, contra los falsos filósofos modernos de nuestro siglo, que por favorecer la sensualidad, han tratado con poco respeto los derechos de la religion y de la humanidad.
- II. El Idioma de la religion, contra los incrédulos pertinaces, materialistas y deistas de nuestra edad, que por conseguir la falsa quietud de su conciencia, intentan con sus falsos sofismas turbar el espíritu de las personas timoratas.
- III. La Vida del Papa Clemente XIV (Ganganelli) corregida.
- IV. Cartas del dicho Papa: en cinco tomos.
- V. La verdadera alegría del alma, que ense-

- ña á conformarse el hombre con los decretos de la providencia, y gozar siempre dentro y fuera de sí una paz imperturbable.
- VI.** La conversacion consigo mismo: medio conveniente para no estar jamas solo el hombre, aun en los desiertos mas retirados y tristes.
- VII.** El verdadero Mentor ó ayo de la nobleza: libro de oro para los que no tengan el alma de yerro, y deseen hacer felices á sus hijos, logrando instrucciones oportunas para ser útiles para sí y para el estado.
- VIII.** La pintura de la muerte, término y puerta de la felicidad ó desventura del hombre.
- IX.** Los verdaderos intereses de la patria.
- X.** El cristiano de estos tiempos, confundido por los primeros cristianos, con unas ilustraciones al fin, que dan suficiente idea de los abusos perjudiciales de nuestros dias: en dos tomos.
- XI.** Principios fundamentales de la religion de Jesucristo Señor nuestro, ó catecismo de las personas de juicio: en dos tomos.
- XII.** Las Noches Clementinas: en dos tomos.
- XIII.** La despedida de la Mariscalca de Francia á sus hijos en los últimos periodos de su vida: tratado oportuno para todas las personas que aspiran al logro de la verdadera grandeza.
- XIV.** Religion del corazon ó idioma sagrado del espíritu con la divinidad: obra póstuma.

„ó si reverencian todavia mis le-
„yes.“ Inmediatamente tomó la
talla y fisonomía de un filósofo
amable, tal como se apareció Mi-
nerva á Telémaco, y se encaminó
al imperio de los Otomanos.

Su equipage no tenia el des-
aseo de los coches de alquiler, ni
la elegancia de los cabriolés. Con-
sistia solo en un carruage cómodo,
sobre el que no se veian dorados,
ni barnices.

Un criado solo, menos considera-
do como esclavo, que como amigo
pobre, era toda su comitiva. La
Razon no es presumida ni tirana.

El primer país que recorrió LU-
CIDORO (este es el nombre que to-
mó la Razon) fueron formidables
desiertos. Aqui se le presentó un
anciano inocente, á quien tenia
preso el Despotismo. Este se llama-
ba Nabal; y por delaciones secre-
tas, de las que él mismo ignoraba
el asunto, estaba condenado trein-
ta años habia, á vivir lejos de su

por la Europa.

3

familia ; ó mas bien de todo el mundo.

Con todo, el Sultán se tenia por el príncipe mas ilustrado ; pero no hay medio de ser desengañado, cuando no hay otro consejo que cortesanos artificiosos que acreditan su mentira ; y ahuyentan la verdad de los palacios. *La inocencia no tiene mas que una voz, y la injusticia innumerables.*

Cualquiera se habria enternecido á vista de aquel venerable prisionero. Ademas de una barba mas blanca que el marfil ; que le comunicaba el aire del candor y de la sencillez, levantaba continuamente los ojos al cielo, y le rogaba con el fervor mas ardiente que perdonase á sus acusadores. *Todo está hecho para nuestro bien,* decia ; y la Providencia tiene sus designios en tenerme en esta cautividad. Yo tenia un empleo brillante que podria haberme deslumbra- do ; y aqui no me ocupa otro ob-

jeto que mi alma, á quien es imposible aprisionarla. Yo la ensalzo sobre este cuerpo que veis cautivo, y la llevo por espacios mil veces mas dilatados que la Turquía.

No hay prision ni destierro para una alma elevada, le dijo LUCIDORO; las murallas se convierten en polvo á la vista de un hombre que mira toda la tierra como un átomo, y que solo atiende á cumplir con su obligacion. Despues de haber dejado al virtuoso Nabal, pasó mas de una hora reflexionando sobre la sabiduría y prudencia, que las consideró moradoras de todos los climas.

Vé aqui una porcion del mundo, decia LUCIDORO, donde al parecer, no se habia de hallar sino ignorancia y barbarie, y yo he hallado aqui un sabio digno de gobernar á los mismos reyes. ¡Qué bello egemplo! ¡pero desconocido de esos entusiastas orgullosos, que creen que no hay

otro mérito que el de su país!

A poca distancia se ofreció á la vista de nuestro filósofo *Constantinopla*; pero esta fue un espectáculo, que, aunque encantador, no le trajo á la memoria sino los asesinatos y los horrores que refiere la historia. Las hazañas de Constantino, las catástrofes de Mahoma, fueron el único punto de vista que fijaron su atención. *Siempre se junta lo pasado con lo presente cuando se viaja con reflexion.*

Apenas se internó en la ciudad, cuando se conformó con las costumbres de sus moradores. No se le oyó á LUCIDORO ni burlarse de sus usos, ni lamentarse de sus modales. Se contentó con deplorar interiormente la esclavitud de la nación, y la ignorancia que es consecuencia forzosa; reconociendo sin embargo, que el juicio de los Turcos está menos ofuscado que en algunos hombres que leen con exceso. *Se toma por lo comun el juicio de*

todos, y se pierde el propio juicio cuando se quiere saberlo todo.

El aparato espantoso con que se llega al Sultán le irritó. El no vió sino una degradacion de la humanidad, abatimiento en los súbditos y altanería en el Soberano. Estos hombres, dijo LUCIDORO para sí, son estatuas y no criaturas pensativas.

Notó que las mugeres, tan dignas de ser amadas por su talento y amenidad, no eran queridas entre los musulmanes sino en cuanto á la hermosura, y que con esto ultrajan al sexo en vez de honrarle.

Esto le dió á entender una Circasiana que habia sido sacrificada á la pasion de un Bacha. Yo fuí, (decia esta jóven hermosura, tan hermosa como modesta) robada de edad de once años para ser aqui el juguete ó entretenimiento de los caprichos y furöres del hombre mas extravagante y cruel; él me

sofoca con caricias, y luego me abrumba á golpes.

Pronunciando estas palabras, se arrancaba el hermoso cabello que las gracias habian rizado. Después añadió, humedeciendo sus sonrosadas mejillas con algunas lágrimas (lágrimas semejantes á las gotas del rocío) que si no hubiera mediado su desgracia, habria mantenido con trabajo de sus manos á una madre, á quien amaba mas que su propia vida, y que habria conservado tambien una inocencia, que se le habia dicho era mas preciosa que todos los tesoros. *La virtud es de todos los paises.*

Se enterneció LUCIDORO con esta relacion: Animó el valor de esta infeliz criatura, y la aseguró que todos los esfuerzos de los hombres no podian hacernos culpables sin nuestro consentimiento, y que el cielo tarde ó temprano la libraria de su cautiverio.

Verificóse el oráculo algunos

dias despues. El Bacha fue degollado por haber cometido muchas injusticias, y quedó libre la desgraciada Circasiana.

Condugéronla sus primeros pasos á casa de LUCIDORO, quien, lejos de abusar de sus hechizos y de su infortunio, la hizo partir adonde estaba su madre, despues de haberla dado algunas monedas de oro, y algunos consejos relativos á su situacion; y despues la recomendó al Capitan del navío, que estaba pronto para hacerse á la vela.

Estaba ya distante el navío, y vió LUCIDORO, que por entre las olas, unas manos mas blancas que el alabastro se levantaban ácia el cielo, pidiendo, al parecer, que derramase sus dones sobre tan generoso bienhechor. *El reconocimiento y gratitud son obra del corazon, mas que de la crianza.*

Pasó LUCIDORO el dia saboreándose con el placer que produce el hacer bien, y al dia siguiente tuvo

una larga conversacion con el Visir sobre la política y costumbres del pais. Este ministro, hombre hábil y discreto, le confesó, que las preocupaciones arraigadas en el espíritu de la nacion, embarazaban al gobierno precaverse contra las pestes y los incendios: que la afeccion que enervaba sus tropas era el sepulcro del valor: que se gastaba en sus egércitos un lujo incompatible con las marchas y combates; y que para hacer buenos militares de sus oficiales, seria necesario que fueran allí gefes Prusianos para formarlos, ó que fuesen ellos mismos á tomar lecciones de los extranjeros.

Ya no se hace la guerra, añadió, como se hacia cincuenta años antes de ahora, y nosotros solo tenemos el método antiguo, medio seguro de ser siempre vencidos.

LUCIDORO, admirado de la exactitud de estas reflexiones, le preguntó, si conocia que el Despo-

tisimo embrutecia las almas, pero su buen juicio no iba tan lejos, y aun manifestó enojarse.

Los hombres pagan siempre por alguna parte tributo á la humanidad.

.....

CAPITULO II.

Pasa Lucidoro á la Rusia.

Petersbourg se ofreció á sus ojos, una ciudad delineada sobre Viena y París, esceptuando que el mayor número de las casas no eran tan cómodas como las de Francia.

Se le introdujo en las casas de los mas grandes señores. Estos son muy accesibles. Observó, que las comodidades de la vida eran allí mucho menos conocidas que el fausto: siendo este tal, que faltando lo necesario, abundaba lo superfluo: que en fin, las menudencias

domésticas no correspondían á la magnificencia exterior. *Los hombres pocas veces usan de una justa proporción en sus gastos.*

La sociedad y buen trato de los Rusos le agradó mucho á nuestro filósofo. Halló en su comercio aquella exactitud y aquella sagacidad que constituyen el hombre de talento; y reconoció que aunque no fueron formados hasta el tiempo de Pedro el Grande, estaban ya al nivel de los pueblos mas instruidos y mas cultos.

Todos estaban ocupados con la guerra contra los Turcos; y LUCIDORO habria querido que estuvieran ocupados solo en la paz. Preveia que esto iba á parar en muertes y horrores, y que cada Potencia beligerante, segun el destino de casi todas las guerras, finalizaria volviendo cada uno á su Estado sin fuerzas y sin dinero. *La paz seria durable, si antes de romperla se calculase lo que cuesta.*

LUCIDORO no se detuvo en estas reflexiones. Quiso conocer el verdadero motivo que hacia obrar á los Rusos, y él creyó adivinar, que realmente no habian comenzado esta guerra sino para conservarse en el arte de pelear y maniobrar bien: las circunstancias los llevaban mas lejos de lo que habian previsto, y ya no combatian sino por honor.

La profesion de las armas es un ministerio que realmente es necesario egercerle. *Los hombres se enmohecen lo mismo que los fusiles, si no se les saca de la inaccion.* Los Turcos por lo comun no son vencidos y derrotados, sino porque pelean raras veces.

El nuevo código de las leyes, obra inmortal de la Emperatriz reinante, escitó la atencion de nuestro viagero. Por todas partes halló rasgos de prudencia y talento. Dichoso este pueblo, exclamó, si sus costumbres corresponden á sus le-

yes; pero es de temer que llegue á ser muy comun el vicio del dispendio, y que el lujo, por último, empobrezca la nacion. *Hai una gran distancia entre los preceptos y la egecucion.*

De Petersbourg pasó nuestro filósofo á Moscow, ciudad inmensa, donde no falta mas que policia y moradores; pero hay en ella hombres eruditos. Las sociedades de personas literatas erigidas en la Rusia, tienen una reputacion mui bien merecida. Las visitó nuestro filósofo, y no pudo negarles su voto. *No hai celo que iguale á los ojos del amo.*

Habria querido LUCIDORO que Pedro el Grande cuando despojó al Patriarca de Moscow de una autoridad demasiado absoluta, se hubiera ocupado en la instruccion del clero. Esceptuando algunos obispos Griegos, que en calidad de monges Basilios, tienen alguna sabiduría; los sacerdotes del pais, vul-

garmente llamados Popes , estan envueltos en densas tinieblas. Estos colocan á San Nicolas casi superior á Dios ; y defienden como artículo de fe , que la escultura con que se adornan las Iglesias , es una violacion manifiesta del primer mandamiento ; porque en él se manda no se hagan imágenes labradas para adorarlas , y que la pintura , al contrario es mui permitida. *La ignorancia ha sido siempre madre de la supersticion.*

La Siberia , aquella tierra de destierro , en donde perecen tantos infelices , no podia dejar de llamar la atencion de LUCIDORO. Fue allá con aceleracion : ¡ pero qué terrible objeto para la vista ! No se descubren en la Siberia sino desiertos espantosos ; y en donde , por órdenes espedidas de la corte , no hai sino hombres desgraciados , á quienes se castiga ó se sacrifica. Estos viven distantes unos de otros , sin comunicacion alguna.

Visitó LUCIDORO casi todos los desterrados, y en este largo y penoso viage, no entendió otro idioma que el de la queja y sollozo. Aquí halló á un señor, que estaba sepultado en una caberna, sin otra compañía que la desesperacion: á otra parte se veia un cortesano, que habia gozado el mayor crédito, y que no podia saber cuál era la suerte de su muger y sus hijos.

Parece, decian todos estos desgraciados, que este infeliz territorio no es porcion del universo: aquí no hay ya comercio, ni con los vivos, ni con los muertos. Nosotros no vemos otra cosa que nieve, y pisadas de animales.

Lo que mas penetró el corazon de nuestro filósofo, fue un jóven oficial, de edad de veinte y siete años, que por haber hablado con alguna indiscrecion de un ministro, se hallaba allí veinte y dos meses habia. Su rostro noble y agraciado, anunciaban una bella alma, sus ojos

bañados en lágrimas, declaraban su dolor. Se habia fabricado una especie de gruta, la que tapizó con imágenes de la muerte. Estas, que eran de tierra, y construidas con sus manos, le consolaban, como objetos de su último fin. No me queda ya sino esta esperanza, y procuro labrar con ella mi dicha.

„ Sin embargo, añadió él, cual-
„ quiera que seas, amable viagero,
„ que vienes aquí á visitar unos vi-
„ vos sepultados; tu, sin duda, vol-
„ verás á Petersbourg, emplea tu
„ crédito ó tu llanto para represen-
„ tar nuestros males á la Empera-
„ triz. Seguramente se le oculta el
„ horror de este pais, que aun se-
„ ria tolerable, si los desterrados
„ pudieran á lo menos comunicar-
„ se unos con otros, para hacer so-
„ ciables sus penas: este sería un
„ bien, tanto para la patria, quanto
„ para nosotros. Reuniendo nues-
„ tras fuerzas, nuestras luces y nues-
„ tra actividad, fertilizariamos es-

„tos desiertos, y el Imperio sacaria
„su utilidad; pero esta seria obrar
„con humanidad, y solo se apete-
„cen castigos bárbaros, como si no
„bastára privarnos de nuestros bie-
„nes, de nuestras familias y de nues-
„tros empleos.

„¡Ay de mí! continuó, yo soi
„mucho mas infeliz que qualquie-
„ra otro, porque he recorrido pai-
„ses extranjeros, y he vivido seis
„meses en París, morada hechice-
„ra, cuya memoria aumenta mi
„mal.“

Concluyó, preguntando si era
lúnes ó mártes, porque habia per-
dido ya la serie de los dias. Su des-
pedida enterneció vivamente á Lu-
CIDORO, y le acompañó con todo
cuanto tiene de agudo y congojoso
el dolor.

Con todo, parece que en algún
modo se consoló, cuando nuestro
filósofo le dijo, que la vida no era
mas que un instante, que todo ve-
nia á ser igual en llegando á la

muerte, que solo el buen uso de las penas, es el que podia hacerlas tolerables, y que la vista del cielo era la mejor perspectiva para calmar los pesares.

Cuando ya le vió mas tranquilo se escapó, y tomó el camino de *Tobólsk*, capital de la Siberia, y volvió á la vereda que conducia á *Petersbourg*. Se le mostró por el camino la ermita del famoso príncipe *Menzkof*, que de aprendiz de panadero, llegó, bajo el reinado de Pedro el Grande, á ser general del ejército, y primer ministro, á quien el abuso de su crédito, desterró á *Yakouska*. Bajó para visitar esta memorable soledad, la reconoció con un gran sentimiento de admiracion y dolor, mucho mas porque *Menzkof* espió sus culpas con el llanto, y concluyó la carrera de su vida, siendo el mas celoso discípulo de la razon.

A poca distancia de aquel sitio, vió *LUCIDORO* el parage donde el

conde de Munich, durante su largo destierro, egerció el oficio de labrador y jardinero, y dejó el azadon y el arado para volver triunfante á la corte. *Hai hombres que parece han nacido para cosas mui extraordinarias.*

Apenas volvió nuestro extranjero á Petersbourg, tuvo una larga y secreta sesion con los ministros. Díjoles libremente, que la esclavitud deberia abolirse en la Rusia: que aquel Imperio no seria culto sino á medias, mientras que los hombres no gozasen de la libertad: que el rigor del destierro con que se castigaba á los culpados, era peor que la muerte: que era preciso evitar para siempre, que un Imperio tan dilatado fuese teatro funesto de horrores y turbulencias; y que, últimamente, no podian ignorar que el despotismo vive siempre pared en medio de la anarquía. Ellos convinieron en todo esto; pero que era el cascabel de la fábula de

los ratones, y que nadie se atreveria á ponérsele al gato. No es fácil refundir las constituciones de un Estado.

Se admiró LUCIDORO, que despues de tantas reformas; y sobre todo, con el egemplo de Inglaterra, se atuviese aun la Rusia al kalendario antiguo. *La costumbre viene á ser una lei casi para todos los hombres.*

CAPITULO III.

Pasa Lucidoro por la Livonia, y visita la Polonia.

Jamas vió la Europa un viagero tan prudente y juicioso. Sus palabras eran precisas, sus procederes mesurados, y nada se escapaba á su atencion.

Halló en la *Livonia* algunos señores instruidos, pero viven tan apartados unos de otros, que no pueden

comunicarse sus reflexiones, y sucede con la ciencia lo mismo que con el fuego, es preciso alimentarle, porque si no se apaga.

Se estravio para visitar la *Courlandia*, sin sacar de ella otro fruto, que hallar casualmente algunas personas literatas. *La tierra se cultiva mucho mas que el talento.*

Casi repentinamente se halló en la *Lituania*, que no tiene cosa notable sino sus florestas. Allí vió en medio de la nieve á un mancebo con media de seda, que iba á pie, y gorgeando una arieta. Desde luego creyó que era frances, y no se engañó. Tuvo gusto en preguntarle, ¿qué fortuna ó casualidad le habia llevado á un pais tan distante?

„ Mi historia es mui sencilla,
„ respondió el elegante peregrino:
„ yo era aprendiz de peluquero,
„ cuando un caballero Moscovita
„ me llevó de París á Moscow por
„ su ayuda de cámara. Apenas hu-

„be llegado á dicha ciudad, noté
„en ella la mayor miseria bajo las
„esterioridades mas lucidas. Víme
„precisado á vivir entre unos cria-
„dos, que no tenían zapatos, ni
„camisas, y que solo comian lo que
„podian pillar mañosamente. El
„duro suelo era su cama; y todo
„su tocador consistia en peinarse
„con los dedos. Hai menudencias
„económicas en las casas Moscovi-
„tas, que se hacen increíbles á los
„franceses.
„Esto me ha determinado á
„volver á París, en donde estima-
„ré mas ser perro de la calle de las
„carnecerías que tener un palacio
„en Moscow. Entré en una Igle-
„sia antes de partir, y os confieso,
„que quisiera haber podido llevar
„conmigo los santos que ví en va-
„rias capillas, porque los conside-
„raba mui mal colocados en un
„pais tan desaliñado y ridículo.“
Solo un frances podia tener tales
ideas.

Esta pequeña aventura divirtió mucho á LUCIDORO (*la razon de todo saca provecho*). Pagó la relacion del peluquero, porque lo merecia, y él continuó su camino. Los primeros Lituanos que se ofrecieron á sus ojos, fueron prueba de que el gobierno del pais tenia algo de vicioso. Eran otros tantos miserables, que parecian mas que hombres, espectros ó fantasmas; y esto debia atribuirse á su calidad de siervos ó esclavos. La servidumbre, que pasa á ser esclavitud, es madre de la indigencia, la que destruyendo la emulacion, sofoca la agricultura y el comercio.

La Polonia ofrece por todas partes pruebas de esta triste verdad. Nuestro filósofo halló allí montones de judios, que hacian todo el comercio y el negocio. Para hospedar á los viageros, era preciso transformar las caballerizas en mesones ó posadas, en las que dormian juntos los hombres y los ani-

males ; y aun esto era mucho mejor que dormir en el Vivac.

Despues de haber recorrido la *Ukrania*, á quien llamó LUCIDORO paraíso terrenal, habitado por vagabundos, fue á parar á *Leopold*, que se creerá es un monton de ruinas; y por esta causa dijo, que se maravillaba cómo se llamaban ciudades una multitud de aldeas, perdidas en el lodo; y que desaprobaba aquellas trabas ó grillos que se ponian á la república con el pretesto de libertad, las que le embrazaban el obrar y pensar; esto es, aquel *liberum vero*, por el cual, el mas pequeño caballero puede suspender las deliberaciones del Senado.

Cracovia, le pareció una ciudad grave, en donde se imitaban las costumbres de los Alemanes: *Varsovia*, una ciudad elegante, en la que se copiaban las modas de los franceses. Visitó á los señores, y los halló mui afables y mui instrui-

dos; pero esto recreció sus sentimientos, en cuanto al palacio de Cracovia, que los Rusos habian arrebatado. Se sintió vivamente afligido, al ver que la Polonia estaba privada de un Senador tan virtuoso y tan ilustrado. *¿Por qué ha de ser comunmente la persecucion recompensa del mérito?*

Los colegios llamaron la atencion de nuestro filósofo, y á la verdad eran dignos. Alli se enseña la filosofia de Newton, y Maestros mui hábiles se dedicaban con celo á instruir bien á sus discípulos.

Empleó algun tiempo en recorrer los anales de Sobieski, y esclamaba frecuentemente: ¡Oh, gran rey, si no hubieras dado oidos á los consejos de una reyna codiciosa, no se hubiera envilecido tu reinado! *Basta una muger inquieta y entremetida para arruinar un Imperio.* El soberano que se hace su esclavo, se hace por lo comun despótico.

Se llenó de gozo al ver la biblioteca pública, que enriquece á *Varsovia*; pero al mismo tiempo experimentó gran sentimiento, por no haber hallado en ella á su bibliotecario. Razones de Estado le tenían cautivo en la Rusia; acaecimiento otro tanto mas enojoso, quanto que José Paluski, obispo de *Kiovia*, es un prelado que conoce todos los libros, y que la Polonia le debe el gran beneficio de tener por su celo una soberbia coleccion.

Quando le hablaron de la guerra, que producía confederaciones en todos los Palatinados, se maravilló que con tan poca disciplina, y tan corta artillería, pusieran tropas en campaña, y marchasen contra un enemigo poderoso. Pero lo que era mas extraño, es que el mayor número de los caballeros que escitaban al combate, y que se batian, no sabian quien los animaba. Todos creian que estaban violadas las leyes; y sobre esto todos mon-

taban á caballo , y guerreaban.

Esto le dijo á LUCIDORO un noble Lituano , que le referia el ardor que le llamaba al combate.

„Yo voi á hacer que me maten;
„dijo , sin saber si el partido que
„yo tome es el bueno ó el malo.
„La multitud me arrastra , y será
„el cielo el que decida si me enga-
„ño ó tengo razon.“

El valor , hijo del entusiasmo, siempre es temeridad. Sin embargo, nuestro filósofo, ocultando quien era , examinaba atentamente los usos y costumbres ; y si hubiera podido hacer que le escucháran , habria esparcido entre los señores menos fausto y mas comodidades ; y en vez de aquella muchedumbre de criados , que tienen á su sueldo y que se mueren de hambre , tuvieran solo la tercera parte , y ésta mejor alimentada , y no tan mal vestida. Habria suprimido aquellas largas y suntuosas comidas , que consumen el tiempo

y la salud ; y habria establecido una justicia capaz de mandar pagar prontamente á un desgraciado acreedor: habria dado mas autoridad al Rey , asociándole , sin embargo , un Senado para nombrar los Palatinos y los Starostes ; siendo inegable que todo se consigue quando todas las dignidades y empleos de la república estan á su disposicion.

Ultimamente, concluyó , despues de haber examinado las fuerzas y las leyes de Polonia, que eran un país, donde habia muchos soberanos y ninguna autoridad.

Muchos Polacos convinieron en que esto era cierto, y particularmente la Palatina de *** , muger tan hermosa como discreta, la que tuvo con nuestro filosofo una larga conversacion. Como buena patriota le circunstanció los males del país. „Nos falta, dijo, aquella armonía propia para mantener el buen orden, y practicarlo bien.

„ Todos , entre nosotros , se atribu-
„ yen el derecho de decidir , y ca-
„ da uno juzga segun su capricho
„ ó su pasion. Se creyó en otro
„ tiempo que los viages refundirian
„ los usos y las costumbres , y des-
„ aparecieron nuestros modales na-
„ turales , y ocuparon su lugar los
„ ridículos. *Haciéndose mas culto*
„ *nuestro Estado , consiguió ser mas*
„ *cauteloso.* Para comprar las mo-
„ das se vendieron las virtudes,
„ y la generosidad , que en tiem-
„ pos pasados eran nuestro patri-
„ monio , y se ha sumergido en
„ lujo frívolo. En el dia necesita-
„ mos dorados , alhajas , pompas;
„ pero inútiles, y contrahemos mu-
„ chas deudas , para asemejarnos me-
„ jor á los Parisienses. Nosotros ya
„ no comemos , si no es frances nues-
„ tro cocinero.“

Hallábase á la sazon con noso-
tros un anciano Polaco, vestido se-
gun el uso del pais, y levanto la
voz , diciendo: „ yo jamas he gas-

„tado terciopelos, ni encages, solo
„he tenido por adorno un sable y
„unos grandes mostachos: pero he
„cumplido siempre mi palabra, y
„he peleado con valor. Muchos de
„nuestros senadores, que obser-
„van todavia nuestras costum-
„bres antiguas, os hablarán esta
„misma lengua. Ellos os dirán,
„que una cabeza que solo se os-
„tenta con alto peinado y papillo-
„tes, es una cabeza vacía comun-
„mente; y que hay mas corazones
„de hielo debajo de vestidos dora-
„dos, que debajo de pieles de bú-
„falo; y que nuestra desgracia
„proviene de que, deslumbrados
„por la ostentacion de un bello
„espíritu, no damos oidos, como
„debiéramos, á la razon.“

Al oir esto último, se sonrió
LUCIDORO; y convino, sin violen-
cia, en que los hombres no se con-
ducian bien, sino cuando eran ra-
cionales; y que *sucederia una esce-
lente reforma en el universo, si el*

juicio tuviera bastante poder para hacerse reformador.

„Sin embargo, yo debo confesar (dijo la Palatina) que con todas nuestras miserias, todavía somos un país, donde hay maridos muy fieles, esposas sumisas y obedientes, hijos dóciles; y que muchas naciones, cambiando sus costumbres con las nuestras, ganarían mucho en el trato.“

Las mugeres, á quienes cultivaba la educación en Polonia, son las mas hechiceras y amables del mundo.

Disponia ya su marcha nuestro filósofo, cuando supo que el pueblo se juntaba en el vecindario para ver un cadáver, que decían ser un *Vampiro*. Fue allí, y aunque él solo vió un hombre muy muerto, sin movimiento y sin vida, bien que tenia el rostro inflamado, unos religiosos defendían que se movía, y también que gritaba, tanto puede lo preocupado,

cuando se deja dominar de la supersticion. El gran concepto que se tiene de ellos , hace creer todo lo que quieren , porque en Polonia apenas hai familia que no tenga algun fraile por consejero.

LUCIDORO hizo todos sus esfuerzos para darles á entender , que aquel color rojo que les admiraba , no tenia otra causa que la cualidad de la tierra donde habia sido depositado aquel cuerpo , ya cadáver. Lejos de adherirse á su dictámen , le trataron de impio , y quisieron apedrearle. De este modo acostumbra responder el fanatismo.

Huyó LUCIDORO sagazmente , y en el camino vió llanuras dilatadísimas , y bosques de pinos , que le cercioraron en que la Polonia , lejos de ser poblada , apenas tiene cinco millones de habitantes. Por esta razon estrae la mayor porcion de sus granos para adquirir dinero , y muchos géneros que le faltan.

Los granos son toda su riqueza, agregando las salinas de Cracovia y las cenizas de cierta madera, llamada *Patave*, que sirve para varios tintes.

El no haber hallado allí *Lucidoro* ladrones, es porque los *Polacos* tan dificultosamente van de acuerdo para hacer mal, como para hacer bien.

CAPITULO IV.

Observa la Suecia y Dinamarca.

Un viento favorable y un bagel cómodo llevaron prontamente á *Stockolmo* á nuestro juicioso viajero. Se manifestó con una modestia que agradó mucho á los *Suecos*. Sin ser estos simples, estiman mucho la sencillez. Siempre ha habido entre ellos los mejores soldados. La primera atención de Lu-

LUCIDORO se fijó en el Senado, que como todos los tribunales del mundo, tiene sus beneficios y sus inconvenientes; pero confesó, que el voto ó voz que se concede á los plebeyos, acreditaba la prudencia de la nacion. *El juicio siempre es respetable, como quiera que vaya vestido.*

Era mui conveniente, segun su dictámen, que él manifestó con la mayor reserva, que hubiera menos altercacion en el Senado, y alguna mas diferencia con el Rey: bien que la libertad no habia ganado nada; pues se sabe que su imperio consiste en la independendencia. Cristina, ni Cárlos XII estan olvidados; aquella porque ilustró el Norte, y esotro porque le abrasó.

LUCIDORO trajo á la memoria muchas épocas de su reinado, y les acusó de haber sido demasiado movedizos. La imaginacion hace mui raras veces amistad con el arte de gobernar. *Es necesaria gran flema,*

*mucho mas que ingenio para conducir
hombres.*

Descartes, que murió en Suecia, fue alguna vez asunto de las conversaciones. Observó nuestro viagero, que este filósofo, que no admitió vacío en el universo, dejó bastantes lugares vacíos en sus escritos; pues enriqueciéndonos con la historia del alma, nos dió en ella una novela ó fábula de la naturaleza.

Un dia, que se paseaba LUCIDORO al rededor de aquellas minas, cuya descripción no mas causa susto y horror, cuyos abismos sirven de retiro á los delincuentes, que se destinan prudentemente al trabajo, mas bien que á la muerte, le ofreció un encuentro con un paisano digno de ser citado. Orgulloso, con la cualidad de Sueco, no habria cambiado su estado por las mas distinguidas condiciones de otros reinos. „ Por cualquiera otra „ parte del mundo, dijo, se me

„tendria por un objeto digno del
„desprecio; pero aqui se me oye,
„y soi parte del Senado. *Mientras*
„*las sociedades de agricultura, aña-*
„*dió, se desdeñen de tener por sus*
„*miembros labradores, no harán sino*
„*libros, y con ellos no serán mejor*
„*cultivados los campos; porque no*
„siendo yo mas de lo que veis, he
„leido un poco, y he aprendido
„que la razon de los paisanos, aun-
„que cruda, vale mucho mas que
„las salsas ó sainetes del ingenio.“

Este buen labrador era cabeza de una numerosa familia, á la que repetia incesantemente, que el *mas honrado título del hombre, es el ser hombre*; y que el honor de tener una alma inmortal, es superior á todas las dignidades.

En su aldea le consultaban todos como á oráculo de aquel territorio, y sus virtudes le hacian mas respetable que su juicio. La muger de este buen hombre ofreció á nuestro filósofo una comida agreste.

Asistió á ella con mas gusto que si se hallára en los festines mas soberbios. La serenidad que brillaba en los rostros de los convidados, traia á la memoria la edad de oro. El padre, la madre y los hijos gozaban una dicha inalterable: podia llamarse esta casa la cofradía de los dichosos. Tenian suyo un corto terreno, en el que con un trabajo obstinado forzaban á la tierra, para que les franquease lo que tenia mas precioso. *No hay tesoro comparable á la mediocridad: esta concede al alma una tranquilidad, que es mucho mejor gozarla que definirla.*

Mas sintió LUCIDORO dejar á estas buenas gentes, que si se alejáran de las personas mas calificadas. Se despidió con un á Dios tan tierno, que declaraba todo su pesar y setimacion. Una familia de este temple, vale cuando menos, tanto como una sociedad de agricultura.

Los Suecos, que por su trato

amable han merecido el renombre de pequeños franceses, tuvieron particular complacencia con nuestro amable viagero. Muchos de ellos le acompañaron hasta el mar; y entonces les hizo el elogio de la reyna, como de una princesa, que por su talento merecia realmente ser hermana del rey de Prusia, y que tenia la dicha de ser madre de príncipes los mas perfectos. Se saludaron y abrazaron, y en poco tiempo se vió LUCIDORO en medio de *Copenhague*.

Quedó mui admirado al ver un monarca jóven, que tenia la madurez y juicio de los ancianos, y cuyo entendimiento, formado con viages y lectura, anunciaba que seria la luz de sus estados. Tuvo LUCIDORO muchas conversaciones secretas con él, y de ellas resultó, que debia ser desterrado el fausto de Dinamarca, como de un reino en el que era sumamente pernicioso; y que era siempre ne-

cesario que un Estado gastase mucho menos de lo que dan sus rentas, para tener de repuesto algunas sumas.

Los ministros le parecieron á **LUCIDORO** muy dignos del empleo con que servian á la patria por solo el honor de servirla; gloria tanto mas apreciable, quanto que no es comun.

Nuestro filósofo pasó de la corte á la ciudad: este es el medio de conocer bien las costumbres, y el carácter de una nacion. El conocimiento de los hombres requiere muchas individualidades. *El que solo ha tratado grandes, por lo comun no ha visto sino la simulacion. Los pequeños se dan á conocer con mas facilidad.*

Los Dinamarqueses, segun la relacion de **LUCIDORO**, olvidan lo que son, por parecer Alemanes: esto les da un aire de sujecion, otro tanto mas dislocado, quanto que van á ganar mucho en

darse á conocer por lo que son.

Todos ellos se ocupan en la agricultura y comercio, como en dos objetos que omitieron en tiempos pasados, y que son los eges de un Estado. Pero esta ocupacion ha de ser obrando, y no escribiendo papeles volantes, que solo sirven para divertir ociosos.

Algunos jóvenes que habian vuelto á su patria de París, hicieron todos sus esfuerzos para introducir la afectacion de los petimetres, pero no lo pudieron conseguir. Los Dinamarqueses, aunque no quieran, se vuelven pronto á lo sério, y es que *el juicio no se acomoda con la frivolidad.*

Las artes tienen alli apasionados, y el Gobierno trabaja en aumentarlas. Se hallan en las casas Reales algunos primores hechos por los Dinamarqueses; estas casas, sin ser soberbias ni ostentosas, ofrecen á la curiosidad muchas bellezas; pero, como dice mui bien

un hombre hábil del país, todos los reinos, de donde está desterrada la religion Romana, no teniendo correspondencia con Roma, estan comunmente desproveidas de buenos artistas. Es preciso tener alguna correspondencia con aquella capital para formar el gusto de las artes: la Rusia misma, no obstante sus Academias, experimenta atrasos por esta privacion.

En Copenhague estan los Colegios mui bien mantenidos; pero el pedantismo está allí en mucho auge. *No puede haber buenos estudios, donde no se egercen con alegria y gusto.*

De este modo discurrió nuestro filósofo al salir de Dinamarca, despues de haber observado allí la física y la moral; y despues de haber declarado, que no habia cosa mas importante para aquel país, como aliarse con potencias respetables por sus fuerzas y prudencia; advirtiéndolo, que un pacto

42 *Viage de la Razon*
hecho ligeramente podria ocasionar mayores ruinas.

CAPITULO V.

Pasa Lucidoro á Prusia y Sajonia.

La razon conoce lo que vale el tiempo, y jamas malogra ni un minuto. LUCIDORO, considerando esto, pasó rápidamente de *Hamburgo* (ciudad importante) á *Berlin*.

El rey fue el primero que vió al amable viagero, y á quien habló. Esto no debe admirar. Fue un efecto de la simpatía.

Conversaron largo tiempo uno y otro sobre la mejor administracion de un Estado, y estuvieron siempre acordes. Dió á entender el monarca que conocia á LUCIDORO, y es que tiene la vista mui perspicaz. Convinieron ambos en

que era preciso atender á los climas , á los usos , á las leyes y á las circunstancias ; pero que habia unas ciertas prácticas , que eran de todos los lugares y los tiempos : aquellas , por egemplo , de no mirar siempre lo mejor , por el temor de variar demasiado : de simplificar las ordenanzas , en vez de multiplicarlas : de darle á la justicia una continua actividad : de regular el lujo de un Estado sobre su estension y sus rentas : de fijar el precio del pan , lo mismo que el del dinero de un modo irrevocable , no ignorando , que el hombre no tiene cosa mas preciosa que la subsistencia ; y de mantener la disciplina militar en todo su vigor. *El amor del órden produce la dicha de los pueblos.*

El rey mismo hizo ver á LUCIDORO su biblioteca : estaba enriquecida con observaciones del monarca. Hai en ella muchos libros importantes , á los que el rey ha

aumentado el valor con notas sabias, marcadas con el cuño del juicio.

El P. D. Perneti, Benedictino de la Congregacion de San Mauro, era el biblioterio. El era una prueba evidente de que el rey no se preocupa contra persona alguna, y que le importa mui poco sea fraile ó lego, con tal que tenga mérito; y que solo los talentos triviales son los que desprecian á un hombre solo porque lleva capi-lla ó bonete.

Se dieron órdenes para que LUCIDORO visitase todo cuanto podia escitar su curiosidad. Las ciencias y los sabios lograban un aprecio distinguido. Son reverenciados alli como dioses tutelares, cuya influencia fecunda al alma y la eleva. Las manufacturas estaban florecientes, sin que la agricultura lo padeciese: el comercio mantenía una dichosa circulacion, y los artesanos vivian con comodidad. *El arte de gobernar merece el re-*

nombre de ciencia harmónica.

Berlin, es una ciudad estremadamente poblada. Los impuestos allí á ninguno empobrecen, y los gastos de la corte á ningun cortesano enriquecen. La templanza subsiste en donde una discreta economía la favorece. La vista del soberano declara la guerra á todo lo que se llama profusion.

Sin embargo, como es imposible que no haya faltas en una administracion; un oficial, á quien su valor le espuso á todo el rigor de los combates, se lamentaba con nuestro viagero de que la nobleza y el pueblo no eran bastante libres.

Yo sirvo á mi príncipe, dijo el oficial, con el mayor celo, y amor más encendido: él me conoce, como á todos sus oficiales, y no duda de mis servicios; pero á pesar de la admiracion con que venero sus talentos y valor, yo no puedo dejar de confesar, que es

mui duro para un ciudadano verse alistado en el Egército luego que llega á conocerse. Un Gobierno debe ser mas bien civil que militar : el principal objeto de los hombres nunca fue el de matar á los otros, y mucho menos de hacerse matar. Yo no temo al hierro ni al fuego : yo me veo cubierto de cicatrices, y en este mismo instante iria alegre á la trinchera, si mi obligacion me llamára. ¿Pero no se hallará un medio, para que sin extinguir el valor, no se ponga tanto conato en la guerra, y en todo lo que á ella se refiere? De este modo, insensiblemente se acostumbran los hombres á ser crueles, y no hay cosa mas preciosa que la humanidad.

LUCIDORO halló mucha complacencia en escucharle. La razon no condena ni aprueba sino con mucha circunspeccion.

Asistió á una revista. Jamas habia visto maniobrar con tanta

destreza. El rey mismo era el alma de aquel brillante ejercicio: iba por en medio de todos los soldados, les daba avisos, los llamaba por sus nombres, los animaba con su ejemplo, y sabia contenerlos con su entereza. Es un príncipe equitativo; pero que casi no conoce pecados veniales.

Muchos regimientos unidos, parecia que eran solo un hombre: que habia mas que un tiempo, un movimiento y un ademan: la prontitud en las evoluciones era rápida, como un relámpago.

Si esto no es practicable un dia de batalla, es á lo menos mui hermoso para la vista, y bueno para conservar la destreza y agilidad.

No habia ya en Berlin, ni en Posdam poetas y físicos, como en años pasados, pero habia paz.

Partió LUCIDORO, despues de haber hecho un diario de todo lo que habia visto; y las cosas cier-

tamente lo merecian : no se derramó en elogios del Soberano ni del Gobierno ; y es , que la razon no es cumplimentadora.

Atravesó la *Silesia*, cuyas campiñas y manufacturas indican la riqueza : halló en *Breslau*, aquella ciudad conquistada y reconquistada con tanta celeridad en la última guerra , negociantes instruidos y muy opulentos.

La *Sajonia* se ofreció un nuevo objeto para nuestro amable filosofo. El pais es rico , y muy bien gobernado. Estaba rodeado aquel príncipe jóven de aquellos hombres hábiles y virtuosos , que no pueden dar sino buenos consejos.

La última guerra , que está aun estampada sobre los muros de *Dresde* y sobre sus edificios , hizo juzgar á *LUCIDORO*, que las residencias de los Soberanos nunca habian de estar fortificadas. Es mucho mejor que un príncipe se retire , si no está para defenderse , que

ver su propia ciudad en poder de las llamas, y sus muebles (siempre los mas esquisitos) por botin ó despojo del enemigo. Suele haber pérdidas en tales casos, que nunca se pueden reparar.

Algo menos de altanería entre los Sajones los haria mas cumplidos. El rio del Elba tiene algo que se parece al Garona.

En *Leypsic*, en donde se celebra la mas hermosa feria de la Europa, hai algunos eruditos y librías, y las gentes conocedoras se proveen de escelentes libros, bien que carecen de esos papelones ridiculos y lastimosos que la libertad acredita y produce el hambre. *Es lo mismo que distribuir venenos, permitir que se derramen obras malas.* Bastante corrompido es el corazon del hombre por sí mismo, y no hai persona alguna en el mundo, que no sepa algo de esto por propia esperiencia.

CAPITULO VI.

*Llega Lucidoro á Viena
de Austria.*

Viena no podia ser objeto indiferente para LUCIDORO: fuera de que esta ciudad ha sido el teatro de varios sucesos, la soberana que la gobernó, no há muchos años, merecia ella sola la mayor atencion y respeto.

Fue admitido LUCIDORO á su audiencia con una facilidad que habria causado su admiracion, si hubiera ignorado que María Teresa no era menos afable que benigna. Todos los dias hacia dichosos: mas contenta de haber derramado liberalidades que de conseguir victorias. Era una madre amorosa, que en todos sus vasallos solo miraba sus hijos.

Nuestro filósofo , despues de todo lo que ella misma le dijo , la colocó en sitio mas elevado que á la reina Isabel. Quedó sorprendido cuando supo que se levantaba de la cama , regularmente á las cinco de la mañana , y que no malograba ni un minuto en todo el curso del dia mas largo: que se desvelaba sobre el clero , sobre el magistrado , sobre la nobleza , y sobre todos los ciudadanos con un celo infatigable , y que la multitud de los negocios y sus individualidades en nada debilitaban sus grandes miras.

A ningun vasallo se excluia de su audiencia , ni se despreciaba representacion ó memorial alguno. Esta gran princesa , que tan dignamente mereció el renombre de *rey* , era tan magnífica en las ceremonias de esplendor , como sencilla en el exterior , no teniendo otra corte ordinaria que su virtud. No

hai mejor guardia de los monarcas. El modo como esta gran princesa hizo educar su augusta familia, colmó de gloria sus raras cualidades. Ella misma presidió esta importante educacion, y la consiguió tan felizmente, que hizo que transcendiese su magnanimidad á todos sus hijos: éstos la harán revivir sobre los diferentes tronos en que el cielo los ha colocado, ¿y qué beneficios no resultarán á Europa?

LUCIDORO, viendo todas estas maravillas, iba siempre con el lápiz en la mano: siempre escribia; y se halló escrito en su libro de memoria. „Que la emperatriz reyna de „Ungria no daba oidos ni á la li- „sonja, ni á la prevencion: que su „piedad era tan varonil como su „valor; y que su reinado fue tan „asombroso, que nada tendria que „añadir á él la fábula.“

¡Qué deleite y contento para

la razon ver tan bien empleadas sus luces, y tan bien egecutados sus consejos!

Todos apostaban en Viena que el incógnito, aunque al parecer era un simple extranjero, tenia grande influencia en aquel modo de gobernar.

No obstante que la nobleza Austriaca es mui alta, hizo á nuestro viagero generoso acogimiento. Fue convidado á suntuosos banquetes. En Viena se tratan los nobles magníficamente. Hai alli profusion de los mejores vinos, sin excepcion del de *Tokai*. Las mugeres son mui airosas, hablan el frances como en París, y visten con mucho gusto.

LUCIDORO se habria complacido mucho en que no se distinguieran tres especies de nobleza, que se suprimiesen muchas etiquetas, y que hubiera menos distinciones y mas cordialidad. *Donde hai orgullo no hai libertad.*

Las rentas en Viena estaban discretamente administradas, y las fortunas entre los que las gobernaban, no escitaban el murmullo, ni censura de la nacion. El Gobierno sabia mui bien proporcionarlas. *Todo está en su lugar, cuando un soberano sabe gobernar.*

El consejo áulico mereció la admiracion de nuestro viagero, tanto por su sabiduría, como por su inmutabilidad. No halló en él aquellas variaciones y mudanzas extravagantes, ni aquellas alternativas de mal y de bien, de peor y mejor, que hacen á un Estado tan movedizo como el azogue. Todo ministro está allí obligado á reglas justas y sabias, que son tan constantes como el curso del sol.

No hai cosa como la flema de los Austriacos para gobernar bien.

El emperador tuvo frecuentes conversaciones con LUCIDORO. Se le manifestó como un príncipe, que algun dia haria grandes cosas;

pero que nunca se apartaria del aprecio de la humanidad.

Los estímulos prodigados á las escuelas militares, como tambien á los colegios, por medio de recompensas y aplausos, producen un efecto maravilloso. La emulacion agita á todos los espíritus, y se vé nacer en ellos la luz. El colegio Teresiano es el mejor modelo para todas las escuelas del universo. Todo esto hizo pronosticar á nuestro viagero, que se abririan los ojos para ver la necesidad de permitir á los comandantes de los Ejércitos el dar la batalla cuando se ofreciese ocasion oportuna, sin esperar órdenes precisas: que se harian los tegidos de seda mas sólidos y mas florecientes; que se cercenarian los derechos de las Aduanas: que se suprimiria la tasa que es preciso pagar siempre que se entra en la ciudad despues de ponerse el sol: que se hermostearian las plazas y las casas, cuyo aspecto es lúgubre

y gótico; y que, por último, se tendria cuidado de establecer posadas y alvergues aseados y cómodos. En casi toda la Alemania se acuesta entre dos colchones de pluma sin cortinas, y donde la cocina es detestable. Esta es costumbre envejecida de las hosterías y posadas, y durará aun mucho tiempo. El célebre Wansvieten, discípulo y comentador del inmortal Boheraave, no pudo dejar de ser admirado de LUCIDORO, no obstante su aire y exterior sencillo. Era el alma de las escuelas de Alemania, y de todas las operaciones que tienen connexion con las ciencias y las artes. *Basta un hombre grande para esparcir la luz en todos los entendimientos.*

Un dia de gala proporcionó á nuestro filósofo el ver de una ojeada todos los grandes del pais. Estos serian amables, si no fueran tan erguidos ó entonados. Entonces se dejó ver la corte en todo

su esplendor, y creyó LUCIDORO que los dias de gala, que se reputan en Francia como etiquetas opresivas, eran discretamente inventadas para hacer á los príncipes accesibles, y para darles á conocer la nobleza y la oficialidad.

No se dejó ver LUCIDORO en el café. Es una especie de indecencia en Viena frecuentar ó dejarse ver en tales casas.

El santuario que tienen las ciencias en aquella ciudad, fue visitado muchas veces por nuestro respetable viagero. Es una de las mas hermosas bibliotecas del mundo, tanto por los libros, cuanto por el edificio. Encontró allí algunos manuscritos preciosos, de los que hizo sus extractos. *La razon de todo saca provecho.*

De la Austria pasó LUCIDORO á la *Ungria*, donde halló mas valor que talento, sin embargo de hablar latin hasta los palafreneros. Se le rogó muchas veces á que

bebiesen de aquel escelente vino que casi se tiene por deidad en aquella provincia; pero la sobriedad de LUCIDORO no le permitió ni aun probarlo. “Mire usted ahí, ” le dijo un anciano militar, mostrándole sus viñas, en donde se afila nuestro valor, donde nuestro corazon se inflama, y á donde vienen todos los años los valientes Polacos á sacar lo que los mantiene en el amor de la franqueza y libertad. Ellos hacen lugares de mansion, ó parada en las cuevas ó bodegas donde colocan nuestros vinos, y alguna vez lo han conservado mas de cien años, mandando por legado á su posteridad tan deliciosa sucesion.”

De *Ungria* pasó LUCIDORO á *Transilvania*, en donde vió mui buenos soldados. En quanto á la *Croacia* no halló otra cosa que víveres baratos. Las costumbres en este pais no son afeminadas.

CAPITULO VII.

*Atraviesa Lucidoro la Baviera
y otros Electorados.*

Despues de haber visitado la *Moravia*, territorio notable por su fertilidad, y por sus bellos caminos, observó la *Boemia*, célebre por sus guerras, y por su capital, en la que hai una nobleza tan sociable como distinguida. Pasó á *Munich*, ciudad fundada por Monges, llamada por esta razon *Mónaco* en italiano. La corte del Elector que alli reside, le sorprendió por su magnificencia. Sus palacios estan enriquecidos con hermosas pinturas, y muebles los mas preciosos. Se ven alli primores, que habrian enviado los mayores reyes.

Las mugeres se apresuraron en hacer un bello acogimiento al in-

cógnito. Aman al extranjero, y su conversacion es importante por lo discreta. La educacion de los Alemanes merece ser citada. Alli se enseña á los jóvenes todo lo que deben saber.

Le regalaron á nuestro filósofo una comedia montada en el gusto del pais. Era un tegido de bufonadas, con las que seguramente no se habrian divertido los Franceses. Las piezas de teatro Alemanas no tienen otro mérito que un mal tono burlesco. Cuando son mas sérias las naciones, gustan mucho mas de las farsas. Se les vé salir de sus casillas, y olvidar su carácter cuando van á los espectáculos.

Leyó las últimas ordenanzas del pais, y las halló mui prudentes y sabias. Estas eran concernientes á los eclesiásticos y á los frailes. „ Es preciso respetarlos, decia „ el cardenal Gimenez, que debia „ conocerlos mui bien; pero tam-

„bien es preciso tenerlos en la
„mediocridad, y en la dependen-
„cia.”

Los moradores de la ciudad y de la aldea estaban contentos con su suerte ; y recelosos de estar mucho peor , se hallaban bien. *No hai sobre la tierra dicha alguna sino en idea.*

Ausburgo, morada enojosa, como todas las ciudades Anseáticas, no ofreció á la vista de LUCIDORO sino un aire sombrío y lúgubre, no obstante toda la belleza de sus edificios y la latitud de sus calles. Quedó desagraviado con el juicio y talento de sus moradores. Siempre conservan los Alemanes una juiciosa gravedad, tanto en los placeres, como en los negocios. Y así, no hai que pedirles ni las prontitudes, agudezas, ni ligereza, tan comunes en los Franceses. Lo que se gradúa en París por un rasgo de ingenio, les parece á los Alemanes una locura ó fatuidad. Estos son

los hombres. Cien leguas mas ó menos, diferencian enteramente el modo de ver y aun de pensar.

Halló algunos eruditos, amigos de la antipatía, pero que se perdian leyendo libros de á folio. Pasaban los dias y las noches en recopilar, y en hacer obras tan largas como fastidiosas. *Hai pocos escritores que sepan el arte de hacer un libro.* Los unos no ponen en sus escritos sino la pesadez; los otros un genio ó talento volátil. Todos escriben segun las ideas que han adquirido en sus estudios.

Manchim conoció prontamente el mérito de nuestro filósofo: allí todos son instruidos. En *Maguncia, Colonia y Tréveris* se le convidó muchas veces á comer, pero no era esto lo que él buscaba. Apreció mucho mas ir por todas partes para tratar con fisicos, jurisconsultos, políticos, oradores y poetas que eran celebrados, y los halló.

Concibió, despues de haberlos oido, que los Alemanes de 1769 no eran los de 1700: que su buen gusto correspondia á sus luces, y que, á pesar de la dureza de su lengua, habian hallado el secreto de hacer versos mui modestos, y mui elegantes. Y si no, ¿quién ha escrito mejor que el autor del poema de Abel?

Le enseñaron producciones recientes, con las que podrian honrarse todas las academias del mundo, bien que era mui corto su número. Todas las naciones no tienen el talento de hacer libros á militares, esto estaba reservado para los Franceses.

Aqui lo que hai de malo, es que en casi todas las universidades se estudia con pesadez. Todavía no se ha desembarazado de aquel farrago de erudicion, ni de aquellas cuestiones escolásticas que sofocan la imaginacion y absorven el espíritu.

Los alimentos son otro engorro contra el genio é ingenio. No alimentarse sino de viandas demasiado substanciosas, no beber sino cerbeza, es causa de tener la sangre globulosa, y de no pensar sino con mucha dificultad. *La fisica influye prodigiosamente sobre la moral.* Estas fueron las reflexiones de un fraile Aleman, que tuvo una larga conversacion con LUCIDORO, y el que le confesó, que á fuerza de cargar el estómago con un alimento demasiado substancioso, habia un gran número de religiosos, compañeros suyos, que no hacian otra cosa que vegetar.

Le refirió sobre este asunto una historia mui divertida: díjole, que en un convento: no sabiendo el superior cómo preservaria unas viandas saladas de la rapacidad y asaltos de sus religiosos, que no tenian otro oficio que comer, y que hacian rapiñas por todas partes, tuvo la advertencia de poner-

las en la libreria , y que desde entonces estuvieron defendidas las viandas ó carnes saladas.

No omitió nuestro filósofo en toda la Alemania al ver atentamente los campos, y á los que los cultivaban. Los paisanos no conocen la indigencia : se les trata como á brazos de Estado , á los que no se debe abrumar.

En cuanto á los comerciantes eran , y con justa razon, protegidos ; pero , sin embargo de esta proteccion , no los estimaban bastante. La nobleza Alemana ha sido siempre mui altanera con los negociantes , aun cuando les piden prestado.

El Electorado de *Hanover* , y todos los Landgraves ofrecieron á nuestro viagero muchas reflexiones. Allí reconoció que los soberanos de Alemania son tan afables, como altaneros los señores ; y que la estimacion que hacen de los uniformes , obligando á los oficiales á

llevarlos en todos tiempos, hasta en los dias de *gala*, no puede dejar de ser mui útil al Estado militar.

Si no ha hecho mencion de todo lo que notó en los diferentes Círculos, es porque casi todos, poco mas ó menos, son muy semejantes; tanto en el juicio como en la cordialidad.

Muchas veces se le proporcionó oír los mas agradables conciertos. Los Alemanes tienen los oídos hechos para la música. Los príncipes hacen venir músicos de instrumento y voz de Italia, y los caballeros hallan entre sus mismas gentes y domésticos músicos de flauta y de violin, capaces de divertirlos. En Alemania hai excelentes habilidades en el arte de tocar la trompa de caza; y por lo regular, durante la comida gozan de este recreo, que es otro tanto mas agradable, quanto el rumor es estremadamente dulce.

Todo lo que tiene conexion con la harmonía, es digno de una alma que reflexiona.



CAPITULO VIII.

De Elándes.

Despues de haber atravesado *Spa*, á la sazón lleno de gentes de todas castas y condiciones que estaban á tomar las aguas, ó que fingian tomarlas, se trasladó á *Ais-la-chapelle*. Allí vió aquellos juegos, tanto mas peligrosos, quanto que la industria y agilidad determinaba los golpes.

Lieja le pareció á nuestro filósofo una ciudad que necesitaba una policia mas vigilante. Son las gentes afables. Es una segunda Roma, en quanto al número de frailes y conventos, y su situacion es mui parecida á la de Leon.

Bruselas cautivó algunos dias la atencion de LUCIDORO, como un lugar notable por la corte del príncipe Cárlos de Lorena (generalmente amado) por la hermosura de los edificios, por el número de los moradores, por una nobleza distinguida, y por un corso encantado; pero observó, que esta ciudad tenia el desagrado de las fronteras. Es un continuo flujo y reflujo de extranjeros, por lo comun mui honrados, pero de quienes se desconfia casi siempre, si no van favorecidos con cartas de recomendacion.

Las personas distinguidas no pasean sino en coche, y con tren, segun la rúbrica de los Españoles é Italianos. Creerian que anonadaban su grandeza si marchasen á pie. *No hai esclavitud mas cruel que la de la etiqueta.*

Se leen en Bruselas, ó libros sumamente frívolos, ú obras demasiadamente sobrecargadas de eru-

dicion. *Es un mérito no comun saber guardar un justo medio.*

Las escuelas de *Lovaina* estaban encrespadas en cuestiones demasiado puntillosas, para permitirle libre curso á la imaginacion; y por esto se veia alli como amortiguada. *¡Qué lástima es ver al espíritu agoviado con lo mismo que debia escitarle!*

La opulencia, al parecer, se paseaba alegre por los caminos, y brotaba en las campiñas. Estan alli tan bien conservados los caminos, como bien cultivados los campos. *LUCIDORO* se introdujo sobre este artículo en grandes observaciones, y quedó mui admirado al oir, que para fertilizar la tierra, no era necesario mas que abonos y brazos. *Hai usos antiguos que valen mucho mas que los discursos modernos.*

El pais está poblado de labradores, cuyo vigor corresponde á su talla. No se les quita alli el arado para hacerlos lacayos. La guer-

ra, que comunmente arruina los reinos y provincias, á ésta la enriquece. Esto fue lo que advirtió nuestro viagero.

Recorrió muchos monasterios. Flándes está lleno de ellos. Mas amor al estudio, haria mas útiles á los frailes.

Gante le pareció un cúmulo confuso de campos y casas. *Amberes* un bello desierto. Esta última ciudad, enriquecida con las mas bellas pinturas que ha producido la escuela flamenca, es una morada de las delicias para los aficionados á la pintura. No hai alli sino primores, bien que inferiores á los de Italia.

Visitó las *Beguínages*, aquellas especies de claustros, en donde algunas doncellas, sin hacer voto alguno, viven bajo una misma regla, y son de la clase de los ciudadanos, asi como las canónigas de la nobleza. Quedó mui admirado de que estos establecimientos tan

discretos y tan útiles, no se estendiesen por todos los reinos católicos. Si esto se hiciera, habria menos víctimas sacrificadas á la ambicion y á la codicia.

Malinas causó una gran complacencia á nuestro viagero, mucho menos con sus encages, justamente celebrados, que con una hermosa biblioteca, formada por el celo y cuidado del cardenal de Alsacia, y legada por su generosidad á todos los arzobispos sus sucesores. *Una buena biblioteca, es un tesoro para un pais que sabe aprovecharse de ella; pero el pueblo de Flandes no quiere hacer esfuerzos de espíritu, y parece que teme gastar el alma tomándose la pena de pensar. LUCIDORO les reprendió su desidia, y fue bien recibida la reprehension. Los Flamencos tienen por carácter suyo la bondad; y á la verdad, no es pequeña virtud para los ojos de un filósofo que aprecia el candor.*

Con todo, en Flándes abundan las librerías, que estan mui bien provistas; pero éstas son un ramo de comercio de un pais por donde continuamente transitan extranjeros.

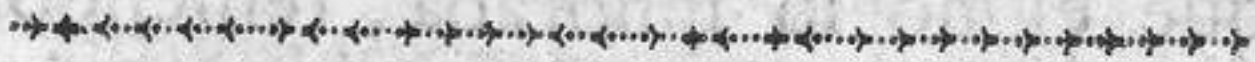
La nobleza Flamenca dió señales de distincion al amable extranjero. Es honesta, generosa, y verdaderamente formada para la sociedad. Las señoras tienen un aire noble, que da á conocer una escelente educacion, y nuestro filósofo halló mucha complacencia en frecuentarlas y discurrir con ellas.

Ostende le pareció el lugar mas cómodo para ver el mar, pero no halló en esta ciudad una sociedad capaz de detenerle.

Quiso ver por sí mismo las fortificaciones del pais, para enseñar á todo viagero, que no hai asunto de instruccion ú objeto de curiosidad, que se deba omitir cuando se transita de un lugar á otro.

Hizo que le explicasen todo, aunque él no lo ignoraba, teniendo particular complacencia en oír hablar á los militares, porque son muy hábiles, y saben bien su ministerio.

No pudo dejar á Flándes sin compadecerse, de que tantas guerras inútiles le hubieran hecho sepulcro de innumerables Alemanes, Españoles, Franceses é Ingleses. Parecióle que veía á todos aquellos guerreros, sacrificados al furor y rabia de la ambicion, trayéndonos á la memoria su trágica muerte, para empeñarnos á amar sinceramente la paz.



CAPITULO IX.

De la Holanda.

El arribo de LUCIDORO á *Rotterdam*, fue una época para los Holandeses. Aunque son mui indiferentes, y aun frios para con los estrangeros; sin embargo, trataron con bastante distincion á nuestro filósofo. Notaron en su aire y en su lenguaje un tono de razon que los cautivó. Y asi, convinieron ellos sin violencia, que pensaba con pureza, cuando les dijo, que la frivolidad comenzaba á apoderarse de su juventud; que permitian demasiada libertad á sus escritores: que su gobierno mudaria insensiblemente de semblante, por las medidas que habian tomado: que las tropas no tenian bastante estimacion entre ellos; y

que los paisanos eran demasiado opulentos. *Un labrador, demasiado rico, casi siempre es impertinente y altivo.*

No se saciaba de ver aquellos diques que tienen detenidas las aguas, y en los que consiste la seguridad del país. La industria en este género hace milagros.

Comprendió que aquella excesiva limpieza y aseo, del que todos se burlan comunmente, y que consiste en labar todos los días las escaleras, y los suelos ó tarimas, era cosa absolutamente necesaria para impedir el mohecimiento ó corrupcion de la madera, pero convendria, que esta pulcritud y aseo se estendiera tambien á las personas.

Inmediatamente se ofrecieron á la observacion de LUCIDORO la *Haya, Leide, Harlem, Amsterdam y Utrechk.* Como hábil investigador, á quien poco ó nada se le escapa, averiguó que el comercio

se hacia alli con un interes demasiado abominable, y no poco apasionado: que el dinero era poco menos que adorado; y que los Holandeses se despojaban de su carácter é índole, cuando se entregaban á lo superfluo.

„ Nosotros no hemos sido hechos (le dijo un buen anciano, que fumaba su pipa con mucha sorna y reflexion) para ocupar todas estas casas de recreo que veis. Hemos querido darle algo al lujo y á la moda; pero nuestro elemento, y aun nuestra vida, es nuestra contaduría. En cualquiera otra parte nos hallamos en un estado violento.“

Buscó LUCIDORO por todas partes sabios, pero su número era como el de los escogidos: vivian con la reputacion de los grandes hombres que habian ilustrado la Holanda, y se contentaban con citarlos.

Con todo, las escuelas públi-

cas tenían profesores mui hábiles. A la Universidad de Leide nunca le faltó luz, y siempre saca excelentes sugetos.

En esta ciudad tuvo nuestro viagero una conferencia con dos Cuácaros, pero en vez de sacar de ellos algun buen racionio, solo halló singularidad; esto es, extravagancia en sus modales. *No se puede engañar á la razon.* Cercénense efectivamente sus modales descorteses, y el lenguaje grosero de casi todos los Cuácaros, y no se hallará en ellos sino unos hombres fanáticos en defensa de sus usos, y unos talentos mui limitados. La libertad con que se les decora, solo estriba comunmente en su tono. *Cualquiera que es duro é impolítico, pasa ordinariamente por sincero, y en realidad es un mal criado.*

LUCIDORO halló algo de mas gusto con un Rose Croix, aquel discípulo de una secta que está ya

dando las últimas boqueadas. Este tal tenia muchas nociones y muchos secretos.

Decia éste, que de un Holandes, fundido con un Frances, se formaria un hombre perfecto; que los judíos, en calidad de usureros, y encubridores de ladrones, no podian menos de perjudicar mucho al comercio: que los Estados Generales no habian cuidado suficientemente de proveer á las necesidades de los viajeros, esponiéndoles á discrecion de gentes hambrientas de oro: que los magistrados mudaban con demasiada frecuencia de empleo, no quedándoles tiempo para ver las causas, y juzgar con prudencia.

Se tenia un sistema singular sobre las consecuencias de la muerte. Se pretendia sostener, que nosotros pasábamos de planeta en planeta, recibiendo siempre cuerpos mas sutiles, hasta que llegásemos al trono del Sér Eterno; y que la

vida del hombre se dóblaba á proporcion de lo que se adelantaba en las esferas celestes ; de modo , que en llegando á la mas elevada , habia de vivir mas de dos mil años. Se apoyaba todo esto con todo lo que podia sugerirle la mas fuerte imaginacion , y se decia con un tono tan decisivo , y con tanta satisfaccion , que en otro siglo que el nuestro , seguramente habria fomentado una secta. Pero ya se acabó el tiempo de los sectarios y reformadores.

Ademas de todas estas ideas extravagantes y ridículas , se exageraba alli un secreto para hacer el oro con unos ciertos polvos de proyeccion ; y apenas oyó esto LUCIDORO , dejó con la palabra en la boca al que relataba semejantes impertinencias. *La razon quiere que se digan cosas á lo menos verisímiles.*

La uniformidad de la Holanda habria fastidiado á nuestro via-

gero , si hubiera sido mudable. En todo este pais no hai sino prados, árboles y canales; y no hai colinas, viñas, vergeles, ni florestas; y este territorio, que tiene por contrarios á todos los cuatro elementos, precisamente ha de ser mui malo.

Las casas, esceptuando algunos edificios, como la casa de ayuntamiento de la ciudad de *Amsterdam*, no anuncian gusto, ni solidez: cualquiera las creerá, á primera vista, barcas fabricadas aceleradamente en medio de las aguas; pero como estan agraciadas con plantaciones, que sirven de márgenes de las calles, se las halla agradables.

El puerto de *Amsterdam* es el mas bello del mundo. La multitud de navíos, que le pueblan, le da un aire de floresta ó selva fluctuante en medio del mar. No hai cosa mas agradable que las perspectivas que favorecen á la ilusion.

Hubiera querido LUCIDORO que las Holandesas, naturalmente alegres, hubieran esparcido mas amenidad en el espíritu de sus maridos, y que un contraste tan extraño no fastidiára á los viageros. La pipa en la boca es toda la recreacion de los negociantes Holandeses. Si se trasladan de la ciudad á la campiña solo es para fumar; la extravagancia de sus gustos formaria una historia mui voluminosa; y asi no tienen otro trato ó sociedad que una conversacion toda de monosílabos, á menos que alguna noticia importante (porque los Holandeses son mui amigos de politiquear) no los haga un poco mas habladores.

Calculan ordinariamente lo que puede producirles una visita; y si advierten que no hai sino cumplimientos y ceremonias, luego dan á entender que se les embaraza. Cualquiera se acomodará con su franqueza, conociéndolos, pero es

preciso acostumbrarse á ella. Su astucia y sagacidad es evitar las guerras, y hacer floreciente su comercio, prueba que *su juicio vale mucho mas que el ingenio.*

Convidaron á comer muchas veces á LUCIDORO, como á un hombre extraordinario, á quien querian sondear: él les dió luces relativas á su comercio, de las que quedaron mui satisfechos.

El exceso con que beben té, sin que esto les incomode, persuadió á nuestro filósofo, que M. Tisot estaba de mal humor cuando censuró tan amargamente esta bebida. Los Chinos la usan continuamente, y no conocen ni el mal de piedra, ni la gota. *La verdad casi siempre está mui distante de los sistemas.*

CAPITULO X.

Llega Lucidoro á Londres.

La Inglaterra, segun la costumbre del pais, estaba entonces en grande fermentacion. Se trataba de algunos negocios relativos al Señor Wilkes, que en otro reino no hubieran hecho el mas leve rumor, pero en éste enardecian á todos. *Sucede con algunas regiones lo que con el ambiente ó atmósfera, que la mas pequeña nube produce una tempestad.*

No hai hombre en *Londres*, que gritando que las leyes estan violadas, y que es preciso reclamarlas, no consiga hacerse partidarios, y escitar una sedicion.

A esto llaman los Ingleses libertad, y á LUCIDORO le pareció una licencia desenfrenada. No pu-

do comprender, que el poder infeliz de fomentar revoluciones, fuese mirado como un privilegio, y que la brutalidad de un populo insolente fuese necesaria para manifestar las prerogativas de la nacion. *Los estados políticos, lo mismo que la naturaleza, tienen sus fenómenos.*

Tuvo LUCIDORO varias conferencias con muchos Lordes y Milordes, que le hablaron sobre este artículo con mucho juicio; pero que el torrente de la opinion los arrastraba á ellos como á los demas. *No hai árbol alguno que tenga raices tan profundas como la preocupacion.*

Despues de haber empleado muchos dias examinando las constituciones del reino; observó, que el rey, en ciertas circunstancias, tenia demasiada autoridad, y en otras no tenia la suficiente: que el vicio era el manantial de casi todos los debates: que el pueblo

confundia la licencia con la libertad, no teniendo instruccion alguna sobre un punto tan esencial: que los grandes afectaban muchas veces considerar como patriotismo, lo que realmente no era sino fruto de la cábala ó embolismo, y amor del interes personal. No obstante todas estas irregularidades, quedó LUCIDORO mui contento, al ver que se pagaban los impuestos á proporcion de las facultades, y que todo ciudadano era respetado.

Comió muchas veces con los Ingleses: éstos son mui inclinados á comer y beber; y en el tiempo de sus comidas, que por lo menos duran tres horas, y que son vergonzosas, cuando el alma está muda, LUCIDORO discurria sobre los usos y costumbres del pais. *Un hombre discreto saca fruto de todas las ocurrencias y circunstancias.*

Londres, á pesar del elogio pomposo que hacen de ella sus

moradores, no le pareció á nuestro filósofo digno de compararse con París. El no vió alli sino casas sin apariencia, y no halló sino un paseo campestre, sin adorno alguno. Ya sea que nuestro viagero obligaba con su fisonomía, tan afable como magestuosa, ya sea porque iba sencillamente vestido, ninguno le insultó, y le respetó el pueblo. *Alguna vez sabe éste distinguir finalmente los objetos.*

Lleváronle á la Iglesia de San Pablo, que de ningun modo puede compararse con la de San Pedro de Roma, sino por entusiasmo ó por ignorancia; pero que es tenida, y con razon, por uno de los mas bellos edificios de la Europa.

La Inglaterra, no estaba tan provista de sabios como en otros tiempos: era preciso ya el ir en su busca: esto afligió á LUCIDORO. Intentó penetrar la causa, y creyó hallarla en la afeminacion, y sensualidad que avasallan hoi á

casi todos los hombres, y que degradan su nobleza. *La intemperancia es el mayor enemigo de las ciencias y de los talentos. Cuando no se hace sino comer desde la mañana, el alma pasa todo el dia en abstinencia.*

Creyeron obligar á nuestro filósofo, dándole á conocer un personaje, que decian pensaba fuertemente. Le sondeó LUCIDORO, y despues de haber penetrado su fondo, no halló en él sino un gran vacío. *El entendimiento humano tiene límites de los no puede escederse; pero los incrédulos imaginan que se piensa siempre mui bien, quando se piensa con libertad.*

Las Academias, las Universidades, y las Bibliotecas parece que estaban en su centro, teniendo su lugar en el seno de la Inglaterra. Estas traian á la memoria tantos hombres grandes que ilustraron aquel reino, y cuyo nombre vivirá tanto como las ciencias.

Se precisó á LUCIDORO á que fuese al teatro ; pero él no tuvo bastante valor para ver una pieza entera. Lo trágico tenia algo de irritante y enojoso. *No es preciso ser uno mui delicado para conocer la indecencia al ver las pasiones mal trageadas.*

Las mugeres, mucho mas instruidas en Inglaterra, que en cualquier otro reino de la Europa, cautivaron alguna vez su atencion. Al parecer no estan espuestas al *Spleen*, porque son sumamente vivas, y habladoras. La educacion que las madres dan á sus hijas contribuye á esto. Las crian con mucha libertad, y sin ser á costa de su recato en adelante.

Se reconoció LUCIDORO á sí mismo en los sentimientos de honor y probidad que caracterizan á los Ingleses, y que los hacen esclavos de su palabra ; pero hubiera querido que esto fuera acompañado con aquella agradable ame-

midad, sin la que las virtudes mas respetables pierden una gran parte de su esplendor.

Como los Ingleses aman sobre todo la franqueza, no les causó enojo que LUCIDORO les dijese, que le parecia era una pequeñez, ó especie de puerilidad en una nacion, que tiene naturalmente grandeza, despreciar á casi todas las naciones: querer alguna vez hacer la guerra, mas bien por odio que por necesidad: permitir que corran libres muchos escritos llenos de invectivas y sátiras contra los ministros, y contra los particulares.

Añadió, que dependian demasiado del pueblo para ser libres, y que esto mismo debia servirles de prueba, que no habia gobierno alguno en el universo sin algun inconveniente; pero las gentes sistemáticas no se dan fácilmente á la evidencia.

Le llevaron á casas de cam-

po verdaderamente encantadoras; en las que, para retratar las ruinas de ciudades antiguas de Grecia é Italia, se habian volado edificios por medio de minas.

Vió nuestro viagero al célebre Pitt (hoy conde de Chatam) como á un antiguo amigo; y tuvieron ambos largos coloquios sobre el estado actual de la Europa. La conversacion, sin duda, fue importante: no era extraño, pues, discurría la razon con uno de sus mas celosos discípulos.

Hallóse alli un Milord mui instruido y mui amable, que se divertió y rió á costa de su propio pais. „Nosotros, dijo, somos in-
„constantes, como el elemento
„que nos circunda: no tenemos
„de estable sino un fondo de ta-
„citurnidad, de la que es mui di-
„ficil despojarnos. Llegamos á una
„ciudad con el ánimo de permane-
„cer alli seis meses, y salimos de ella
„al dia siguiente. Esto proviene

„de una inquietud natural, que
„nos atormenta, y de la que no
„podemos librarnos, no obstante
„todo nuestro fanatismo en fa-
„vor de la libertad. En otro tiempo
„nos amaban por nuestro dinero; pe-
„ro nos han engañado tantas ve-
„ces, que nos hemos hecho tan
„económicos como desconfiados.

„Quisieramos viajar continua-
„mente; y por lo comun, en to-
„dos nuestros viages no vemos ni
„tratamos sino con Ingleses: Uso
„ridículo, que nace de una esce-
„siva preocupacion en favor de
„nosotros mismos, y del temor
„de que nos traten. Nosotros ama-
„mos la Francia y aborrecemos á
„los Franceses: aprendemos con
„todo cuidado su lengua, y solo
„es para no hablarla. Solo apre-
„ciamos nuestro país, y no pode-
„mos parar en él: nuestras mis-
„mas mugeres corren en busca de
„otras regiones, dejando su pá-
„tria. Nosotros á ninguno falta-

„mos ; pero estamos siempre so-
„bre el *quién vive* , recelosos de
„que los demas nos falten. Jamas
„se hallan entre nosotros deudas,
„ni querellas ; pero no dejamos de
„tener pesares. Nuestras despedi-
„das son tan secas , como nues-
„tras llegadas : dejamos á las mu-
„geres el cuidado de enter necerse.

„Si hablamos poco , es porque
„se nos repite continuamente, que
„las mugeres son las que nacie-
„ron para hablar , y los hombres
„para pensar. Leemos con mu-
„cho gusto ; pero en nuestras lec-
„turas , lo mismo que en nues-
„tros modales , preferimos lo sin-
„gular y aun lo extraño.

„Nosotros no somos humanos,
„sino porque gustamos del herois-
„mo ; y amamos el placer , sin co-
„nocer el deleite. Es mui raro
„entre nosotros el que aprueba lo
„que no se asemeja á nuestras le-
„yes y costumbres ; pero nosotros
„nos conformamos sin violencia á

„los usos de los otros países, que-
„riendo, esto no obstante, que ya
„sea en el corte del vestido, y ya
„en el modo de presentarnos, co-
„nozcan que somos Ingleses.

„Pocas veces se nos adula, cuan-
„do nos alaban. Los aplausos en-
„tre nosotros tienen algo de baje-
„za y abatimiento.

„El patriotismo es nuestra pa-
„sion dominante, y la libertad
„nuestro elemento; y si se nos tra-
„ta de entusiastas sobre este pun-
„to, es porque no sabemos el arte
„de persuadir. Hai siempre entre
„nosotros algo de austeridad, que
„disminuye el mérito de nuestros
„sentimientos y gustos.

„Somos capaces de las cien-
„cias mas sublimes, aunque somos
„demasiado esclavos de nuestros
„autores.

„Llevamos la amistad hasta el
„último término; pero esto es
„cuando estamos asegurados de un
„amigo por una larga série de años;

„y asi sucede, que morimos, por
„lo comun, antes de lograr nues-
„tra confianza.“

LUCIDORO reconoció en muchos rasgos la verdad de esta pintura, y no dejó á Londres, sino despues de haber hecho justicia á las cualidades de sus moradores, que tanto en la virtud, como en el vicio, son siempre estremados.

La vista de la *Escocia* y la *Irlanda*, fue un nuevo objeto, que no dejó de interesar á nuestro viajero. Vió con satisfaccion, que el juicio estaba alli reverenciado, y que en aquellos reinos hai hombres, cuya alma inaccesible á todos los males, no conoce otra pena ó dolor que la de faltar á sus obligaciones. No pudo comprender cómo los Ingleses, que reprehenden tan severamente á los Católicos la intolerancia, son tan duros en vejar á los Irlandeses en cuanto á la religion. *Es milagro hallar hombres que no sean inconsecuentes.*

Las montañas de *Escocia* tenían por moradores muchos respetables ancianos, que habían encañecido en los combates, cuya memoria era un libro mui grande, y no menos curioso. Preguntóles *LUCIDORO* muchas cosas importantes, y le dieron una cuenta fiel de algunas guerras, de las que fueron actores, y que nosotros leemos mui diversamente en la historia. *Casi todas las relaciones que leemos, son de los historiadores, y no la narracion de los sucesos.*

CAPITULO XI.

Visita Lucidoro á Portugal.

Favorable el mar á los deseos de nuestro filósofo, le puso en poco tiempo en *Lisboa*. La vista de esta ciudad, que representa un anfiteatro, tiene algo que encanta y

seduce ; pero el interior no corresponde al exterior ; y sobre todo, despues del formidable temblor de tierra que hizo tantos estragos.

Los Portugueses examinaron bien á LUCIDORO. Son mui astutos. Esto le indujo á decir , que si los Portugueses se aplicáran á las ciencias , harian grandes progresos: pero no conocen otra que la teología escolástica. *El uso y la costumbre son casi siempre trabas del ingenio.*

Le llevaron á muchas casas de señores , en las que no vió mas que una opulencia , de la que no se podia sacar partido. Allí se contentan con ser ricos , y ofrecer á la vista lo que puede deslumbrar, sin procurarse las comodidades de la vida. *Es una arte poco conocida saber gastar oportunamente.*

Al ver la seriedad de los Portugueses , cualquiera creerá que son enemigos de los placeres ; pero LUCIDORO , que no juzga de las

cosas por la superficie, descubrió que su afición al deleite era un fuego cubierto de ceniza, el que se inflamaba con violencia cuando no habia luz ni testigos. *Los hombres tienen varios modos de disfrazarse.* La ociosidad era la desgracia del pais: solo los comerciantes son allí laboriosos.

Nuestro viagero empeñó al ministro á que derramase estímulos por medio de las recompensas: *Es fácil hacer de los hombres lo que se quiera, cuando se les coge por el interés.*

Le propusieron que asistiese á una fiesta de toros, y se contentó con responder, que aquel espectáculo era para él odioso; pues no era cruel para hallar en él recreacion.

Sin embargo, no pudo dejar de confesar, que la luz se esparcía vivamente por *Lisboa*, y que los Portugueses comenzaban á ilustrarse sobre muchos artículos esen-

ciales. Las bibliotecas , que hasta entonces no se componian sino de leyendas ridículas y libros desechados , se hallaban ya de un modo que diese gusto á la razon. *La ciencia es un astro que se pasea por las esferas , y cuyas influencias no se hacen sentir igualmente en todas partes. En algunos paises es mas oblicua , en otros mas perpendicular ; pero tarde ó temprano los diferentes climas gozan parte de sus beneficios.*

.....

CAPITULO XII.

Juzga Lucidoro de la España y de los Españoles.

Era ya el medio dia , cuando entró en este reino , y la mayor parte de los moradores no habian hecho aun cosa alguna. La pereza , hermanada al calor del pais , tiene allí cautivas las almas , y unos es-

píritus, que han nacido para grandes cosas, no se alientan sino con el honor de existir.

De aqui proviene, que la agricultura esté tan abandonada en España; y que, en vez de poner su confianza en la industria y en el trabajo, no se lleva otra cuenta, que el arribo de las flotas de Indias. A pesar de la densa nube que ofusca á los Españoles, se descubren entre ellos unos hombres raros y aun sublimes.

El daño está en que los estudios que alli se hacen, comprimen al ingenio, en vez de esplayarle. Se lamentaba de esto LUCIDORO con algunos doctores de la universidad de Salamanca, y ellos convinieron en ellos. Esta confesion se debe á las luces de este siglo; pues ninguno se hubiera atrevido á hacerla ochenta años antes.

Recorrió todos los libros compuestos por los Españoles, y exceptuando un gran número de sermo-

nes burlescos, y algunas novelas devotas, halló, que el número de los buenos era mui corto; y se lamentó, arrojando un profundo suspiro. De aqui es, que los Españoles no son conocidos sino por sus guerras. La indiferencia ó frialdad que algun tiempo afectaron por las musas, hizo que por mucho tiempo fuese desconocida su poesía.

En quanto á lo que se les censura por parte del orgullo, creyó, que en esto habia mas altivez que vanidad, y que esto mismo era la causa de ser la nacion singularmente generosa. Fuera de que, cuando no se hace el bien por motivos acrisolados por la religion, importa poco que se haga por ostentacion ó por vanidad.

Los dispendios de Madrid consistian en criados y mulas. Alli se aprecia mucho el obsequio y la pompa, fuera de esto se respeta mucho á la templanza.

El monarca, que ha tenido siempre un singular acierto en la eleccion de sus ministros, asociándose con hombres tan sabios como inteligentes, para dividir con ellos el peso de la soberanía, ha dado un nuevo ser á su capital, y una nueva forma á sus moradores. Ya no se ven en Madrid aquellas inmundicias, que deshonoraban la residencia del soberano, ni aquellos grandes sombreros redondos, que ocultaban los rostros, y alguna vez disfrazaban los delitos. *Aquel sabe crear que sabe gobernar.*

No le falta otra cosa á la gloria del rey, sino dar nueva vida á los campos estériles y moribundos, por medio de un cultivo análogo á la feracidad del suelo, y á la bondad del clima; y proveer á las necesidades de los viageros, haciendo abrir caminos buenos, y construir posadas y alvergues curiosos y cómodos. No se echáran menos las casas de campo en España, si hu-

biera en ella mas hosterías limpias y cómodas.

Oyó con gran gusto LUCIDORO los elogios que se daban al conde de Aranda, como á un ministro el mas inteligente, el mas equitativo, y el mas desinteresado.

Los Españoles tienen una semilla de grandeza, que no desea sino ocasiones de abrirse y esplazarse, como se muestra en sus magnates, cuya generosidad no conoce límites.

Es mui sensible, que tantas prendas no esten decoradas con aquel exterior agradable, que da valor á las cosas mas comunes. Nadie puede persuadirse sino con mucha violencia, que unos hombres, cuya exterioridad es tan descuidada, tengan una alma bien adornada y esquisita.

El desaseo comun de los ciudadanos, le decia un grande de España á LUCIDORO, es causa de que nosotros tengamos tan pocos

apologistas. Un siglo como éste, que se jacta tanto de delicadeza y refinamiento, solo sirve para hacernos mucho mas extraordinarios y aun ridículos; pero un pueblo naturalmente altivo, no se acomoda con modas estrangeras: quiere ser él, y quiere ser otro; de suerte; que es poco menos que arrancarle el alma á un español, despojarle de su capa.

La conversacion de las mugeres causó particular complacencia á nuestro viagero, aun mas de lo que puede imaginarse. Tienen el talento del chiste y agudeza, sin que esto sea á espensas de la razon. Ellas son las primeras en burlarse de todas aquellas aventuras y enredos amorosos que se las atribuye, y en cuanto á los papeles tiernos que se les hace escribir; y tambien en cuanto á los suspiros que se les hace exalar. Le preguntaron á nuestro filósofo si era Frances (no daba muestras de serlo)

á fin de saber , si se jactaba de haber logrado sus favores , y de haberlos arrebatado ; porque , decian ellas , sabemos que en París suelen divertirse á nuestra costa. Cuando se trata alli de Españolas , nunca falta en la escena alguna historieta de este calibre.

LUCIDORO recorrió las principales ciudades del reino , sin hallar en ellas cosa que le interesase, esceptuando los puertos de mar, en los que el concurso de las mercaderías y extranjeros derrama la abundancia y la alegría. La circulacion de las especies lleva consigo la circulacion de la vida. El español de Barcelona y de Cádiz en todo se diferencia del español de Granada ó de Córdoba,

Halló LUCIDORO en los claustros hombres de talento , capaces de las cosas mas ilustres, si dichas circunstancias los hubieran sacado de la obscuridad. *Sucede con el entendimiento lo mismo que con*

la pólvora, que cuando mas se la comprime, hace mucho mas estrépito.

CAPITULO XIII.

Pasa Lucidoro á Italia, y se detiene en Génova.

La república de Génova, aunque compuesta de senadores inteligentes, le pareció á nuestro incógnito que no se habia desvelado bastante por el bien de los ciudadanos: lo que hizo creer, que el pais no era rico. Efectivamente si no se exceptúan algunos nobles y algunos negociantes, que afectan alguna opulencia, todos los demas viven miserablemente.

El viagero que no da sino una simple ojeada, se deslumbra con los magníficos palacios, de que se gloria Génova; pero un filósofo

que profundiza, ve las miserias á pesar de las exterioridades. Los moradores de *Sarzana* y *Lerici*, y los de las aldeas circunvecinas parecen esqueletos.

LUCIDORO halló materia de elogio en la urbanidad de los Genoveses; y notó que su gravedad, que se tiene por orgullo ó soberbia, no era sino un uso de ceremonia; y que en el comercio ordinario tenia mucha amenidad. No es mala leccion esta para aquellos que no juzgan de las personas sino por las apariencias.

En quanto al pueblo era preciso no fiarse mucho de él: siempre se ha tenido por el peor de Italia.

Estaban en Génova las ciencias ni muertas ni vivas. Eran reverenciadas, pero no objeto de su aplicacion. La lengua Italiana se hallaba bastante trabajosa: ninguno la habla, sino como por fuerza.

Desaprobó LUCIDORO todos

aquellos chichisveos , ó por otro nombre caballeros sirvientes , que no cesan de acompañar las mugeres , y que descartan insensiblemente á los maridos. *No basta que una esposa sea prudente ; es necesario que no sea sospechosa.* A lo menos la razon asi lo entiende ; y seria no pequeña empresa querer persuadir lo contrario.

Fuera de esto , hai costumbres en Génova , como en todos los paises. Un poco de bien y un poco de mal , segun el proverbio italiano : *un poco di bene , é un poco di male.* Esta mezcla es inevitable entre hombres que tienen pasiones.

Quiso LUCIDORO examinar , si el epíteto de soberbia , que se le concede á Génova , provenia de la magnificencia de sus palacios , ó de la altanería de sus moradores , pero hecho el exámen , se abstuvo de dar la sentencia ; y es , porque la prudencia jamas se separa de la razon.

Díjoles á los Genoveses , antes de dejarlos , que su república egercia una pequeña tiranía en obligar á los que tenian posadas y alvergues , á que comprasen su aceite malo , y su perverso vino para hácerselo tragar á los viageros. *Es mala política hospedar mal á los extranjeros. La concurrencia hace , por lo comun , la riqueza de una provincia.*

.....

CAPITULO XIV.

De la Córcega.

CONOCIÓ LUCIDORO , que la Córcega estaba mui bien en las manos de los Franceses , y que este ordenamiento les quitaba á los Genoveses un gran peso ; porque para sostener el título pomposo de rey , disipaban todas sus fuerzas , y ellos aun no conseguian el ti-

tulo de monarca *in partibus*.

Cuando nuestro filósofo vió las montañas y los torrentes, de que habian triunfado los Franceses, consideró la toma de Córcega, como un nudo gordiano, que fue preciso cortarle. Lo primero que preguntó fue por el comandante Paoli: LUCIDORO le conocia mucho tiempo habia, como á quien comunicó luces sobre las ciencias y sobre la política; pero él ignoraba lo que pensaban de él en su propia patria.

Digéronle, que aquel general podia haber concluido mucho mejor; que una capitulacion le habria dado mucho mas honor que una fuga precipitada: que esto provenia de que él no habia sido auxiliado, y de que acaso conocia menos el arte de la guerra que los intereses de diversas potencias.

Conoció LUCIDORO, que la Córcega necesitaba de una gran sobriedad para subvenir á los insulares:

que al terreno, lo mismo que á los talentos, les faltaba un cierto cultivo: que á pesar de los grandes nombres que algunos habitantes tomaban, como nombres de bautismo, tenían una especie de rudeza, de la que no se desprenderian sino con mucho trabajo; y que el comercio de los Franceses (mui diferente del de los Genoveses) conseguiria darles otra forma.

Creyó ver en el humor de los Corzos aquellos nubarrones y desigualdades, que alteran el arte del pais, confesando, sin embargo, que la última guerra los justificaba en parte de la reprehension que se les hace de haber sido horribilmente crueles. *Sucede lo mismo con las naciones que con los particulares, que envejeciendo se corrigen.*

CAPITULO XV.

*Hace Lucidoro algunas reflexiones
sobre Venecia.*

Esta es la ciudad del mundo mas curiosa y mas estupenda, dijo LUCIDORO al entrar en ella. No se puede formar justa idea sino cuando se la mira. En efecto, construida en medio de las aguas que forman sus cruceros y calles, parecen un cúmulo de navíos que reposan sobre un mar tranquilo.

Examinó el gobierno del pais con toda la prudencia que pide tan grave asunto; y observó, que para descaminar la atencion del pueblo de las operaciones del Senado, se le permitian los placeres. Casi todo el año no habia sino espectáculos y máscaras. Todo esto lo costeaban las costumbres, mientras

las leyes políticas lo ganaban.

„ No dan diversiones, es ver-
„ dad, decian algunos gondolistas, y
„ no es para vejarnos ni oprimirnos.
„ Los impuestos son moderados,
„ y jamas ocasionan la indigencia;
„ de modo, que examinando el
„ cuidado que se toman nuestros
„ amos, y la dicha que todos go-
„ zamos, se nos puede llamar un
„ pueblo libre, gobernado por es-
„ clavos. “

Este modo de esplicarse anun-
cia un pueblo tan juicioso, como
elocuente. No es extraño, porque
tiene la vista perspicaz y justa, y
las mas felices prontitudes. Y así
se le permite el honor de pedir á
los espectáculos que repitan aque-
llos parages que le parecen mas
importantes.

El Senado de Venecia viene á
ser un retrato del Senado de Ro-
ma: se observa en él la misma exac-
titud y la misma dignidad. El Dux
no tiene sobre los senadores sino

respetos y títulos mas estensos. Sujeto á las leyes, como el mas ínfimo de los vasallos, es responsable á la república, bajo la pena de muerte, de su conducta y administracion.

El casamiento del Dux con el mar, parece que tiene algo de extravagante; pero el pueblo necesita de ciertas ceremonias que le engañen, y que hagan circular el dinero. *La opinion es la reina del mundo.*

No sucede esto mismo con los juegos que son ruinosos, y que la república consiente sin razon que subsistan. Estos llevan consigo la ruina de las familias, entretienen la ociosidad, entorpecen al alma y los estudios se olvidan. Habria muchos mas Venecianos sabios si fueran menos inclinados al placer. *Los sentidos no pueden ganar, sin que el espíritu pierda.*

La libertad del país, que consiste en ir sin sujecion, vestirse á

su modo, poder comprar y comer fruta, andando por la calle, fue mui aplaudida por LUCIDORO. Parecióle, que el salir los hombres sin espada á la calle, ir las mngerres sin séquito, y los senadores sin comitiva, los libraba de la esclavitud de la sujecion; y que ninguna cosa era mas parecida á la edad de oro, que esta dichosa sencillez.

Pero lo mas admirable de todo, es que la república ha desterrado prudentemente el lujo de sus estados. El vestido negro es todo el ornato de Venecia; y para los Venecianos lo mismo son las modas de París que los usos de Pekin. Ellos se contentan de ver algunas muestras de las modas en los estrangeros que los visitan.

LUCIDORO buscaba, pero inútilmente, con quien conversar. Seis teatros abiertos todas las noches eran la ruina de las conversaciones. Los Venecianos van al espectáculo, que dura desde las seis de

la tarde hasta las once de la noche, para no entretenerse en sus alojamientos sino con sonatas y árias. Con todo, las mugeres ostentaron su talento. Ellas tienen agudezas, que agregadas á las gracias de su lengua, las hacen mui agradables.

Maravillóse mucho al ver miembros del senado, que con las patentes en las manos, visitaban á los extranjeros, para pedirles soberbiamente limosna. No seria extraño, que una república tan ilustre hallase en sus ahorros medios con que favorecer y auxiliar miembros distinguidos. La altanería no se acomoda con semejante humillacion.

Se pretendió poner á nuestro filósofo en embolismos amorosos. Por todas partes hai gentes oficiosas, y principalmente en Italia; pero la razon, aunque amiga de las mugeres, no cree en sus aventuras.

Los libreros tenian tiendas que manifestaban, que los Venecianos,

no obstante sus negocios y placeres, leen alguna vez. Los cafés son sus comunes tertulias. Allí se trata de noticias, y se habla de todo, esceptuando del gobierno. La ciudad está llena de espías, que como otros tantos argos, tienen ojos á millares.

LUCIDORO quiso ver los frailes. Se trataba de su reforma entonces. Halló en ellos mucho talento; pero le parecieron demasiado enredadores, y por consiguiente peligrosos. *El que se sale de su estado, da siempre en excesos; sino es por parte del corazon, es por parte del espíritu.*

Pasados quince dias (es tiempo mui suficiente para cualquiera que no es apasionado á las mugeres ó al juego) que estuvo LUCIDORO en Venecia, se trasladó á *Ragusa*, pequeña república, bajo la dominacion del gran Señor, en donde halló genio; y de allí, volviendo a rás, fue á Nápoles.



CAPITULO XVI.

*Pasa Lucidoro por Bolonia,
y por Liorna.*

Ferrara, ciudad donde hai mas casas que personas; y donde, por lo regular, no se detienen los extranjeros, sino para ver algunas iglesias y palacios, le pareció á LUCIDORO una bella soledad. Despues de haber visitado el sepulcro de Ariosto, poeta tan celebrado como el Dante, pasó á *Bolonia*.

Esta morada, poblada de gentes de letras y de sabios, ofrece al entendimiento todo lo que puede satisfacerle. Nuestro viagero pasó algunos dias con ellos, que le parecieron un minuto. Los unos le manifestaron los mas íntimos secretos de la historia natural; los otros ostentaron todas las precio-

sidades de la elocuencia y poesía; y hubo allí hasta mugeres, que, en calidad de académicas, le ocuparon la atención del modo mas útil y agradable.

A sí mismo se daba la enhabuena LUCIDORO, al ver sus conocimientos tan bien aprovechados; pero habló poco, temiendo hacerle traicion á su secreto; porque unas personas tan familiarizadas con sus instrucciones, podian facilmente conocerle.

La academia del Instituto, compendio de todo lo que la naturaleza tiene en sí de mas precioso, fue el asunto de la admiracion y aplausos de LUCIDORO. Las quatro partes del mundo contribuyeron para formar aquel precioso depósito. Allí es donde todos se ilustran sobre todos los fenómenos del universo, y donde se enseña á reconocer aquella sabiduría suprema, que crió tantas maravillas para escitar nuestro reco-

nocimiento y nuestro espíritu.

Francisco Zanotti, el Fontenelle de Italia, no quería separarse de LUCIDORO. Le acompañó en todas sus visitas, y en todas supo divertirse. *Un genio agradable tiene la virtud de la atracción.*

La pasión de los Boloneses por los espectáculos, es la de todos los Italianos. El teatro es su elemento. El pueblo mismo cree que necesita de este pasatiempo; y en esto hace la ociosidad su negocio. Alguna vez se dejó ver allí nuestro filósofo como un hombre que ve las cosas sin pasión. Se admiró al ver el coliseo, cuya arquitectura y proporciones forman una perspectiva hechicera.

Habia en medio de *Bolonia* una casa que alquila la nobleza, y donde se junta para jugar y discurrir. Asistió LUCIDORO en ella, y en el intervalo de dos horas conoció toda la ciudad: esto le pareció muy cómodo y digno de ser imitado.

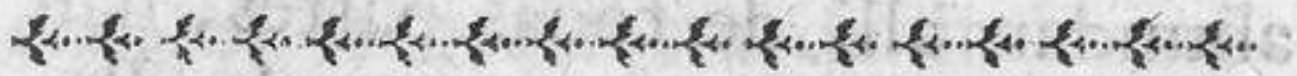
Por mas que examinó con ojos críticos la conducta de los maridos, lejos de hallarlos celosos, vió, sin mucho brujuleo, que eran demasiado cómodos. Pero los celos de los Italianos han echado tales raíces, que por mas que se diga, para destruir esta opinion, siempre se verificará, que las mugeres de Italia tienen por espías á sus maridos. *El Italiano no tiene celos sino de su dama.*

Pocas personas ven con los ojos de la verdad las magníficas pinturas de que está llena *Bolonia*: ellas suspendieron la atencion de **LUCIDORO** mucho mas que él pensaba. *Lo hermoso tiene siempre un gran predominio sobre una alma reflexiva.*

Liorna, adonde con aceleracion se trasladó nuestro viagero, le ofreció otra escena. En esta ciudad no se conoce otra ciencia que el comercio; y es la única ciudad de Italia que parece me-

nos Italiana. Los extranjeros que abundan allí de todas partes, han hecho de ella una torre de Babel, en cuanto á las costumbres y language.

Viendo este puerto de mar, (dijo un capitan de navío á LUCIDORO) “descubrireis la mina de
” donde los Médicis, grandes duques de la Toscana, sacaron sus
” tesoros. De aqui recibieron la
” semilla de su grandeza, y en
” donde hallaron medios para formar
” artistas, renovar las artes,
” y enriquecer su país con los
” primores mas esquisitos.” Hablaba todavia cuando se puso á la vela, é inmediatamente se halló en alta mar.



CAPITULO XVII.

Llega Lucidoro á Malta, y visita despues la Sicilia.

Fue la navegacion mui peligrosa, aunque el paso no es largo. Las tinieblas mas profundas produgeron la noche al mediodia. Se desenfrenaron los vientos, las ondas se amotinaron, y el navío ya mas elevado que un monte, y ya mas bajo que un precipicio, anunciaba una ruina próxima á toda la tripulacion. Los unos maldecian el mar, los otros imploraban al cielo, y en medio de esta horrible confusion, lejos de murmurar LUCIDORO, se armó de la paciencia, y maniobró. *Los llantos no curan los males, y el miedo los aumenta.*

Malta, aquella isla célebre,

hecha para dar leyes á los enemigos del nombre cristiano, ó á lo menos para embarazar sus incursiones, interesó vivamente á nuestro viagero, por su gobierno y por su situacion. Allí vió la flor de la nobleza esplayarse bajo el imperio de un gran Maestre, cuya soberanía no se da á conocer, sino con la clemencia y con la urbanidad. El manda á la porcion mas respetable de la Europa, sin parecer que manda; sabiendo, que *el amor de la obligacion es el que gobierna á las almas bien nacidas, y no el temor del castigo.*

LUCIDORO halló el mas generoso acogimiento. Era entonces Emanuel Pinto gran Maestre, quien no tenia otro defecto que una estremada vejez; pero fue siempre el intérprete de la razon. Discurrieron juntos él y LUCIDORO sobre el suelo del pais, que es bastante ingrato, sobre el carác-

ter de los Malteses, cuyas costumbres africanas respiran ferocidad y disolucion, cuando no estan cultivados, respecto á la cualidad del clima, que inflama el aire en los dias del estío.

Lleváronle á la gruta de San Pablo, en la que se halla una especie de piedra, que crece y se reproduce. Los fenómenos de la naturaleza no se escapan á los ojos de la razon.

Se esparció por los diferentes albergues, donde se juntan los caballeros, y su conversacion la manifestó claramente, que se aplican con seriedad á su ministerio, y que la lectura les sirve de recreacion.

Esto es lo mejor que pueden hacer en un país en el que desgraciadamente no hai el socorro de mugeres distinguidas, que son las que forman la buena sociedad. Esceptuando algunos Barones, en Malta no hai sino per-

sonas comunes Los hombres luego se cansan de estar juntos, si el sexo no toma partido; la amabilidad que derrama, agregada á la decencia que inspira, hace el agrado de las compañías.

El Papa tiene un Nuncio en Malta, á quien visitó LUCIDORO. Casi siempre se gana en frecuentar los Italianos. Hai pocos, particularmente en empleos eminentes, que no tengan nociones y talento.

Los caballeros, admirados del mérito y amenidad del amable incógnito que iba á visitarles, le pasearon por todas partes, y le hicieron ver las galerias de la religion; pero cuando ellos creyeron penetrarle y conocerle, los deslumbró sagazmente sin faltar á la verdad; porque nadie está obligado á decirla siempre. *La retentiva no es disimulacion.*

Partió, despues de haber observado las fortificaciones, que pue-

den ponerse en la clase de los monumentos curiosos, y pasó á Sicilia, donde le esperaban.

Palermo, ciudad hermosísima, y mui poblada, donde brilla una nobleza considerable; es, con justa razon, la capital del pais. Hai alli mas ingenio que sabiduría. La vivacidad, al parecer, es el carácter dominante. Es mui natural que los Sicilianos se resientan de tener en su casa el Etna.

El fausto, como en Italia, solo estriba en la esterioridad. Los palacios son magníficos, y las mesas escesivamente frugales. Hai chocolate y refrescos.

LUCIDORO se complació en ver filas de carrozas á lo largo de las calles. El equipage en Sicilia, lo mismo que en toda la Italia, es una cosa tan necesaria como la casa. Es ignoble entre las personas de condicion ir á pie; y si acaso van, ha de ser llevando tras de sí un equipage, que

es la seña de su vanidad.

Siracusa, cuna y sepulcro tambien del célebre Archimedes, le trajo á la memoria la suerte trágica de aquel gran filósofo. No se detuvo allí sino en cuanto honró sus manos con sentimientos. Podia haberlo hecho con libaciones, supuesto que allí se coge vino con abundancia, y es escelente.

Nuestro viagero puso particular atencion en la fertilidad del pais, que por la abundancia de su seda y de sus granos se corresponde con toda la Europa; y despues de haber visto á *Mesina*, como un puerto de mar, donde es necesario el comercio para disipar la indolencia y el enojo, pasó á la *Calabria*.

No encontró allí sino insectos y bribones, si no se esceptúan algunas pequeñas ciudades, habitadas por gentes honestas.

El pais está poblado de religiosos y obispos. Ellos lo conser-

van sobre las costumbres que tienen , las que todavia no son mui cultas , y que verosímilmente esperarán aun muchos siglos antes que se logre transformarlas. Las provincias que estan en las estremidades , y que no tienen por confines sino regiones bárbaras, no se cultivan y pulen sino con mucha lentitud. La *Rusia* es prueba de esto. Fueron necesarias innumerables generaciones, y revoluciones sin egemplar , para hacerla tal como es.

LUCIDORO hubiera sido apresado por los Argelinos , si los caballeros de Malta no le hubieran salvado. *Ciertamente que hubiera estado mui fuera de su centro la razon en Argel.* La *Calabria* le sirvió de vestíbulo ó átrio para entrar en el reino de *Nápoles*. Esta region se da á conocer por unos bellísimos puntos de vista.

Nápoles , aquella ciudad que tiene su asiento sobre volcanes,

parece un hormiguero, según está poblada. Por todas partes no se halla sino hombres que se oprimen, y encuentran unos con otros; de los que la tercera parte, por lo menos, no lleva otro vestido que unos andrajos. *Triste cosa es, que una morada tan agradable sea desfigurada con objetos tan melancólicos.*

LUCIDORO infirió de todo esto, que la pereza ocasionaba aquella infelicidad. Cosa otro tanto mas asombrosa, cuanto que en un puerto de mar hai innumerables medios de ganar la vida, y que los ministros actualmente encargados de la administracion, tienen mucho celo y sagacidad; pero se dirá, que por todas partes hai abusos, y que éste es el pecado original del pais.

La educacion de la nobleza se dejó ver no menos enojosa para los ojos de nuestro viagero. Los jóvenes, en vez de aplicarse

Parte I.

I

â formar el corazon y el espîritu, pierden desgraciadamente sus primeros años , ocupándose en correr caballos , y en familiarizar con la librea ; lo que los hace groseros en sus modales y espresiones.

La vecindad del Monte Besuvio influye en las cabezas. La imaginacion de los Napolitanos fermenta como un volcan. Vése en sus escritos el fuego del ingenio; y sus discursos se parecen â los relámpagos. Esto le hizo creer â LUCIDORO , que son mas adecuados para poetas y oradores , que para historiadores y jurisconsultos.

Sin embargo , no hai pais donde haya mas abogados. Cada casa tiene el suyo , â quien paga por años ; pero esto proviene mas bien de un gusto decidido por el genio pleitista y rencilloso , que de una disposicion propia para hacer legistas.

No pudo comprender nuestro filósofo , sin temblor , el murmu-

llo de los consejos y tribunales. Parecia un retrato del infierno, segun los ademanes y voces de los pleiteantes.

Pero ¡cuánta fue su admiracion, cuando vió montones de frailes por todas las calles! Los Dominicos tienen hasta diez y ocho casas de su órden en el recinto de la ciudad, y se encuentran hasta trescientos Franciscanos en un solo convento, que sacan limosna de casi todos los particulares con un solo *Dios te lo pague*, y los que habrian acusado á la misma razon, como herética, si se hubiera atrevido á decir que eran demasiados.

El entusiasmo no oye otra voz que la suya, y todo lo que él desaprueba, le parece digno del anatema.

Oyó á los predicadores: esto merecia ciertamente atencion. Declamaciones y pantomimos, que á un mismo tiempo hacen reir y llo-

rar. El genio, sin embargo, por entre lo burlesco penetraba algunas espresiones y pensamientos. Esto era una tempestad mezclada de nubes y relámpagos.

La arquitectura, demasiado sobrecargada de adornos, no tiene aquella noble sencillez que caracteriza las obras buenas. En desquite de esto, todos se ocupaban desmesuradamente en lo que habian hecho los antiguos, y se buscaban hasta en el centro de la tierra monumentos de su sabiduría. Las escavaciones del Herculanano son bastante prueba. Se sacan casi todos los dias, entre las ruinas de aquella ciudad, sumergida en una erupcion del Monte-Vesuvio, curiosidades sin número, y se conserva su coleccion en salones del palacio de Portici, destinados á este fin.

Examinólas LUCIDORO con la mas severa atencion. Era, á la verdad, un espectáculo digno de

él; pero se sintió agradablemente sorprendido, cuando vió en muchos libros de estampas los mismos fragmentos de pintura y escultura, espresados rasgo por rasgo. Obra inmortal, digna de Carlos III, rey de España, que la hizo siendo rey de Nápoles, y que su sucesor, su augusto hijo, continúa con universal complacencia de los aficionados á dichas nobles artes.

Algunos célebres autores escribían entonces sobre diferentes asuntos, y sus producciones tenían resabios del terreno: lo que á los ojos y juicio de las gentes vivas les daba mucha estimacion, pero los flemáticos los apreciaban en poco. *Los hombres, lo mismo en sus juicios que en sus gustos, se dejan engañar de su propio temperamento.*

No aprobó LUCIDORO el fanatismo de los Napolitanos, respecto á los espectáculos. La ra-

zon quiere moderacion en los placeres. Es lástima que las piezas de teatro (esceptuando las de Metastasio, que suelen representarse algunas veces) no correspondan á su aficion. Ellas no son mas que un cúmulo de episodios insípidos, ó un entretregido de malas chanzas ó burlas. *Las aplaudian por costumbre, y se reian por ociosidad.*

Frecuentó muchas asambleas, que á la verdad son magestuosas. Oyó con mucho gusto á una muger que decia versos de repente; esto es, una manceba que cantaba, y al mismo tiempo componia canciones para los que le daban asuntos. Hállanse comunmente en Italia personas que tienen esta maravillosa facilidad, y que por la costumbre que tienen de poetizar de repente, dicen algunas veces cosas mui ingeniosas y de mucho chiste y gracejo. Esto viene á ser su oficio, con tal que su juventud ó su hermosura no les

empeñe á tomar otro empleo.

Convidaron á nuestro filósofo á algunas comidas; pero echó de ver luego que los Napolitanos no tienen el talento de regalar. En sus mesas no habia el orden ni elegancia que brilla entre los Franceses.

Sobre varias representaciones que hizo á los ministros, para que prohibiesen la mendicidad, poner orden en la libreas, y sobre todo, en los criados de á pie de la corte; que no se derramasen por las casas, para que les pagasen cierta contribucion los extranjeros, estuvieron á pique de efectuarse; pero la cosa aun no se ha egecutado. Apenas se presenta uno al rey de Nápoles, cuando es asaltado por las gentes de su casa, que se hacen pagar la bien-venida. Su magestad lo ignora, seria mui conveniente que lo supiese. *¡Cuántas reformas de abusos se verian en to-*

dos los Estados, si los soberanos estuvieran instruidos!

Era mui justo que LUCIDORO viera las cercanías de Nápoles. Son recomendables por las bellas cosas que dijo Virgilio de ellas. Comenzó visitando el sepulcro de este poeta inmortal, sobre el que la casualidad ha producido un laurel mui oportunamente. Está algo distante de la ciudad, en un terreno aislado.

Desde aqui pasó nuestro viajero á las márgenes del *Acheronte*; y observó que este rio, tan espantoso en Virgilio, no es mas que un corto lago miserable, que en el dia á ninguno atemoriza. Los campos Eliseos, tan pomposamente celebrados por el mismo poeta, no le parecieron mejores á nuestro filósofo que las riberas de *Loire*; y la gruta de la *Sibila Cumana* un subterráneo mui comun. *Los objetos, hermoseados por*

la poesía, son perspectivas que se han de ver desde lejos.

No sucede esto mismo con *Caserta*, aquel palacio que el rey de Nápoles mira, y con mucha razón, como el mas suntuoso que hai en Europa, y del que hace sus delicias. LUCIDORO le recorrió con ojos críticos, sin notar en él defecto alguno. Es el cúmulo de todas las hermosuras, situado en el lugar mas fértil y agradable. Las estátuas, las columnas, los aquíeductos, los árboles de todas formas, las aguas, con la mayor abundancia, todo contribuye á hacerle la morada de la magnificencia y del deleite.

Pasó por *Capua*, ciudad ahora tan incómoda, como fue deliciosa en tiempo de Anibal; y desde allí pasó á Roma por la via *Apia*, que á pesar de los naranjos y mirtos con que está cercada, arruina los equipages y atormenta á los viageros. No hai mas

que fragmentos , preciosos vestigios de los romanos ; pero seria mucho mejor que estuvieran fuera del camino.

El *Monte-Casino* , aquella suntuosa abadía , seminario de casi todos los monges , ostentó todas sus riquezas á la atencion de *Lucodoro* ; pero mucho mas que de ellas se alegró al ver las virtudes que alli se hospedan. *Edificios demasiado soberbios , mas que los ensalzan , degradan á los religiosos.*

La ruta desde *Monte-Casino* hasta *Roma* , indujo á hacer muchas reflexiones á nuestro viajero sobre el poder de aquellos antiguos romanos , que fueron los amos del universo , y de quienes no han quedado rasgos , ni señales , sino en algunos monumentos ó historias. *Las revoluciones del mundo son asunto inagotable de pensamientos , cuando se juntan y comparan los siglos y los sucesos.*

Lós Italianos tienen el espíri-

tu penetrante. Conocieron que LUCIDORO no era un hombre ordinario, y que él se dejaba caer, como al descuido, rayos que disipaban las preocupaciones: esto le digeron algunos caballeros religiosos, y aun los artesanos con quienes confirió. El alma se les iluminaba á proporcion que él les hablaba.

CAPITULO XVIII.

De Roma y sus moradores.

¡Qué espectáculo para la razon la capital de todo el mundo! LUCIDORO entró en ella con aquellos sentimientos de sorpresa y admiracion que se experimentan al ver un fenómeno.

Su vista quedó mucho tiempo inmóvil sobre aquel soberbio edificio, que se puede llamar la

maravilla del universo. Llenó su espíritu y su memoria con él, como objeto el mas importante y magestuoso.

De la Iglesia de San Pedro, en donde la escultura y la pintura han esplayado lo que tienen de mas raro y mas atractivo, pasó al Vaticano, y alli encontró nuevos primores; pero con tal profusion, que nadie se cansa de contemplarlos. Una hermosura hace olvidar á otra, y era necesaria no menos perspicacia y retentiva, que la de LUCIDORO para acordarse de ellas.

Fue completa su alegría cuando se vió en medio de aquella magnífica biblioteca del Vaticano. Esta era su centro. Todos los libros del mundo se hallan alli juntos; y los que cuidan de ellos conocen lo que contienen y lo que valen. Es lástima que tantos volúmenes, tan raros y tan curiosos, esten cerrados bajo de llave.

No se ve otra cosa que armarios, que es preciso abrirlos cuando se quiere preguntar de alguna obra.

No hubo rincón alguno en Roma que dejara de ser objeto importante para nuestro viagero. *En un país donde todo es precioso, nada debe olvidarse.* Al amanecer ya le veían andar por las calles, plazas, palacios, iglesias y jardines, examinando en todas partes con cuidado lo que los antiguos y modernos tienen de mas curioso. Examinaba y comparaba: *ninguna cosa se conoce bien sino por comparacion;* y todas sus observaciones las apuntaba exactamente en un diario para enseñar á los viageros el verdadero modo de viajar.

Despues de algunos dias, empleados en el exámen de las bellezas materiales, consideró las leyes y costumbres de los moradores: este era su principal objeto.

El soberano Pontífice no po-

dia menos de interesarle. Fuera de que la razon se hermanó con la piedad para colocarle en la cátedra de San Pedro : todos los dias daba pruebas de su prudencia , sabiduría y discernimiento.

No era este un Papa que con una obstinacion inflexible queria conservar sus privilegios , y á espensas de los soberanos ; y sí un conciliador pacífico , que ahuyentaba sagazmente todo lo que podia mantener el enojo y mala inteligencia ; sabia hacerse todo de todos.

Por esto LUCIDORO precisamente habia de ser amigo del sabio Ganganelli. Esto se vió en sus coloquios y conversaciones. Fueron siempre ambos de un mismo dictámen sobre la union que debia reinar entre un Papa y los soberanos : sobre la necesidad de considerar su poder como emanado de Dios solo : sobre la obligacion de remitir al olvido ciertas

pretensiones, que no pueden dejar de ofender á los príncipes, y exasperar los espíritus. *El mundo se ilustra envejeciendo.*

Descubriéndose el Papa, manifestó una política, que valia tanto como las de Gimenez y Sisto Quinto; pero que tenia el mérito de condescender con los tiempos. *Sucedé con un soberano hábil lo mismo que con un buen náutico; esto es, saber calcular el viento.*

Los cardenales, miembros de un cuerpo que ha producido los mayores hombres, recibieron á nuestro filósofo con aquel acogimiento generoso que desconoce el orgullo. Quedó mui admirado de su cortesía y urbanidad, y tambien edificàdo de sus virtudes.

Uno de ellos, lleno de virtud y sabiduría, y á quien su mucha esperiencia ilustraba tanto como su talento, fraguó amistad con LUCIDORO; y despues de algunos

coloquios sobre diferentes asuntos, relativos al gobierno del pais, le dijo:

„ Vosotros, puede ser, nos considerais como unas buenas gentes, que no eran dignas de suceder á los antiguos romanos. Es conveniente sepais, que todavia hai hombres entre nosotros, que habrian merecido en los mas bellos dias de Roma las primeras dignidades.

„ Pasó aquel tiempo en que la fuerza de las armas hacia la gloria de esta tierra; ¿pero será el nuestro menos apreciable, porque aqui se goza de la paz? *La verdadera filosofia prefiere el reposo á todos los combates que arruinan á los hombres é irritan á la humanidad.* Nosotros no tenemos otra defensa que nuestra prudencia: la ponemos en nuestra cabeza como yelmo ó morrion, y con ella nos defendemos, contemporizamos, y con-

„seguimos insensiblemente el lo-
„gro de nuestros designios.

„*Se gana todo, ganando tiem-*
„*po.* El mundo está lleno de su-
„cesos que se siguen unos á otros
„sin interrupcion. Sobreviene una
„guerra, se forma una alianza,
„ocurre una muerte, y las cosas
„toman un nuevo semblante. El
„capítulo de los accidentes nos
„ha librado de engorros en inu-
„merables circunstancias críticas.

„Ademas de esto nuestra cor-
„te tiene un socorro que no tie-
„nen las demas. El consejo del
„soberano se compone de perso-
„nas que han desempeñado dife-
„rentes nunciaturas, y que cono-
„cen el genio de los príncipes, y
„los medios mas propios de con-
„ciliarlos. Fuera de esto, tenemos
„gentes nuestras esparcidas por to-
„das partes, que nos informan de
„todo.

„*Nunca se ha de mirar un es-*
„*tado* (prosiguió el respetable an-

Parte I.

K

„ciano) *por lo que fue , sino por lo*
„*que es* Los antiguos romanos
„que se ponderan con énfasis, se
„habrian conducido como noso-
„tros , si se hubieran hallado en
„la misma situacion. No piensa
„en hacer la guerra el que tiene
„un gobierno que la ahuyenta:
„¿y qué, por no tener alguno una
„lanza en la mano, será menos
„hombre que otro?

„Yo estimo mas una cabeza
„sabia bajo de una capilla ó bo-
„nete, que una cabeza loca ó ne-
„cia bajo de un morrion ó yel-
„mo. *El genio y el talento hacen*
„*á los héroes , y no el broquel: im-*
„porta mui poco el modo como
„va vestido, cuando la razon es
„la brújula.

„El mayor número de los es-
„critores son inconsecuentes , y
„particularmente en el siglo en
„que vivimos. Desaprueban las
„guerras , exageran los frutos de
„la paz , y tienen por ridículos á

„aquellos, cuyo gobierno esencialmente es pacífico.

„Sé muy bien que el nuestro tiene defectos, ¿pero los demás pueblos son más dichosos que nosotros?

„Es imposible que un Papa, que no ha sido educado para reinar, y que por lo común no se elige antes de sesenta años, tenga todas las calidades propias para gobernar. Ocupado de lo espiritual, que generalmente es su primer cuidado, omite á pesar suyo, negocios temporales, que requieren un trabajo continuo. Fuera de esto, *la vejez es lenta*, como dice Ciceron: ninguno hace grandes empresas, cuando no tiene bastante tiempo para continuarlas, y cuando no se sabe quien será su sucesor.

„Esta situación es causa de que se confie de personas que abusan demasiado de su autoridad, y de que *un Papa, lo mismo que mu-*

„chos príncipes, no vea la verdad si-
„no cuando lee el Evangelio.

„Todos nosotros vemos con
„dolor que la ociosidad causa la
„miseria é infelicidad del pais, que
„hai demasiadas limosnas y pocos
„impuestos. Pero un Papa, que no
„tiene sino algunos dias de vida,
„teme hacerse odioso, si intentá-
„ra mudar las cosas, y ser tenido
„por un hombre sin humanidad.
„Se grita contra Sisto Quinto, por-
„que fue severo. Sin embargo, á
„su providencia debió Roma en
„estos últimos años librarse del
„hambre. Doscientos años despues
„de su muerte hizo vivir á su an-
„tiguo pueblo, por las sumas que
„sabiamente puso en depósito. *Un*
„político hábil es poco menos que
„profeta.

„Todo lo dicho puede daros á
„conocer, señor, que no carece-
„mos de luces. *Los mayores hom-*
„bres se determinan segun las cir-
„cunstancias.“

No hubiera hablado mejor nuestro filósofo. Se le prevenia y anticipaba sobre todo lo que podria decir; y esto acredita lo que el ilustre Montesquieu afirmó con razon, que los romanos de nuestros dias se asemejan á los antiguos, y que se descubren en ellos rasgos que indican el mismo genio.

Basta en efecto preguntarlo á sus hijos. Dan respuestas que admiran. Ya no es la ambicion de ser cónsules ó dictadores la que los estimula; pero sí la pasion de ser cardenales y aun papas. El mas ínfimo paisano no renunciará este imaginario derecho por todos los tesoros del mundo. El egemplo de Sisto Quinto se graba en todos los espíritus desde la mas tierna infancia.

Las decoraciones y fiestas, á las que asistió LUCIDORO, no le acordaron menos la antigua Roma. Notó en ellas aquella sencillez magestuosa que caracteriza la ver-

dadera grandeza. *Los pueblos frívolos no conocen sino lo pulido; pero las naciones sólidas lo rechazan y lo menosprecian.*

Se carece de espectáculos en Roma casi once meses cada año; y esto da á entender que hai personas que saben conversar. De aqui es, que las asambleas toman con justo título el nombre de conversaciones. Allí se juntan las gentes para discurrir sobre diferentes materias; y si por casualidad hai dos mesas de juego, ellas observan casi oculto el nombre. Cosa admirable, mucho mas que imitable.

VIÓ LUCIDORO una multitud de doctos, sumamente ocupados en el estudio de las leyes, y de la antigüedad. Hai en Roma innumerables religiosos, y pequeños abates, ó clérigos de menores órdenes, que al parecer no hacen mas que vegetar; y sin embargo, arrojan algunas chispas de ingenio. Agregan á un talento, vivo y pe-

netrante , conocimientos profundos. El derecho canónico , ciencia tan necesaria , y que casi solo es conocida en Italia , llena todos los intervalos del dia. Se abren en Roma desde la mas tierna juventud los fundamentos de una grande elevacion. La suprema dignidad de papa aguijonea los espíritus. De aqui viene el decir , que los cardenales serian mas santos , si no desearan ser santísimos. *Non sono sancti, perche voglio essere sanctissimi.*

Los ambiciosos saben que en Roma hai muchos caminos para llegar á grandes dignidades. Estos caminos estan señalados en cuatro calles mayores , que van á dar á la basílica de San Pedro : la calle de los Rosarios , que denota el camino de los que se elevan por medio de la devocion : la calle de los Plateros , que señala la de las personas que tienen dinero , y saben comprar : la calle Papal , que representa el modo como se adelan-

ta, teniendo la proteccion del Papa, y es la calle mas corta; y la calle de la Longara, que es una imágen de la lentitud con que se logra cuando no se llega á las dignidades sino por el camino de los gobiernos. En fin, aquellos cortos empleos, esparcidos por todo el territorio de San Pedro, y en los que un eclesiástico es poco menos que olvidado, á menos que no haga muchos enredos, ó tenga un mérito mui sobresaliente.

Reconoció nuestro filósofo, no sin bastante trabajo, que el oro tenia mucho poder sobre el espíritu de los romanos. Calculó el que la Francia paga anualmente por las bulas y dispensas; y segun su cálculo, que debe creerse exactísimo, asciende á seiscientas mil libras, y no á millones, como cree el público, que siempre juzga al aire. Sacó de aqui que sería un bien para Roma, si no recibiera cosa alguna de los países extranjeros; por-

que entonces trabajarían sus moradores, y florecería el comercio. *Nunca es mas infeliz un pueblo, que cuando para vivir necesita socorros extranjeros.*

Habláronle mucho al incógnito de las pasquinadas que se producen en varios tiempos; y él confesó con este motivo, que solo los Italianos, y tambien los Franceses tienen talento para estas producciones. Los demas pueblos no tienen, ni valor para alegrarse en sus desgracias, ni talento proporcionado para ridiculizar las cosas, ó mas serias ó que mas congojan.

No puedo dejar de decir á los romanos, que se estenuaban demasiado en el estudio de la antigüedad. Sus bibliotecas le enamoraron y cautivaron. Hay muchas en Roma con un lujo análogo al país. En esto solo puede emplear un filósofo su dinero.

Abrumaron á nuestro filósofo con sonetos. Los Franceses no tie-

nen ánimo sino para hacer dos, porque saben que este género de poesía es mui difícil, y que mui pocas veces se acierta á hacerlos bien: los Italianos, mucho mas atrevidos, componen de ellos todos los dias; y en cualquiera ocurrencia, este suele ser el socorro de los *poetastros*. No hai casamiento, no hai profesion religiosa, ni fiesta alguna, que no se celebre con sonetos.

La academia de los Arcades tenia algunos poetas famosos, y sobre todos al abate Stays, á quien han inmortalizado sus dos poemas latinos. LUCIDORO los leyó por el camino, y nunca acertaba á dejarlos.

Las escuelas de la Sapiencia (Sorbona de los romanos) ofrecian á la admiracion de los estrangeros profesores los mas distinguidos. Se reconocian alli las huellas de los PP. Le Seur y Jacquier, aquellos dos mínimos franceses, que fueron

honor de aquellas escuelas muchos años, y á quienes asociaron las primeras academias de la Europa, compitiéndose unas á otras. Sabian mui bien, que ninguno es profeta en su patria.

Conoció LUCIDORO que el gobierno eclesiástico era mui benigno. Con el pretesto de que la Iglesia aborrece lo sangriento, se dejan los delitos sin castigo. *La humanidad exige que se mire con amor la vida de los hombres; pero si las leyes fueran algo mas severas en Italia, no habria tantos homicidios. Como se logra el perdón fácilmente, los malvados matan á la sordina á un enemigo al pasar de una calle, lo que ha dado motivo para decir, que los Italianos cogen á las gentes por detras, y que es preciso desconfiar de ellos.*

Las limosnas, demasiado abundantes, son otro inconveniente: éstas entretienen la pereza: desde

mayo hasta setiembre duermen los artesanos la mitad del dia ; y las limosnas producen , ademas de esto , la soberbia. No hai persona mas insolente que un pobre de Italia , porque sabe que no se ha de morir de hambre. Se halla un egemplo de esto en una respuesta que se dió á un cardenal: su Emi-nencia , irritado de ver que un miserable que iba á pedirle limosna, prosternándose á sus pies , no ponía sino una rodilla en tierra cuando pasaba el Santísimo de viático, le preguntó el motivo. Es , respondió el bellaco , porque ninguno se burla de éste: *questo non si burla*. El pueblo Italiano tiene las mas felices respuestas: él paga sobre la marcha.

Los hospitales fueron mui del agrado de LUCIDORO por su limpieza y aseo. Ademas de esto , no se vé en ellos sino un enfermo en cada cama , bien acomodado ; se remedian todas las necesidades , de

modo que no se deja que desear: extranjeros y ciudadanos todos son admitidos en ellos: basta para ser recibidos estar enfermos. Estupenda leccion para los que llevan los registros de los hospitales.

Lo que afligió mucho á nuestro viagero fue ver á Roma tan despoblada. No se cuentan en ella arriba de ciento y cincuenta mil almas, y no es menos estensa que París; pero las carrozas son en tanto número, que hai mucho lujo y rumor. Allí se ayuna para mantener caballos, y se paga gran parte del salario de los criados con lo que contribuyen los extranjeros: contribuciones, sin embargo, mucho mas tolerables que las de Inglaterra, en donde los lacayos se hacen pagar lo que come un convidado en casa de sus amos. *No hai pais alguno donde no haya monopolios.*

Quiso ver LUCIDORO si los sacerdotes y prelados frecuentaban

los teatros, como se les imputa; y reconoció, que todos los que se llaman prelados, bien lejos de ser promovidos al Episcopado, no eran por lo comun sino abates tonsurados; y que todos aquellos fingidos sacerdotes, no tenían sino el trage, pues eran procuradores, notarios y abogados; y que al verlos con mugeres, solo se les veia con sus esposas, ó con sus hijas. *Siempre juzga mui mal el que juzga de las cosas con una simple ojeada.*

Le convidaban frecuentemente á LUCIDORO á tomar chocolate. Los romanos no conocen otro modo de regalar. *Son mui glotones en la casa agena, y mui sóbrios en la suya, pues no comen sino para subsistir.*

Esto va de acuerdo con su economía, que no permite ni á los mas ricos alumbrar sus vastos palacios, ni aun llevar una hacha cuando salen de noche en equipage. No se ve en todo su cortejo

sino un melancólico farol, que mas sirve para formar sombras, que para esparcir luces. *El modo de emplear bien el dinero es tan raro como el medio de adquirirle*; pero la caridad no permite pensar que los romanos huyen de la luz para ocultar mejor su conducta.

El monte de Piedad, lugar destinado para impedir la usura, y recibir alhajas á empeño de todos aquellos que necesitan dinero, complació mucho á nuestro viagero.

Seria mui bueno que este mismo socorro se estableciera en todas las ciudades grandes. De este modo no se enriquecerian los usureiros á espensas del público, y no habria el peligro de perder cada uno sus efectos. ¡Cuántos establecimientos hai todavia por hacer!

Se paseó nuestro viagero á menudo por aquellos jardines encantados, que circundan la ciudad, y que se llaman viñas mui impropia-

mente, porque en Italiano se les llama *viña*, sin haber en ellos otra cosa que árboles y estátuas. Los romanos no conocen otro paseo que el que se hace en carroza y por las calles. Ellos aprecian mucho que se les honre con salutaciones continuamente repetidas; y vé ahí cómo se engaña á sí mismo el orgullo.

No hai sino las noches del estío para desagraviarse de la sujecion y calor del dia, y en ellos anda la grandeza romana gustosamente á pie. Entonces las personas mas calificadas, sin distincion de sexos, y sin otro vestido que un ligero desavillé, se esparcen por la ciudad, y se deleitan en oir los instrumentos, ó voces de las muchas cantatrices, llamadas *virtuosas*.

La música es el quinto elemento de los Italianos: la aman nada menos que el aire que respiran; y es preciso convenir en que ella da alma á los mismos que no la tie-

nen, y que todas las músicas, comparadas con la suya, son débiles, y sin energía.

Pero no consiste en formar voces artificiales, ni en ultrajar la humanidad, el que los romanos hagan honor suyo el gusto que hallan en la armonía. El arte debe copiar á la naturaleza, y no mutilarla. Y así el Padre Santo se hallado de gloria, prohibiendo una costumbre tan bárbara.

Digéronle muchas veces á LUCIDORO, que la disolucion era excesiva en Roma, y que el Papa toleraba lugares públicos (esto es lupanares) de los que sacaba una contribucion. El se convenció por sí mismo, que lo que se le imputaba al Padre Santo era absolutamente falso; y que, esceptuando algunas infelices prostitutas que se destierran á un lugar aislado, como indignas de mezclarse con las ciudadanas, no hai en Roma lugar alguno malo; y que dichas mise-

rables son tan pobres, que no podrian pagar el mas corto tributo.

Hai mas mentiras que verdades en casi todas las historias.

LUCIDORO se veia siempre poseido de asombro al ver las ciudades de Italia, hasta las mas considerables, sin guardas y sin faroles. Preciso es que este pueblo, decia él, no sea tan malo como se voci-fera; de otro modo, habria todas las noches robos y asesinatos. *París*, entregado á sí mismo, seria el teatro de los mayores horrores.

En el viage que hizo para ir á *Frescati* y *Trivoli*, aquellos lugares deliciosos por sus casas encantadas, y por su situacion, visitó á muchas señoras romanas, y no quedó menos enamorado de su conversacion que de su aspecto y compostura. Hallolas instruidas, altivas sin ser vanas, habladoras sin ser bachilleras, y festivas sin ser trívolas. Las que eran galantes sin querer parecerlo, manejaban

una intriga con el mayor secreto, y ponian tanto ahinco como en un negocio de estado.

Las campiñas que atravesó tenían impresas las tristes señales de la despoblacion y ociosidad. Daban á entender á todos los viajeros, que el Papa tenía demasiados frailes en su país, que para restaurar el honor de la agricultura, era preciso disminuirlos, y contentarse con algunos impuestos sobre el labrador y el artesano. Esto estimula á los perezosos, y les obliga al trabajo. Los Italianos mismos convienen en esto, y sobre todo en lo perteneciente á los frailes.



CAPITULO XIX.

De la República de S. Marino.

Aunque este pequeño país parece que representa el papel de *incógnito*, y que no es mas que un punto en la vasta estension de la Europa, creemos que es deuda nuestra distinguirle con un capítulo espreso, como que es el asilo del honor, y como que mereció la vista y los auxilios de la razon. *Los botecitos ó frascos mas pequeños suelen alguna vez llevar los mejores perfumes.*

LUCIDORO se detuvo allí para disfrutar despacio la calma y tranquilidad que allí se goza, lo que debe al corto número de personas de que se compone, y al Papa que la protege.

Por estos dos motivos no co-

noce la república de San Marino las profusiones del lujo, ni los horrores del vicio, ni los estragos de la guerra, ni los furoros de la ambición.

Contenta con el corto terreno que posee, y que no consiste sino en algunas leguas de estension, no solicita elevarse, ni engrandecerse. Sus súbditos, gobernados por sabios, á cuya frente hai una especie de Dux, llamado *Gonfaloniere*, y que se muda cada dos meses, viven entre la indigencia y la riqueza con una quietud que tiene algo de celestial. Esto le refirió un caballero á LUCIDORO para obligarle á que se quedára con ellos.

„Amable extranjero, le dijo,
„nosotros no hemos logrado sino
„entreveros, y deseamos con toda
„el ansia posible os establezcáis en
„este pais. Conocemos que habeis
„nacido para habitarle. No halla-
„reis aqui aquellas fortalezas, cas-
„tillos ó posesiones que forman

„los reinos , pero nosotros goza-
„mos las mismas estrellas y el mis-
„mo sol que alumbrá á los mas di-
„latados imperios. Ni el rumor de
„los tambores, ni el estrépito de
„los cañones vienen á turbar esta
„provincia. Esta tierra jamas se ha
„teñido sino con la sangre de los
„corderos; y jamas hemos visto ta-
„ladas nuestras mieses por la irrup-
„cion de algun enemigo. Todavía
„se disfruta aqui la edad de oro,
„mientras todos los demas reinos
„esperimentan la de hierro.

„ Vos , amable extranjero , te-
„neis bastante discrecion para te-
„mer que una vida como la nues-
„tra os parezca insípida. En vez
„de aquella ambicion que ator-
„menta á los hombres , hai entre
„nosotros una noble emulacion,
„que nos agita sin turbarnos. Los
„unos aspiran á los empleos de la
„república , haciendo cuanto pue-
„den para merecerlos : los otros se
„señalan por trabajos , y hasta los

„plebeyos solo se aplican en ferti-
„lizar su campo mejor que su ve-
„cino ; porque el gobierno tiene
„cuidado de mandar distribuir
„premios segun sus rentas , á la
„verdad muy cortas , pero propor-
„cionadas á los deseos. *La medio-
„cridad es el mas bello patrimonio.*

„Nosotros hallamos grandes
„riquezas en nuestra economía:
„ni el fausto , ni las modas alteran
„nuestros bienes , y no pagamos
„tributos sino para subvenir á las
„necesidades urgentes.

„Si fuéramos protegidos por
„una potencia espuesta á mante-
„ner guerras , nos veriamos preci-
„sados á tomar las armas siempre
„que quisiera ; pero el Soberano
„que nos cubre con sus alas , es el
„príncipe de la paz.

„La amistad , esa virtud tan
„rara , hace aquí las delicias de los
„ciudadanos : éstos conocen lo que
„vale , experimentan sus dulzu-
„ras , y así no hai entre no-

„sotros sino un corazon y una
„alma.“

Fácil es de presumir cuánto se enternecería nuestro filósofo. Se dedicó enteramente á considerar las costumbres del país, y vió mugeres vestidas con el trage de la modestia, maridos ocupados en labrar su dicha, jóvenes llenos de prudencia y candor, artífices honestos, y cada uno contento con su estado.

Convidáronle muchas veces á comer, y siempre se halló entre la sencillez y la alegría. Todos allí estaban cómodamente, porque no habia pretensiones. Las circunstancias llamaban al ingenio, nadie iba á buscarle, y el buen corazon suplía todo.

LUCIDORO no dejó la república de San Marino sino en la apariencia, porque es un corto país que gobierna la razon mucho tiempo há.

Recorrió todas las ciudades

del Estado eclesiástico, y en cada una hizo sus observaciones.

Juzgó que *Ancona* podia hacer un comercio mucho mas considerable: que *Rimini* perdía la mitad de su mérito, acariciando á la indolencia: que la irrupcion de las aguas que desolaban todos los años los campos del territorio de *Bolonia*, pedia de justicia un cuerpo de Ingenieros, de Puentes y Calzadas, tal como el que subsiste en Francia; y que sin este socorro jamas se conseguirá interceptar los torrentes. *Hai ciertos establecimientos que valen mucho mas que los tesoros.*

**CAPITULO XX.***De la Toscana.*

Florenzia, aquella ciudad echicera, que solo se habia de dejar ver los dias de fiesta (segun dijo un Portugues, enamorado de su elegancia y hermosura) recibió con distincion á nuestro filósofo. Los Florentinos son estremadamente cultos, aunque su modo de pronunciar la lengua Italiana tiene algo de grosero.

Hiciéronle ver todas sus riquezas; esto es, lo mas esquisito que han producido las artes.

La galería del palacio de los grandes Duques posee en historia natural, en vasos, piedras preciosas, medallas, pinturas y estátuas los mas raros tesoros. Allí se ven los retratos de los grandes pintores, todos hechos por ellos mis-

mos, y todos colocados en la clase de los primores.

La capilla de San Lorenzo, magnífica por sus mármoles y mausoleos, parece que se hermoseaba mucho mas al mirarla LUCIDORO; y la biblioteca, toda compuesta de manuscritos raros, daba á entender que solo se habia formado para él.

Hai objetos á los que el alma ni los ojos pueden resistir; y de esta naturaleza son las preciosidades colegidas por los Médicis: los que, sin unas rentas considerables, ni territorio muy estenso, hallaron el secreto de juntar lo que tenían de mas esquisito las cuatro partes del mundo, y hacerse gloriosos restauradores de las ciencias y las artes. Puede todo lo que quiere el que sabe reinar.

Entre las medallas, tan necesarias para cerciorar la historia, vió un zequin de oro, que era parte de ellas. Era una moneda del valor de once francos, sobre

la que se leia: *Jesu-Cristo , primer Rey de los Florentinos. Jesus Cris-tus primus Rex Florentinorum*. Fue labrada cuando los Florentinos, no estando acordes en la eleccion de una cabeza que los gobernase , eligieron al Salvador de los hombres en calidad de Soberano. Esto solo duró algunos dias , porque se temieron que los eclesiásticos querrian reinar en lugar de Dios ; y que Florencia se hallaria insensiblemente bajo la dominacion del clero.

Los mausoleos de Miguel Angelo y de Galileo , que estan uno enfrente de otro , fueron examinados por nuestro respetable viagero. Semejantes monumentos merecen la atencion de un hombre instruido. Se lee en el sepulcro de Galileo , que fue en su tiempo reprendido por haber sostenido gravemente , que el sol era inmóvil , y que la tierra giraba. *Terra girat, Galilæus stat: La tierra se mue-*

ve, y Galileo está en su centro.

Los literatos de Florencia se apresuraron en visitar á LUCIDORO: éste los halló dignos de la carrera que hacen. Sintió mucho que el abate Lami, tan conocido por sus papeles periódicos y por su erudición, hubiera muerto poco antes. Enseñáronle muchos manuscritos suyos, que todavía estaban en bosquejo. *Los sabios siempre mueren temprano.*

También las señoras Florentinas quisieron tratar á nuestro filósofo. Fue á sus asambleas, y si le parecieron menos vivas que las Venecianas, las halló mas sólidas. Esto es, porque la naturaleza no hace cosa alguna sin compensacion. Hablósele mucho de libros y autores. Este es un objeto en que se ocupan con mucho gusto las mugeres de Italia, las unas mas con indiferencia, las otras con mas interese; pero todo hombre que escribe participa de su estimacion.

Esto anima los talentos, en vez de que en otras muchas partes mas se estima á uno que juega que al que escribe.

Llevaron á nuestro filósofo á un café. Entre los Italianos es un lugar que frecuenta la nobleza, y el que visitan muchas veces las señoras; pero sin salir de sus coches. Hacen llevarse los refrescos, y los caballeros las cumplimentan.

LUCIDORO advirtió que un extranjero que llegaba al café era mui bien recibido. El Italiano, diferente en un todo del Ingles, es mui comunicable, y no conoce ni la desconfianza, ni la taciturnidad. Previene á los viageros, les pregunta, y se ofrece muchas veces él mismo á hacerles ver ó mostrarles lo que hai de mas curioso en su ciudad. Aqui le digeron á nuestro filósofo, que habia en Florencia una madriguera de espíritus fuertes (esto es, incrédulos) pero se ocultaban.

Hubiera querido nuestro viajero que fueran mas activos los Florentinos, y un poco menos verbosos. *Suele uno hacerse poco honor á sí mismo cuando habla mucho.*

El gran Duque añadió un nuevo lustre á Florencia con sus virtudes. *Renacen las ciudades cuando disfrutan la dicha de tener un príncipe magnánimo.* Se construyó, para festejarle, un fuego artificial magnífico, en el que halló mucha complacencia nuestro viajero, aunque fue mui diminuto, respecto los que vió en Roma. *Los Italianos se dan á conocer por el artificio.*

Sena, por la pureza del aire, morada deliciosa, y tambien por la amenidad de sus moradores, fue para LUCIDORO un paraiso terrenal. Halló mucho gusto en oír hablar á los Seneses, así como se halla placer en escuchar un magnífico discurso. La lengua Italiana en sus labios es un panal de miel que se destila con suavidad. Los caba-

llos tenian nociones. *La nobleza se ilustra cuando cultiva las ciencias.*

Ninguno es rico en Sena, pero tampoco ninguno está disgustado, se contentan con poco, y la emulacion lo padece. Dijo LUCIDORO libremente su parecer sobre una cierta afeminacion que dominaba á los habitantes. El picadero estaba casi desierto: ninguno se atreve á hacer ejercicio, temeroso de cansarse.

La catedral, el edificio gótico mas magnífico que hai en Europa, no es la sola antigüedad que hai en Sena. Las mugeres, á causa de la salubridad del aire, envejecen sin que lo echen de ver, En sus tertulias se suele hallar una coleccion de centurias.

Pisa, ciudad soporífera, ó que induce al sueño, aunque situada agradablemente, tiene, sin embargo, escuelas célebres, y hábiles profesores. LUCIDORO hubiera querido poder resucitar al prelado Ce-

rati. Infelizmente se fue al sepulcro, sin dejar en ningun escrito suyo, ni la historia de sus viages, ni menos innumerables dichos agudos y anécdotas curiosas, que le hicieron el hombre mas famoso del mundo. *Un sabio debe ordenar de modo sus cosas, que cuando llegue á morir, muera no mas á medias.*

El órgano de Pisa, otro tanto mas admirable, quanto afectan los Italianos, por una manía ridícula, no conocer la hermosura de este instrumento, echizó los oidos de nuestro filósofo. El organista, tan atrevido, como delicado en su manejo, producía los sonidos mas varios y armoniosos. Al oírle parece que se escuchaban todos los géneros de melodía que hai en el universo: el murmullo de las aguas, el gorgceo de los pájaros, el rumor del tambor, y hasta el estrépito del trueno.

La torre inclinada, que el que la mira cree que va á caerse, y que

Parte I.

M

no es sino una burla del arquitecto, fijó la atención de LUCIDORO. Hai obras del arte, que deben respetarse por ellas y por sus artífices.

El *Campo santo*, la sepultura comun es de este género. Ella inspira el deseo de morir, y hacerse enterrar alli. Los caminos de la Toscana, que parecen otros tantos viales de jardin, formados para pasearse por ellos, introdugeron insensiblemente á nuestro filósofo en unos baños deliciosos. Todo anunciaba alli elegancia, curiosidad y aseo, cosa otro tanto mas rara, quanto que los Italianos, aunque sucesores de los Romanos, ignoran el deleite de bañarse. Solo en las cercanías de Pisa hai baños públicos; y aun éstos solo estan para los enfermos. *El tiempo por lo comun no destruye sino los buenos usos.*

CAPITULO XXI.

Del Estado de Luca.

Esta ciudad, que solo es notable por sus murallas y torreones, forma, esceptuando algunas pequeñas aldeas, casi toda la república. LUCIDORO se hubiera enfadado, si la razon conociera al enojo. El gobierno es benigno y suave, pero los Luqueses son mui astutos. Si aplican su talento á las ciencias, se aplican ellos mucho mas al enredo, á los pleitos y rencillas. Se les ha puesto el mote de los Normandos de Italia.

En *Luca*, es donde se imprimen muchos libros prohibidos furtivamente, lo que no pudo aprobar de ningun modo nuestro filósofo. *El contrabando de cualquiera especie que sea, tiene mucho de odio-*

so; y en esto ninguno se atreverá á sospechar que los jueces van de acuerdo con los impresores. Quanto son mas atroces las cosas, se hacen menos creibles.

A pesar de la pobreza del pais, todos quieren alli ostentar aire de las ciudades grandes; y representan este papel solo á medias. *Siempre es ridículo todo lo que es contra-hecho.*

Visitó nuestro viagero algunos religiosos, á quienes halló mui instruidos. Es mui acertada costumbre sacar obispos de los claustros. Los frailes con esta esperanza estudian, y sus conventos no son el asilo de la inaccion y del enojo, asi como se ve esto en todos los reinos, donde el órden monástico es poco honrado.

Lo que despuebla á *Luca*, es que todos los que tienen talento, ó ambicion, dejan un lugar tan estrecho para esparcirse por toda la Italia. Roma está llena de Lu-

queses. Ellos querrian mas bien morir que ser olvidados.

CAPITULO XXII.

Del Ducado de Parma y Plasencia.

Este país, tan hermoso como fértil, cautivó la atención de nuestro viagero. Después de haber visto con agradable sorpresa las campiñas mas risueñas, y mas bien cultivadas, miró á *Parma*, como una morada donde el conjunto de Españoles, Franceses, Italianos y Alemanes oprimia la sociedad. Habia mucho menos franqueza que envidia.

Sin embargo, el soberano es un centro, que con sus escelentes cualidades reúne los corazones. Las sabias lecciones, que recibió de los mejores maestros, le han hecho

tan afable como ilustrado. *Un príncipe halla un tesoro, cuando halla buenas instrucciones; y sobre todo, hombres que no saben adular.*

El colegio de *Parma*, donde florecen hoy las ciencias y las artes, fue muy aprobado por *LUCIDORO*.

El coliseo es un espacio inmenso, que nunca se llena. Puede recibir dentro catorce mil personas sobre las gradas que le rodean, y mas de cien caballos, que segun el uso de Italia, pueden estar sobre el teatro. El patio, cuando se quiere se llena de agua, y se ven góndolas fluctuantes; pero no se usa este coliseo sino en los días de grandes ceremonias. Hai un pequeño teatro que suple á éste.

Acababa de morir el abate *Frugoni*, célebre por sus varias poesías, y no se creia hallar quien le remplazase. Los *Parmesanos* tienen el vicio del país. Son por lo comun perezosos. Allí los mas se contentan con leer los papeles vo-

lantes de moda, que un librero frances les vende y exagera, y pocos llegan á la clase de escritores. Puede ser que en esto sean prudentes.

Parecióle á LUCIDORO, que la nobleza era bastante pobre, y lo es efectivamente. El juego por esta causa es allí mui moderado, tanto mejor para reservar algo con que comprar chucherías que van á Parma de París. Esta es la moda.

Colorno, residencia del príncipe, merece la atencion de cualquiera extranjero. LUCIDORO no hizo mas que pasar por allí: una ojeada como la suya, coge al aire todo lo que se debe ver.

Tuvo LUCIDORO dos coloquios con el duque Tillot, ministro, y él los anotó como que merecian una honrosa memoria.

Plasencia, le pareció mas digna que Parma para morada del soberano, como mas bien construida, y mucho mejor situada. Los mo-

rad ores de Plasencia tienen un trato agradable, pero reducen su talento á la sociedad. Tienen aptitud para las ciencias, lo mismo que todos los Italianos, pero no tienen ánimo para dedicarse á ellas. *Hai hombres que temen el estudio, como otros el fuego.*

Quiso LUCIDORO tratar con los religiosos para ver por sí mismo si eran tan libres como se vociferaba. Los halló reclusos como en todas partes, y reconoció que las relaciones que se hacia de ellos, eran no mas juguete de la malignidad. *La calumnia tiene mas historiadores que la verdad.*

La riqueza del pais consiste en dehesas y pastos. Los ganados son crasos, y escelentes los quesos. Las mas pequeñas cabañas estaban muy bien provistas.

No hai cosa mas bien pensada y prudente que la equitativa reparticion de las tasas. Los impuestos estriban sobre tres especies de tier-

ras; la buena, la mediana y la mala, lo que se conoce por la naturaleza del suelo, y por su producto.

La primera y principal administracion de un estado consiste en saber colocar justamente los impuestos.

CAPITULO XXIII.

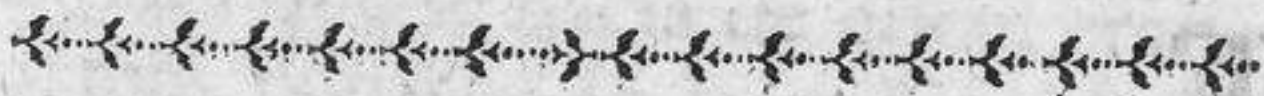
Del Ducado de Módena.

Este ducado no podia escaparse á la vigilancia de un viagero inteligente. Inmediatamente conoció LUCIDORO las costumbres y las leyes. Hai poca actividad en aquel pais, esceptuando en tiempo de la feria de *Reggio*, pero es caro el vivir. El estado militar merecia mas consideracion. *Nunca será demasiado el respeto con que se trate á los que son columnas del estado.*

Módena, logra algunos hombres

eruditos desde el tiempo del célebre Muratori, que derramó por aquel pais el amor á las ciencias, y acreditó á los sabios. Pero estos son religiosos, de cuya sociedad apenas pudo gozar; era preciso desenterrarlos.

La ausencia del soberano, que pasa sus dias en Milan, ocasiona notable detrimento á los Modeneses. *Un estado sin cabeza es un cuerpo sin vida.*



CAPITULO XXIV.

Del estado de Milan.

El pais que forma el estado de *Milan*, es un espectáculo para un viajero: un terreno cortado con innumerables arroyos, y en donde el arroz, al parecer, nace con una especie de complacencia. Hai tier-

ras allí, que así las semillas como las plantas parece las acarician y desean.

La Iglesia de *Milan*, vaso inmenso, y decorado por fuera con mas de seis mil figuras, todas de mármol, elevó el alma de *Lucodoro*. Recorrió todo su recinto y la estremidad, con aquel sentimiento que se experimenta al mirar lo que es á todas luces singularmente hermoso.

La ciudad, aunque irregular, ofrece objetos que es preciso admirarlos: tales son el hospital, el cementerio general, magníficos por sus edificios, y por su estension, si se les puede dar este pomposo epíteto á lugares tan lúgubres: lo que movió á decir graciosamente, que *para gozar de las bellezas de Milan, es preciso, ó ser enfermo ó enterrarse.*

Esto no obstante, se vive allí mui bien, en cuanto al comer y á la sociedad: las costumbres son absolutamente francesas. Todos los

dias hai banquetes; esto es, lo que se puede llamar en Italia fenómenos ó prodigios.

La nobleza puede gastar: es rica, pero algo menos fausto seria mejor para el pais. *Es incomprendible cuantas miserias produce el lujo exagerado.*

Las mugeres tienen todos los talentos de agradar, ingenio, gracia, alegría, y el tono de la mejor sociedad. Hai entre ellas algunas sabias, cuyos nombres son mui conocidos.

En quanto á los hombres, estudian menos las ciencias que el comercio. La ciudad con este motivo es mas floreciente. *Jamas trajo abundancia la erudicion.* Si se lee algo, es porque los jóvenes no se atreven á parecer en Viena, sin tener á lo menos alguna tintura del derecho y de la literatura. *¡Qué gran dicha es vivir bajo el dominio de soberanos que quieren sea meritoria la mejor parte de sus vasallos!*

Esto observó LUCIDORO, sin omitir el atender á la administracion del pais. La juzgó mui discreta y acertada. El pueblo era dichoso: esto es todo lo que deben proponerse los que gobiernan.

No es posible concebir cuanto estiman los Milanese el gran número de criados y caballos. Hai casas particulares que tienen hasta seis *volantes*. Se sabe que los mejores son de Milan, asi como los buenos arlequines de Bérgamo, y los buenos pantalones de Venecia.

La biblioteca Ambrosiana, famosa por la eleccion de sus libros, ocupó algunos dias á nuestro viajero. Halló en ella obras preciosas, de las que hizo extractos, enseñando con esto á todos los que viajan, que este método, ademas de ser escelente, es mui útil.

El cardenal arzobispo quiso ver al viagero filósofo. *No hai quien se simpatice mejor que el juicio y la razon.* Ademas de que todos

los obispos de Italia tienen una simplicidad que agrada. Ellos no conocen ni el fausto ni el orgullo, y sus palacios estan siempre abiertos á las ciencias y al mérito. Tienen por obligacion esencial de su ministerio el residir, el no jugar, ni banquetear, y vivir por último como buenos párrocos.

Las islas *Borromeas* tienen demasiada reputacion para que dejára de verlas la curiosidad de *Lucrudo*. Colocadas en medio de un lago delicioso, todas cortadas con canales y bosques, todas adornadas con casillas, mas elegantes las unas que las otras, parece que se hicieron para morada de ninfas encantadas. Alli se entregó á las mas agradables imaginaciones, sintiendo que el tumulto de las ciudades le robase aquella amable tranquilidad que se goza en el centro de las campiñas: el dia favorecia á sus reflexiones: el sol se habia cubierto con un velo, y hacia un viento

que agitaba la yerba de los prados, y producía aquellas ondulaciones, cuya movilidad retrata tan al vivo nuestras inconstancias y pasiones. Admiró la industria de los moradores, que para tener una buena temporada, van á vender barómetros y termómetros por todas partes. Desde allí pasó á la *Suiza*, después de haber elogiado á *Milan*. Díjoles al oído á algunos amigos, que los frailes estaban allí alojados con demasiada magnificencia; que ni su regla, ni la religion aprobaban aquella ridícula suntuosidad; y que los fundadores de las órdenes, que no tuvieron otras riquezas que virtudes, nunca creyeron que sus ermitas y pequeñas celdas se habian de transformar en palacios.

Visitó á *Crémona* y *Mantua*, y notó que en estas dos ciudades reinaba poco mas ó menos el mismo genio, en cuanto á la familiaridad Italiana, y á la altivez Alemana. *Crémona* es celebrada por sus

192 *Viage de la Razon*
escelentes violines. *No hai lugar
que no tenga sus privilegios.*

CAPITULO XXV.

Del pais de los Suizos.

La felicidad de los pueblos que componen los trece *Cantones*, consecuencia de la benignidad y prudencia del gobierno, no podia dejar de ser mui agradable para la razon, pues la consideraba obra suya: solo faltaba alguna mas armonía entre los depositarios de la autoridad; y que las disensiones que afligen á *Ginebra*, aunque con menos estrépito que en tiempos pasados se estinguieran del todo. Lejos de vituperar la conducta de los Suizos, que dejan su patria para ir á servir á diversas Potencias, **LUCIDORO** miró este proceder como fruto de una excelente políti-

ca. De este modo salvan su patria, y los dejan en paz; y si retuvieran en sí sus fuerzas y sus ciudadanos, se verían atacados por todas partes, y cada potencia tomaría un trozo de sus posesiones.

El cultivo de los campos, la comodidad con que viven los labradores, forman unos objetos dignos de envidia. El lujo y libertinage están absolutamente desterrados de aquel país. Solo les faltan costumbres. *La disolucion es una calentura maligna que consume á los estados.*

Lejos de hallar entre los Suizos aquella grosera simplicidad que se les atribuye, admiró LUCIDORO su juicio. Ellos le hicieron ver que tenían hombres instruidos, y muy capaces para escribir en todos asuntos. Añádense á esto bibliotecas, librerías é imprentas, otras tantas muestras que denotan el amor á las ciencias y al trabajo.

Hai colegios, en los que se ha-

llan mas utilidades que inconvenientes, no obstante algunas reformas que necesitan. Señores extranjeros, y aun soberanos de Alemania, van alli á hacer sus egercicios, y tomar lecciones. *Una buena educacion nunca es cara.*

Las sociedades ó tertulias que frecuentó LUCIDORO, no se veian interrumpidas por los espectáculos; pero los hombres raras veces se hallaban en donde las mugeres. Sin embargo, son francas y modestas, y merecen que se cultive su compañía. Si ellas se ocupan menos en la literatura que en el gobierno de la casa, no por esto son menos estimables. Saben inspirar á sus hijos aquel amor filial tan raro y peregrino en nuestros dias. *La sencillez y el candor son los padres de las buenas costumbres.*

Un solitario, desterrado á los montes, vió á LUCIDORO, y salió de su retiro para hablar con él; ya sea que él conoció que era la ra-

zon, ya sea que le estimulase su exterior tan agradable como magestuoso.

„Vengo á veros, dijo, como á un personage, que no me parece viagero de los comunes: vengo solo á preguntaros si aprobais la soledad. Ochenta años hace que vivo en esta ermita (tenia ya ciento y trece) sin otro conocimiento que el de mí mismo, sin otra compañía que los árboles que me rodean, y sin otro espectáculo que los astros que iluminan el universo.

„Yo no tengo otro comercio que con el cielo, que ansiosamente deseo, con la muerte, que espero, con mi alma, á quien hago mis preguntas, y con los ecos, á quienes hago me repitan las palabras.

„Me desprendí de las pasiones desde la edad de treinta años, á fuerza de fatigarlas con el trabajo y la reflexion.

„ Cuando me enojaba al estar
„ solo, mi imaginacion me llevaba
„ por todo el mundo, y la memo-
„ ria me acordaba mis amigos con
„ tanta viveza que los creia pre-
„ sentes.

„ Si alguna vez me asustaba el
„ estar solo en estos desiertos, pen-
„ saba que tenia un cuerpo que pa-
„ gase en caso de que viniesen con-
„ tra mí algunos asesinos; pero
„ que ellos nada tenian que hacer
„ con mi alma, y con esto me tran-
„ quilizaba. Nunca me acometió
„ enfermedad alguna, porque siem-
„ pre he sido laborioso y frugal.

„ Yo no creo que los reyes,
„ que dicen son los hombres mas
„ grandes y mas dichosos, disfru-
„ ten placeres tan puros como los
„ mios. Yo los he sacado siempre del
„ fondo de mi alma: este es el campo
„ donde yo siembro mis gustos y
„ contentos. Cualquiera otro rego-
„ cijo no es mas que un placer pres-
„ tado. Mi felicidad es toda mia.

„Este es el efecto de toda mi
„filosofía, y esto se halla escrito en
„los árboles, en las tápias, y en
„todos los lugares de este sitio.“

Entró en él LUCIDORO, y quedó admirado de hallar allí un sabio de tal temperamento. Le respondió nuestro viagero al solitario, que la vida solitaria solo era excelente para los que saben hacer un buen uso de ella, pero que había muy pocas personas que supiesen esta ciencia. Convino sí, en que la soledad acrisola al alma y la eleva, y que es ser verdaderamente buen filósofo, poner oportunamente un cierto intervalo entre el mundo y entre sí mismo.

Después de tiernos abrazos de una y otra parte, el uno se acogió de su silencio, y el otro volvió á su camino.

Notó LUCIDORO, que en los varios cantones que dividían la *Suiza*, había unos genios diferentes. Los unos eran mas vivos, los

otros mas flemáticos ; estos mas taciturnos, y aquellos mas locuaces; manifestaban que el modo de gobernar los hombres influye mucho sobre su humor ; pues es uno mismo el clima.

Se detuvo algun tiempo en *Lausana* , en donde libreros mui instruidos le dieron mui buen rato.

Ginebra le agradó por el orden que alli se observa. La vigilancia de los magistrados se estiende á todas las individualidades, y á toda la ciudad, como si fuera una simple familia : solo las posadas y albergues para los forasteros se resisten del descuido, por no moderar bastante las contribuciones que se extraen del extranjero. Este es comun uso en los estados pequeños; pues hacen pagar largamente el honor de visitarlos.

Se le habló mucho del célebre Juan Jacobo Rousseau : esto es, unos con entusiasmo, y otros con indignacion. Todo hombre que es-

cribe paradojas asombra los espíritus. Se estima lo extraordinario, ya sea en los pensamientos, ó ya en el modo de espresarlos; pero es un frenesí que tiene solo un tiempo. La verdad recobra sus derechos; y un libro maravilloso, que parecia inmortal, se sumerge insensiblemente en el olvido.

LUCIDORO se extravió de propósito para ir á ver al autor de la *Henriada*; y despues de haberse llegado á él con un aire de conocimiento, con mucha cortesía, le reprendió el no haberle prestado siempre oídos, y de haber estendido alguna vez demasiado su resorte: le afirmó, pero mui enérgicamente, el aprecio que hacia de sus sublimes talentos, y tambien el contento que tendria de que lograse muchos años el fruto de sus trabajos. *La razon juzga sin parcialidad; no conoce ni los embolismos, ni la preocupacion.*

CAPITULO XXVI.*De la Saboya.*

Este reducido pais lleno de habitantes, que aman escesivamente el trabajo, y que hallan en su industria medios de ahuyentar de sí la indigencia, escita la admiracion de los viageros. Allí encontró **LUCIDORO** aquel candor de la primera edad del mundo, y aquella fe tan necesaria en el comercio de la vida.

Las campiñas le parecieron el mejor libro que se haya escrito hasta ahora sobre la agricultura. No hai un rincon de tierra que no esté cultivado, pero aunque sea algunas veces mas útil seguir las prácticas antiguas, eran aquellos labradores demasiado esclavos de la costumbre. *Los abonos siempre son necesarios, cuando los distribuye la esperiencia.*

Cuanto mas le decian que los hijos dejaban á sus padres para buscar en otros reinos con que mantenerlos, mas esclamaba LUCIDORO. “ ¡ Dichoso pueblo que todavia no se ha corrompido con la perversidad del siglo! Su simplicidad vale mucho mas que todas las finuras y sutilezas del ingenio.”

Despues de haber examinado con madurez cuál es el origen de la fidelidad que caracteriza á los Saboyanos conoció que emanaba del grande amor que profesan á la religion: son rígidos observantes de sus leyes. No hai medio mejor para ser siempre hombre de bien.

Tuvo la advertencia de entrar en una especie de cabaña, cuya esterioridad formaba el mas agradable jardin. Vivia en ella una viuda, que tenia una hija trageada con la modestia; y tres muchachos en París, que le enviaban anualmente con que mantenerse.

„ Lo que me envian es mucho

„menos para ellos que para mí, de-
„cia ella con mas sencillez que no
„se puede explicar; porque ellos
„hacen todo género de oficios;
„ellos se humillan hasta lo mas
„vil, para reconocer lo que me
„deben, y lo que me han costado.
„Esto es fruto del temor de Dios
„que yo les inspiré. Ellos serian
„libertinos, si no tuvieran religion,
„y yo temeria cada instante oír
„relatar de ellos alguna funesta
„historia de sus hechos, pero yo
„vivo tranquila sobre su suerte.“

Chambéry, capital, tan mal cons-
truida, como mal situada, fue un
lugar de delicias para LUCIDORO.
Los moradores viven con la mas
perfecta union. A ellos, ni aun les
pasa por el pensamiento la idea de
que es preciso ser un hombre rico
para ser dichoso, y que se necesi-
tan espectáculos para pasar las tar-
des sin enojo. *Por donde quiera que
no hai fausto ni profusion, se ve siem-
pre un aire de comodidad. El lujo es*

la ruina de las sociedades. Se estima en mas no comer con sus amigos, que darles comidas que no esten bien *simetrizadas*.

LUCIDORO tuvo á bien ir á comer con un filósofo, que habia mas de cuarenta años no se alimentaba sino con fruta; y que con este régimen halló el medio de recobrar su salud: el tal, ya las come crudas, y ya cocidas; y como la uva es fruta, bebe mui buen vino. El Senado Saboyano recibió á nuestro viagero con distincion, y en esto dió pruebas de su sagacidad.

Todas las ciudades pequeñas de Saboya fueron examinadas por LUCIDORO de un modo que honraria mucho á sus moradores si ellos fueran amigos de instruirse. En otras partes se lee demasiado, y en Saboya no se lee lo bastante. Los hombres no conocen alli sino unos juegos mui sencillos, y las mugeres poca conversacion. El alma no adelanta mucho cuando está redu-

cida á semejantes términos. Siempre hai alli alguno que se desvia de la multitud, particularmente entre los caballeros.

.....

CAPITULO XXVII.

Del Piamonte.

El paso de los *Alpes*, que solo asusta á los que no le han pasado, llenó á LUCIDORO de innumerables recuerdos, tan extraordinarios como importantes. No cesaba de traer á la memoria aquella innumerable multitud de egércitos, que en diferentes siglos oprimieron aquellos soberbios montes, y los cubrieron de sangre y de cadáveres. Ya los Romanos, ya los Galos se ofrecian á su vista; y todos le representaban la formidable pintura de las catástrofes de la vida.

Nuestro viagero no dejó de

admirar el lago lleno de truchas que hai en la misma punta de los Alpes, ni aquel matiz ó esmalte de flores que los hermosea.

Vió á *Susa*, célebre por diversos sucesos, y por la sepultura de Juan Caraccioli, mariscal de Francia; y luego *Turin*, vigorosamente defendido por aquellos montes que el cielo le dió por baluartes, se hizo el objeto de su curiosidad.

Su espíritu le sirvió de telescopio para penetrar por todas partes y lugares las costumbres y los usos del pais, los que se le manifestaron con toda claridad.

Sus enlaces con el rey de Cerdeña, de quien fue siempre LUCIDORO la brújula y la regla, le merecieron el mas generoso acogimiento de parte del monarca. *La razon tiene bien establecidos sus derechos sobre el alma de los grandes príncipes.*

LUCIDORO vió con una alegría indecible que este soberano, piadoso, sin ser gazmoño, ecónomo,

sin ser avaro; justo, sin ser severo; y bueno, sin ser familiar; cumplia con la mayor exactitud todas las obligaciones de rey: que manifestaba en el regazo de la paz la misma magnanimidad que ostentó en medio de la guerra; y que tenia la esquisita satisfaccion de verse renovar en su augusto hijo, quien algun dia en sí haria ver su retrato rasgo por rasgo.

Conociendo LUCIDORO una tarde, que el rey recibia con bondad á todos los que tenian memoriales que darle, no pudo dejar de decir: „Este es triunfo mio: esto es lo „que yo inspiro á los soberanos. „Ellos no son grandes sino en „cuanto son populares; y cuando „con beneficios repetidos se dan á „conocer por padres de sus vasallos.“

El trono de Cárlos Emanuel era tan accesible á los pequeños como á los grandes. No estaba rodeado de aquellas centinelas que

rechazan á la indigencia y á la desgracia. LUCIDORO esperaba ver comer al monarca en público, segun el uso establecido entre los soberanos ; pero el rey de Cerdeña se concentra en su augusta familia, y no se comunica sino cuando la necesidad lo pide.

No enriquece ni á los ministros, ni á los asentistas, y no por esto está menos bien servido: su vigilancia se estiende sobre todas las edades y condiciones.

El estado militar goza, bajo sus auspicios, de una estimacion bien merecida, aunque los adelantamientos son bastante tardíos. Este monarca es un relox, cuyas horas dan á proposito, y no concede de gracia ni un minuto. *El órden conserva la equidad.*

El clero es respetado, sin tener parte alguna en los negocios de estado, y ni el limosnero mayor del rey tiene alojamiento en la corte. *Cuantas menos personas hai al rede-*

dedor de los soberanos, hai menos intereses y embolismos.

Turin, aquella ciudad regularmente construida, pero en la que se padece notable calor y frio, parece morada de convalecientes. Allí todos se acuestan temprano, y se levantan tarde; apenas se siente ruido. El jardin del rey está trazado como el del palacio real de París.

Los Piamonteses tienen mucho talento; pero siendo su lengua un patoes, misto de frances é italiano, no manifiestan lo que son. *Sin un language determinado y puro, no hai verdadera locucion.*

Se les acusa de ser mui afectos á juegos de azar, y la acusacion tiene fundamento. Se juntan frecuentemente á puerta cerrada para arriesgar toda su fortuna sobre un naipe ó sobre un dado: mal, otro tanto mas peligroso, quanto que el gobierno no puede impedirle.

No hai duda que esta penosa

relajacion perjudica mucho á las ciencias. Los jugadores lo mismo aman el estudio que la conversacion. Esto no obstante, hai hombres sábios en Turin, á quienes reverencia la Italia y conoce la Europa. Se ocupan aun en las grandes cuestiones de la fisica con mucho adelantamiento.

El célebre Gerdil (*), religioso Barbanita, y preceptor del serenísimo señor príncipe del Piamonte, se ofrece aquí como un personage que ilustra la Saboya, su pátria, y que agrega á los conocimientos mas estensos y elevados la mayor modestia. Este ilustre sabio acompañó á LUCIDORO todo el tiempo que estuvo en Turin. La razon se complace mucho en la buena compañía.

La universidad puebla el estado de mui buenos sugetos, aunque necesita algunas reformas el modo

(*) Hoy ya cardenal de la santa Iglesia.

de enseñar. Se peca por el método en casi todos sus colegios. Además de que acostumbran ir por el camino mas largo, se deja que broten innumerables cuestiones inútiles, que es preciso entresacar. *Los estudios son laberintos cuando no se procura hacerlos simples.*

La atención del gobierno en desterrar del Piamonte tantas obras lastimosas, que divierten á los talentos superficiales, y ultrajan á la razon, dió un verdadero gozo á nuestro filósofo. *Los libros no son cosa indiferente en el comercio de la vida: ellos se identifican con los hombres; y forman insensiblemente su modo de ver y de pensar.*

La academia, destinada para la nobleza, es una de las mejores escuelas de la Europa. Hai en ella los mejores maestros; y el misto de diferentes naciones no perjudica á las buenas costumbres.

No pudo dejar LUCIDORO á Turin, sin aplaudir la actividad de

los negociantes. Se les debe la circulacion de la mas bella seda torcida que hai en la Europa. La cosecha de la seda es una riqueza segura en todos aquellos paises que se ocupan en beneficiarla.

Condugeron á nuestro viagero á la montería, casa de placer, donde pasa el rey ordinariamente el otoño; y quedó mui admirado al ver que los jardines, tan idóneos para ser hermoseados, no tenían aguas, estátuas, ni bosques ó enramadas. Hai ciertos lugares, á los que debe adornar el lujo.

Novara y Tortona, unidas al Piamonte, traen á la memoria, que Victor Amodeo decia á su hijo, que tendria algun dia por suyo al Milanesado, pero tomándolo hoja á hoja como á una alçachofa. Los mas diestros conquistadores nunca hacen las cosas con rapidex.

CAPITULO XXVIII.

Del Tirol.

Pasando por Padua, ciudad célebre, que ya no subsiste sino sobre su antigua reputacion, LUCIDORO se dirigió á *Tirol*. Habia alli todavia algunos antiguos doctores de la universidad, que merecian ser visitados, y particularmente los Médicos, cuya sabiduría no se habia pervertido con los sistemas de moda. En vez de ser pródigos de la sangre humana, queria que todos fuesen avaros de ella, y que las dietas y las purgas ocupasen el lugar de las sangrias. *Es un heroismo saber hacer resistencia contra la opinion y la costumbre.*

El número de los estudiantes iba mui á menos. Se han aumentado mucho las universidades, y se

dañan unas á otras recíprocamente.

Verona mereció alguna atención de nuestro viagero: era justa esta distincion. Además de ser notable por un magnífico anfiteatro perfectamente conservado, tiene algunos gabinetes dignos de la atención de los estrangeros: privilegio particular de todas las ciudades de Italia, donde nunca faltan algunos sábios, y algunos monumentos preciosos.

El ilustre Scipion Maffei ya habia muerto, y no dejó sino dos ó tres discípulos mui inferiores á su maestro.

LUCIDORO, segun la costumbre de Italia, fue asaltado de unos anticuarios, que le habrian hecho ver todas las piedras y guijarros de la ciudad, como cosas estremadamente raras, si hubiera tenido paciencia para seguirlos y escucharlos; pero no ignoraba que el pueblo Italiano no busca otra cosa sino vivir á espensas de los forasteros, y

que no es pródigo de sus títulos y reverencias, sino con el designio de atrapar algun dinero. Estos son los efectos de una miseria, hija de la ociosidad.

Inmediatamente se dejó ver *Trento*, ciudad principal del Tirol. Vio LUCIDORO que era mui pequeña para haber merecido los honores de celebrarse en ella un Concilio general; y lo que mas debió admirarle, es que no halló monumento alguno que tragese á la memoria tan ilustre época.

A la verdad necesita esta ciudad ser vivificada con semejantes sucesos. Parece una aldea mas bien que una ciudad, tan silenciosa es y tan despoblada.

Halló mucha mas complacencia nuestro filósofo en *Inspruck*, donde el emperador (Francisco de Lorena) finalizó su gloriosa carrera. Hállase allí á lo menos sociedad, y se deja ver la dicha de vivir bajo las leyes de María Teresa de Austria.

Las campiñas del Tirol, á pesar de los montes que las asombran, ostentan abundancia. El paisano vive gustoso, á pesar de las nieves y torrentes; y para hacer provechosa su industria, emplea los bueyes aun para montar en ellos, y los adiestra á esto de tal modo, que aquellos á quien llama vienen al oír su voz, sin engañarse jamas. *El hombre tiene innumerables socorros cuando quiere valerse de ellos.*

Lo que mas le admiró fue una perspectiva de veinte y dos lugarillos, aldeas, que rodeaban un arroyo, y decoraban una cuesta por su falda. ¡Qué punto de vista para un pintor hábil que quisiera sacar fruto.

Los naturales del Tirol son ingeniosos, pero es preciso que los escite la necesidad.

Desde aqui, deseando nuestro filósofo llegar á la *Alsacia*, entró en algunas ciudades, donde creyó perderse. Además, de que para él

eran lugares absolutamente desconocidos, halló gentes, que no sabian hacer otra cosa sino beber y dormir. Intentó, sin embargo, hablarles, pero ellos no discurrieron de otra cosa que de cerbeza y licores. La boca produce lo que tiene el corazon. Infiero de esto, que hai paises donde es preciso no detenerse sino para comer, otros para mudar de caballos, y esto es lo mismo que hizo LUCIDORO.

FIN.

**VIAGE
DE LA RAZON
POR LA EUROPA
POR EL MARQUESCARACCILO,**

TRADUCIDO DEL FRANCÉS AL CASTELLANO

POR DON FRANCISCO MARIANO NIFO.

PARTE SEGUNDA.

UNDECIMA IMPRESION

CON PRIVILEGIO

Y LAS LICENCIAS NECESARIAS.



**MADRID: IMPRENTA DE CANO:
1819.**

*Se hallará, con las demas obras del autor,
en la librería de Matute, calle de las
Carretas.*

VIAJE
DE LA RAZA
POR LA EUROPA
POR EL MARQUESS DE...

TRADUCIDO DEL INGLÉS AL CASTELLANO
POR DON FRANCISCO MARQUÉS...

PARTI SEGUNDA
UNDECIMA IMPRESION

CON PRIVILEGIO
Y LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MADRID: IMPRINTA DE CANO
1819.

Se halla en la libreria de Mateu, calle de las
Cortinas.

PRÓLOGO

DEL TRADUCTOR.

Parecera extraño que siendo el título de esta obra *Viage de la Razon por la Europa*, se haya estendido tanto el autor en las observaciones de Francia, y tocado tan ligeramente los demas reinos y provincias; pero el que observe que es la *razon* la que habla, notará que niugun reino da tanto que decir y observar á las personas prudentes como la Francia. En ella parece estan como en su propio centro el juicio y la frivolidad; la sensatez y la ligereza; la profusion y la economía; la solidez y las nonadas; y en fin las virtudes y los vicios. Bien meditado el espíritu de los franceses, parece que con su aplicacion á todo lo que puede dar de sí el talento de los hombres, han

resumido en aquella gran porcion de la Europa todos los esmeros del arte y las maravillas de la naturaleza: no se puede negar que las ciencias han fijado allí su morada; las artes han plantado sus talleres; el comercio ha crecido sus intereses; la virtud se deja ver con el mayor esplendor en hombres distinguidos, tanto en las ciencias, como en la probidad mas exacta; y hasta los vicios y las pasiones se manifiestan con estrépito en un sinnúmero de petimetres, bellos espíritus, *erúditos á la violeta* y atolondrados. Ahora bien pues, ¿qué extraño será que un pais, del cual se puede sacar tanto fruto (ó para la imitacion de lo bueno, ó para aborrecimiento de lo malo) se haya detenido tanto el señor marques Caracciolo? Yo creo, y no temo se me contradiga con fundamento, que si los que viajan por Francia óbservaran en ella lo que tiene de bueno y malo, y llevaran á su patria cada uno de los estran-

geros lo que no hai en ella, serian otros los frutos de estas andancias; y algunos reinos que podrian competir con la Francia en ciencias, artes, comercio, é industria, puede ser que no pagaran á tanta costa su negligencia. Este es un libro á juicio de hombres instruidos, que leído con reflexion y con el ánimo de aprovecharse de él, puede ser mui útil para aquellos que tienen estrecha obligacion de procurar la dicha de su patria; y para otros que por una discreta curiosidad quieren conocer á los hombres; ya sea enardecidos de sus pasiones, ó en brazos de la tranquilidad favorecidos de la virtud. Léase vuelvo á decir con reflexion este Viage, que no será tiempo perdido el que en él se emplee; y mucho mas, cuando no hai hombre que por natural efecto del deseo de saber, no quisiera estar en todas partes; pues no pudiendo por nuestra limitada extension corporal residir sino en un

punto breve de la tierra, con el pensamiento y la imaginacion podemos hacer el viage de todo el mundo : este libro ayudará á la curiosidad y á la reflexion, para dar pábulo, y aun vuelo á la curiosidad. Vale.

¶ *Van puestas de cursiva todas las sentencias que con prodigalidad derramó el autor de esta obra, porque no se malogren en ciertos lectores que leen de prisa y por mera curiosidad, y tienen poco menos que muerta la reflexion.*

T A B L A

de los capitulos que contiene esta parte se-
gunda del Viage de la Razon
por la Europa.



C APITULO I. <i>Entra LUCIDORO en Francia, y visita la Alsacia.</i>	1
II. <i>De los tres obispados.</i>	3
III. <i>De la Lorena.</i>	6
IV. <i>De la Champaña y Picardia.</i>	9
V. <i>De la Normandia.</i>	14
VI. <i>Llega LUCIDORO á Versailles, y recorre las cercanias.</i>	21
VII. <i>Arriba á Paris.</i>	31
VIII. <i>De los diferentes cuarteles de Paris.</i>	35
IX. <i>De los círculos ó concurencias.</i>	38
X. <i>De los paseos públicos.</i>	43
XI. <i>De los espectáculos.</i>	47
XII. <i>De los cafés.</i>	50
XIII. <i>De las modas.</i>	54
XIV. <i>Del juego.</i>	61
XV. <i>De los autores.</i>	65
XVI. <i>De los libros nuevos.</i>	70
XVII. <i>De las disputas literarias.</i>	74
XVIII. <i>Del bello espíritu.</i>	76
XIX. <i>De los petimetres.</i>	81
XX. <i>De las conversaciones.</i>	84

XXI. <i>De los proyectos.</i>	88
XXII. <i>De las ciencias.</i>	91
XXIII. <i>De las artes.</i>	94
XXIV. <i>Del lujo.</i>	97
XXV. <i>De las bibliotecas.</i>	99
XXVI. <i>De los colegios.</i>	101
XXVII. <i>De las academias.</i>	107
XXVIII. <i>De la Sorbona.</i>	109
XXIX. <i>De los establecimientos.</i>	112
XXX. <i>De la policia.</i>	118
XXXI. <i>Del parlamento.</i>	122
XXXII. <i>De las etiquetas.</i>	127
XXXIII. <i>Recorre LUCIDORO los es-</i> <i>tados de Orleans y el Blaisois.</i> . . .	130
XXXIV. <i>De la Turena, Vendomois,</i> <i>y de Chartrain.</i>	136
XXXV. <i>De la Bretaña, Maine y Anjou.</i>	147
XXXVI. <i>Del Poitou y Berry.</i>	159
XXXVII. <i>De la Marche y Limousin.</i>	164
XXXVIII. <i>De Angoumois, Peri-</i> <i>gord y Sainoigne.</i>	167
XXXIX. <i>De la Guiena y Gascoña.</i> . .	170
XL. <i>Del Bearne y Rosellon.</i>	176
XLI. <i>Del Languedoc.</i>	179
XLII. <i>De Auvernia.</i>	187
XLIII. <i>Del estado de Borbon y de</i> <i>Borgoña.</i>	191
XLIV. <i>Del Franco-Condado.</i>	197
XLV. <i>Del estado de Leon.</i>	200
XLVI. <i>Del Vivares y del Condado</i> <i>Venaisino.</i>	206
XLVII. <i>De la Provenza.</i>	210
XLVIII. <i>Del Delfinado.</i>	217

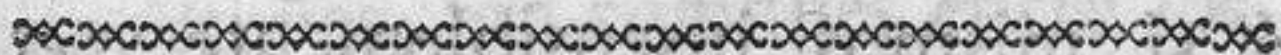
VIAGE

DE LA RAZON

POR LA EUROPA

QUE CONTIENE

Todo el reino de Francia.



CAPITULO PRIMERO.

Entra Lucidoro en Francia, y visita la Alsacia.

Ya tenemos á nuestro filósofo en un reino que se jacta de conocer, y amar la filosofía. Se paseó su atención por todas partes, y su alma se Hermanó con la de los franceses para sondearlos.

Strasbourg, á título de ciudad conquistada, y situada en la fron-

Part. II.

A

2 *Viage de la Razon*

tera, le pareció á LUCIDORO un compuesto de Franceses , y Alemanes. *Ninguno tiene caracter propio suyo , cuando por el espíritu y costumbres , pertenece á dos naciones.*

Recibió muchos obsequios de los oficiales. El estado militar tiene hombres instruidos y amigos de la Razon. Aquellos mismos que al parecer se apartan de ella por su demasiada vivacidad , se reprenden á sí mismos insensiblemente : *es obra de algunos años el volver el hombre sobre sí. La reflexion vale mas que todos los maestros.*

Diéronle á conocer las mejores casas del pais. Vió en ellas opulencia: halló mugeres estremadamente bellas y graciosas ; pero daban á entender que se contentaban con ser hermosas. *La naturaleza pocas veces casa al juicio con la hermosura.*

Los hombres tienen un talento que el hábito de ser Franceses comienza á hacerlos amables. De dia en dia se van despojando de aque-

lla seriedad que se roza con el enojo.

La Academia en que hace la juventud sus egercicios, mereció la aprobacion de LUCIDORO. Produce escelentes sugetos que se distinguen por el buen uso de sus talentos, y que se aprovechan mui bien de las lecciones que reciben.

El Capítulo ha conservado la delicadeza de los Alemanes, respecto á la nobleza. Las agudezas importunas, tan comunes entre los Franceses, son alli odiosas.

La abundancia que reina en la Alsacia mantiene la alegria. No hai cosa que entristezca tanto como la indigencia.



CAPITULO II.

De los tres obispados.

Metz, cuya ciudad parece existe en los arrabales, porque estan mui bien adornados de nuevos edifi-

4 *Viage de la Ruzon*

cios, le pareció á LUCIDORO una morada importante. La sociedad es allí escelente, sin ser excesivo el esplendor. Se formó una compañía de algunos militares, y académicos: este era el medio de no espatriarse.

Los judios, que por todas partes de aquel estado se toleran, y por todas partes se abominan, incitaron á un Rabino á que disputase con el Incógnito, pero prontamente fue confundido. Su comercio los sostiene; pero como gentes que estan en el aire, esto es, siempre espuestos á caer. Su conservacion, y su dispersion es, á pesar de todas las objeciones, un argumento irrefragable en favor del Cristianismo.

Verdun, no tiene otra cosa agradable sino el palacio Episcopal, cuya situacion es asombrosa, y sin embargo no es conocida sino por sus perdigones. *No es pequeño comercio el que hace circular las especies.*

En cuanto á la ciudad de *Toul*, parece de tal modo dormida, que son necesarias tropas para despertarla. Las mugeres esperan este socorro para sus tertulias y conversaciones.

Este no es obstáculo para que los tres obispados no tengan unas crecidas rentas. Además del provecho que disfrutan en estar colocados en un terreno rico, se ven ménos pobres que por otras partes.

El pueblo participa algo de la vecindad de los Alemanes, son mui inclinados á la sinfonía, y esto da un cierto realce á su gusto.

Halló *LUCIBORO* algunas bibliotecas bien condicionadas en diferentes comunidades y que no estaban allí por casualidad: esto es, saben usar de ellas.

CAPITULO III.*De la Lorena.*

El príncipe Leopoldo, y el rei Stanislao, estos dos soberanos, que dieron tanto esplendor á la Lorena, no escitaron menos, que si estuvieran vivos, el afecto de nuestro viagero. Los vió en todos los edificios que decoran el pais, y en el corazon de todos los moradores, que es el mas hermoso trono que pueden ocupar los monarcas.

Es lástima que aquellas hermosas casas de placer, cuyo criador fue el gusto, pidiesen demasiados gastos para mantenerse, y que haya sido preciso destruirlas. *La Razon se deleita en que subsistan monumentos erigidos por hombres grandes.*

Luneville, no tiene ya sino la vista de una ciudad ordinaria; pero *Nancy* conserva siempre su es-

plendor. Está adornada su plaza como una sala de teatro, y se admira allí lo que puede hacer un ingenio que calcula. Los embelesos de la Lorena son menos frutos de la riqueza, que de la economía. *Un estado es siempre opulento, cuando un príncipe gasta oportunamente. Stanislaw supo ser magnífico sin ser disipador.*

La Academia de Nancy mereció los aplausos de nuestro filósofo; pero con discrecion. Los naturales de Lorena, si no fueran demasiado sóbrios en sus estudios, podrían darle mucho mas lustre si trabajaran. *El talento pocas veces es favorecido de la emulacion.*

La nobleza da á entender, que el pais tuvo siempre una córte brillante. Está en el mejor tono. El amor, y fidelidad de los moradores de la Lorena, que tuvieron á sus príncipes, hace mucho honor á su alma. Se les acusa de ser demasiado económicos.

Las campiñas de Lorena son hermosas en sumo grado, y cultivadas de modo que pueden servir de modelo: lo que prueba que la Francia hizo una grande adquisicion, incorporando la Lorena á sus estados: fruto dichoso del casamiento de *Maria Laczinski*, con *Luis el bien amado*; y así no llevó en dote solas sus virtudes aquella augusta Reina.

Recorrió LUCIDORO algunos monasterios de la congregacion de san Vannes, algunas abadías de los premonstratenses; y lo que le dió mas gusto, ademas de los escelentes libros que le mostraron, fue hallar allí religiosos que conservaban el espíritu de su estado. Los habitantes de Lorena le hablaron mucho de la profesion de las armas. No es extraño: nacen soldados.

CAPITULO IV.

De la Champaña, y Picardia.

Despues de haber humedecido los labios en aquel escelente vino, que aviva los espíritus, y que infunde alegría, observó que los moradores de *Champaña*, bajo un aire de sencillez, conservaban mucha exactitud y razon; y que sin tener el genio que corresponde al licor del pais, era capaz de adquirir conocimientos, y aun de ilustrarlos. Pero *es un pueblo que necesita electrizarse, de otro modo no arroja chispas.*

Vitri, fue considerada como una habitacion ocupada por la alegría.

Rheims, seria una ciudad mas bulliciosa si estuviera en la Gascuña. *¡Qué bella cosa seria poder trasplantar las ciudades como las personas! Se harian cambios conformes á*

los talentos, y á las costumbres.

Los Maniobreros hicieron ver á LUCIDORO mui hermosas estofas, pero tienen contra sí el ser demasiado sólidas. *Hoi dia solo se aprecia lo que brilla y no lo que dura.*

Los Benedictinos le mostraron su Biblioteca, que, como todas las que ellos poseen, no se renueva. Le enseñaron tambien su tesoro, y sobre todo la santa Redoma, que no tiene mas de notable que el ser antigua.

La Catedral, como el mas hermoso edificio gótico que hai en Francia, y como la Iglesia en que se consagran los reyes, llama dos veces á la atencion. *Hai monumentos cuya vista hace época.*

El paseo público fue el lugar de sus enagenaciones, ó mas bien de sus reflexiones. Es tan digno por su distribucion y simetria, como si el famoso le-Notre le hubiera trazado.

Parecióle á LUCIDORO que los

moradores de Rheims no eran tan alegres, como se supone de un pais que tiene muchas viñas. Les convendria tener menos vino, y mas agua, y un rio considerable para el transporte de sus géneros. *Un rio es un canal de abundancia, y un manantial de alegría.*

Sedan, consultó á LUCIDORO sobre su comercio. Allí no se conoce otra ciencia que el negocio.

Chalons-sur-Marne, le detuvo dos dias. Encontró allí almas tranquilas, y personas mui agraciadas; pero *Troyes* le entretuvo una semana; esto no fue demasiado en un lugar que tiene un comercio dilatado, esterioridades las mas agradables, y moradores cuyo genio activo fermenta como las estaciones.

Pasó por ciudades en las que no se leen gacetas, ni pronósticos; y se estravió para ver á *Augerre*, y *Sens*, y fue porque la primera ciudad tiene ciudadanos instruidos; y la segunda es sepulcro de un Delfin, que tu-

vo su trono en todos los corazones.

De la Champaña pasó LUCIDORO á la *Picardia*; provincia en la que la flaqueza se conserva sin alteracion, á pesar de la sagacidad de este siglo, y de la corrupcion de las costumbres.

Tuvo mucha complacencia al ver la industria del pueblo (no debe el pan que come sino á sus sudores); pero supo con pesar que la *Picardia* se despoblaba por proveer de criados á París.

Amiens le hechizó por la actividad de su comercio. Las costumbres no han adquirido todavia aquella suavidad que hace las delicias de la sociedad; pero son gentes sin aparato. A un natural de *Amiens* se le ve hasta el corazon: es transparente; y puede ser que por esta razon no tenga la *Picardia*, sino un corto número de sabios. *Todo talento que se produce demasiado á lo exterior no es propio para estudio.*

A pesar del entusiasmo con que

se habla de la nave de Amiens, y del coro de *Beauvais*, dos piezas verdaderamente curiosas, no encontró allí LUCIDORO Iglesias ni palacios como en Italia; pero los albergues, y posadas eran mucho mejores. *Cada país tiene sus prerogativas, y esta variedad es la que le interesa á un Viagero.*

Bajó al paseo público; que sería hechicero sino fuera preciso descender á él. El aire que allí se respira es demasiado húmedo, para dejar de ser mal sano.

Abbeville le mostró manufacturas de un paño mui superior al de los Ingleses. *Bolonia* le hizo conocer que *el buen corazon se opone al que llaman bello espíritu.* *Calais* le probó que las costumbres se adulteran insensiblemente con el comercio de los estrangeros. *Dunkerque* no le ofreció otros socorros que á él mismo. *Douay* le recibió con cordialidad, pero sin distinguirle del comun de los Viageros.

Arras, le dejó pasar. En *Lilla* no vió sino oficiales, y soldados. *Sto-sens* le agradó como una ciudad, donde hai talento, y sabios.



CAPITULO V.

De la Normandia.

Esta provincia tan rica por su ter-
ruño, por su comercio y por su in-
dustria, recibió á *LUCIDORO* con
distincion. Conoció mui bien que
no era un hombre ordinario. Los
Normandos son finos y astutos; de
tal suerte, que es mui difícil enga-
ñarles. Es lástima que tengan un
acento que embota su espíritu. *Los
pensamientos pierden mas de la mi-
tad de su valor cuando se producen
con pesadez.*

La *Normandia* está en el vecin-
dario de la córte, y allí se habla
mal: la *baja Bretaña* está distante
mas de cien leguas, y allí se habla

bien. *Hai singularidades que no se pueden definir.*

Menos detuvieron á LUCIDORO los puertos y las manufacturas, que los hombres que trató. Le parecieron mui instruidos, y juzgó que la Normandía, á pesar de sus tierras crasas, y su aire denso poseian talentos sutiles; y que por consiguiente *el clima no influye en favor del ingenio, como lo pretenden defender algunos célebres escritores; pero desgraciadamente para el hombre; hai opiniones que tienen en su favor la presuncion.*

Los Normandos brillan en el santuario de las Academias, y sobre todo en los tribunales.

La magistratura cuenta Normandos, que habrian honrado al Senado romano; y que tan laboriosos como inteligentes, se ocupan menos en sus propios negocios, que en los del público; y desenredan con una sagacidad asombrosa las causas mas espinosas y complica-

das. *La penetracion lo puede todo, cuando se hermana con la aplicacion.*

Si se jugara menos en *Ruan*, el talento estaria allí como en su centro. *Las musas no se hallan bien donde se juega: necesitan de pasatiempos que ocupen poco, y duren menos; pero el juego es un mal epidémico entre los Franceses. Se cuentan las partidas que se han hecho, como si fueran victorias que se hubieran conseguido.*

Vióse *LUCIDORO* desagraviado de la esterilidad desagradable de *Ruan*, y de su aire húmedo que continuamente exhala lluvias y nubarrones, con la excelente sociedad que tiene dentro. Las mugeres son amables, los hombres cultos y cortesanes, y llenaron á nuestro extranjero de favores. Se conocia que esta ciudad está casi pared en medio de *París*, y que en esto es la hermana mayor de *Leon*, y aun de *Bordeus*.

Las manufacturas son muchas,

de modo que dan que temer á la agricultura. Las gentes del campo abandonan con bastante frecuencia el arado , por derramarse por las ciudades para aprender oficios.

Los libreros merecieron la atencion de nuestro viagero por sus almacenes , y por su talento. Tienen fornituras ó defectos de todo género de libros , y no viven entre ellos , como Tántalo en medio de las aguas. Se pasó ya aquel tiempo en que un librero creia que de casi todos los libros era el autor el señor Prólogo ó Prefacio.

El puente que se alza y se baja, segun la marea , reposando sobre barcas , le pareció una curiosidad, cuya rara estructura se costea continuamente. Es necesario repararle sin cesar. *Toda obra complicada pide una costosa conservacion.*

En cuanto al Corso seria mui agradable , si no estuviera tan lejos. Es hacer un viage el ir allá , y hallarse en una verdadera soledad lue-

go que se ha llegado á él. Y asi no se va alli sino por diputados.

Dieppe le pareció que tenia una sociedad ó trato, que se resentia de la vecindad del mar. *Caen* tenia muchos títulos para que nuestro filósofo se detuviese allí: estuvo muchos dias saboreándose con el talento y sociedad del pais. Los moradores son ricos, y gastan noblemente. Habria estimado que hubie-
ra ménos ceremonial. *La cordialidad vale mucho mas que las cortesías.*

Diéronle á conocer personas literatas con quienes estuvo mui contento. La Academia no está ociosa, y sus trabajos esparcen á un mismo tiempo luz y emulacion.

Muchos caballeros determinaron á *LUCIDORO* para que fuese á sus casas de campo, y accedió á sus deseos. Le regalaron con manjares esquisitos y dichos agudos. *Nunca está un hombre mejor que entre personas que hermanan la generosidad con la educacion.*

Halló multitud de oficiales esparcidos por toda la provincia: los Normandos no han degenerado de su primitivo valor: solo es digno de lástima que dejen el real servicio tan pronto. La nobleza opulenta se retira muy temprano; y sin embargo, un militar nunca defiende mejor su Patria, que cuando ha encanecido en su ministerio. Los golpes de mano son para los soldados.

La costumbre del país que les concede muy poca herencia á las hijas, le pareció muy extraña, y lo es en efecto. Poner la fortuna de las hermanas á discrecion de los hermanos, es esponerlas, por lo comun, á no tener cosa alguna. Nuestros nietos reformarán seguramente estos usos, pero seria mucho mejor que nosotros les escusáramos este trabajo.

Halló gusto LUCIDORO en *Alexandria*, ménos porque allí todos son sociables, quanto porque son labo-

riosos. Vió á *Abranches*, *Coutance*, *Bayeus* y *Valogne*, como ciudades que tendrian muchos Escritores si anduvieran la carrera de Autores, pero no es esto lo que él les aconsejó. LUCIDORO sabe mui bien que se ha escrito demasiado.

Pasó por *Vire*, donde, segun el proverbio, *el diablo seria alli un nentecato*; y de ciudades en ciudades, que halló mas ó menos tolerables, llegó hasta la *Trapa*, la Abadía mas pobre, pero la mas rica de virtudes. La vista de esta soledad sepultada en los bosques, le hizo juzgar, que era preciso ser santo, ó ser loco para habitar en ella. Quedó admirado al saber que se daba alli todos los años hospedaje á mas de cuatro mil extranjeros. *Aquel es siempre rico, que es frugal y sobrio.*

Pensaba recorrer toda la provincia, pero se lo impidieron los malos caminos. Halló algunas pequeñas ciudades en su ruta, de las

que no hizo mencion, porque no tenían cosa importante para la razón. En ellas solo se parlaba, se jugaba y se dormía.

Quiso investigar el origen de lo que se dice contra los Normandos, y conoció que las incursiones que hicieron en otro tiempo en todos países, son la verdadera causa. Es una envejecida querella que se les imputa en consecuencia de sus antiguas sinrazones.



CAPITULO VI.

Llega á Versailles, y recorre sus cercanías.

La vista del palacio fue un espectáculo para LUCIDORO aunque el edificio es un cuerpo de golondrina con alas de águila, y que no tiene bastante elevación: le halló magnífico y pomposo, observando en él que habia ocultado las alas por

la parte que mira á la ciudad, pues solo se dejan ver por el lado de los jardines. Era preciso haberle dado á este soberbio palacio toda la gracia que merece, y haber dejado un espacio inmenso entre la fachada, y las casas. No faltaba terreno. *No hai edificios sin algun defecto.*

La distribucion de los jardines, su ornato, su variedad y su estension no pudieron impedir las sérias reflexiones de nuestro viagero. Allí fue donde meditó sobre las revoluciones de las Cortes, sobre la nada de las grandezas humanas, y sobre la rapidez de la vida. Traia á la memoria todos aquellos príncipes que ya no existian, y que se lisonjeaban como si hubieran sido inmortales. *Toda adulacion tiene algo de pueril.*

Fue inesplicable su alegría cuando vió al rei que gozaba de una robusta salud. Un Monarca tan pacífico como bienhechor, es sin contrariedad el espectáculo mas impor-

tante para la razon. Quiera el cielo que dure este espectáculo tanto como nuestros deseos, y nunca habrá habido vida mas dilatada, ni mas dichosa.

El serenísimo señor Delphin (*) enterneció su corazon. Se sintió LUCIDORO vivamente conmovido al mirar aquel Augusto Príncipe, de quien disfrutarán los beneficios nuestros nietos, y cuyas virtudes unidas á las de la Casa de Austria, producirán los mas preciosos efectos. *Las águilas, dice Horacio, no engendran palomas.*

No halló nuestro filósofo en Versalles sino sociedades descosidas y gentes estraviadas, y un flujo continuo de personas, que llegaban y partían, ocupadas todas en intereses y proyectos; pero lo que mas le hubiera admirado, si no conociera la reserva de las Cortes, es que las noticias de Versalles, no corren

(*) Hoi Rei de Francia.

sino en Paris : cada uno se ocupa allí solo de sí mismo , y *hai oidos que no oyen , y ojos que no ven.*

La Corte le complació como la morada de la urbanidad y del bello lenguaje. Los grandes son modestos , se esplican con precision , y sus modales tienen un aire noble y afable , que nunca pueden enseñar los mejores maestros , y que no pueden contrahacer las gentes de fortuna.

Tuvo muchas conversaciones con señoras de calidad , y las halló tan racionales en sus espresiones, como frívolas en los gestos y ademanes. No le hablaron sino de obras sólidas. *Nadie creeria , que el juicio y discrecion pudieran hermanarse con los lunares y el carmin.*

Atravesó muchas antecámaras llenas de infelices y ambiciosos, que esperaban al Ministro como á la deidad que habia de favorecerlos. Esta situacion es cruel , y sin embargo hai quien la aprecia hasta el

fin de su vida. No se puede disputar de gustos.

La casa de *san Ciro*, monumento inmortal de la piedad de Madama Maintenon, admitió con agrado la visita de LUCIDORO. Allí se conoce el mérito, es efecto de la buena educacion que allí se recibe, y que será siempre citada como modelo, en quanto se cele en destruir la pureza y el orgullo. *No se hermanan bien con el comercio de la vida, ni la altivez, ni la indolencia.*

La elegancia de *Trianon* le trajo á la memoria los palacios de las Ninfas encantadas. Allí se ostenta como en realidad lo que la fábula fingió. La menagería ó cebadero no tenia entónces sino animales comunes. (*) Es una locura meterse en gastos para engordar animales inútiles, que nada tienen

(*) Es la casa de los animales raros que tiene el Rei de Francia por grandeza.

de importante para la Historia Natural, sino la representacion de sus figuras y caractéres.

Marly no pudo librarse de la atencion de **LUCIDORO**, aquella morada en la que la naturaleza y el arte se han dado ósculos tiernos. ¿Cómo los hombres ricos y poderosos que tienen proporcion para construir á grandes gastos no la han copiado? *Bien se puede imitar en pequeño todo lo que hai de mas grande y magnífico.*

La máquina que lleva las aguas á **Versalles**, le pareció demasiado complicada. Hoy se haria mas sencilla y costaria mucho menos. Las artes tienen sus adelantamientos. Es preciso en este género hacer muchos ensayos antes de llegar á la perfeccion.

Lleváronle á *San German-en-Laye*, morada admirable por su situacion, y que se hubiera tomado en otro tiempo por el hospicio de los Ingleses. Allí encontró una es-

celente sociedad , y buen trato. Se juntan allí personas de todas partes para sostener un comercio de afebilidad y decencia. Los ricos se mezclan con mucho gusto con los que no lo son , y casi todos por este medio se creen poco menos que opulentos ; pero el refran , como en todas las ciudades es , que es preciso jugar ; por eso frecuentemente se muda la sociedad : y así *San German* es el paradero de las cosas nuevas.

La Meute , le pareció admirable por su regularidad , hermosura de sus jardines , riqueza de sus muebles , y por la vecindad del bosque de *Boulogne*.

Vió á *San Cluvio* con aquella lentitud que requiere la hermosura del lugar. Las aguas se elevan con osadía y magestad , soberbias en algun modo de hallarse en tan magnífico terreno. El castillo no le pareció construido con bastante simetría con el Burgo. Es un deleite

ver los que hai en Flandes , y en Holanda. Cualquiera dirá que se han construido espresamente , para que sirvan de adorno de los Burgos , Villas ó Ciudades.

Llegó LUCIDORO al *Monte Valeriano* (porque su curiosidad queria verlo todo) que está á la parte opuesta del Sena , donde no se descubre sino una campiña bastante triste , y que era preciso no dejar el rio para contentar la vista. Estas son sombras que hermosean la pintura.

Bellevue , le sirvió de observatorio para contemplar á Paris : y desde el centro de sus terrazos , ó terraplenes , donde el alma se dilata á proporcion de lo que la vista se pasea ; allí se formó una imágen de todas las pasiones que agitan aquella ciudad inmensa , y un deleite en hollarlas. Le pareció que estaba sobre un risco contra el que todas las olas del mar iban á deshacerse ó quebrantarse. Feliz situa-

cion para un filósofo , que sabe apreciar las cosas por lo que valen.

Meudon solo sirvió para entre- tener estas juiciosas reflexiones. Es- te es un lugar solitario, que se pre- fiere á todos los palacios que cir- cundan la Capital , cuando uno quiere pensar. Se estraviaba con delectacion en los lugares mas ais- lados , en prueba de que la razon nunca está sola , aunque se halle en el mayor retiro. Le pareció mui extraño que se permitiese tener un mal puente en *Seve* , y á vista de la Corte , y mas cuando se cons- truian magníficos en las provincias.

Fontaineblau , aquel palacio, que aunque antiguo , muestra ma- yor magestad que el mismo Ver- salles , fue un libro de historia para nuestro filósofo. Parecíale que leia en las murallas tantos sucesos tan varios como alli acaecieron , y ha- cia de él un motivo de reflexiones.

En cuanto á *Compiègne* , le juz- gó digno del afecto del Soberano,

mucho mas por las qualidades de Corte , y por el espíritu y talento de los que le habitan , que por la magnífica floresta , que es lo que le hace mas recomendable.

Estas son otras tantas variedades que encantan á un viagero. La diferencia de los lugares es para los ojos de un filósofo un jardin , donde la diversidad de los colores suspende al alma , y la regocija. *No hai cosa que tanto canse como la uniformidad. La hermosura misma se hace fastidiosa cuando es monotoná. La razon halla deleite en ver transformaciones de la naturaleza en obras del arte.*

Chantilly le ocasionó esta satisfaccion : vió alli con una especie de deleite todos los agrados campes- tres enlazados á la elegancia de las ciudades , y á la fineza del gusto. *La delicadeza ha sabido hacer moderna á la misma antigüedad , y darles aun á los lugares mas viles la magnificencia de los palacios.*

CAPITULO VII.

Llega Lucidoro á Paris.

Legó por último el momento de entrar nuestro filósofo en Paris, bien que sin bohato, ni esplendor. Además de que la razón es modesta, ¿qué impresión podía haber hecho en una ciudad ocupada en placeres, y fruslerías? Pocas personas hubieran salido á su encuentro.

Con todo, después de haber elegido una calle tranquila, un huésped honrado, una estancia sencilla, se esparció por todas partes para examinarlo todo. *Los ojos de un filósofo son telescopios.*

Prontamente echó de ver, que los jóvenes cercenaban su juventud, entregándose inmoderadamente á los placeres: casi todos los que encontraba tenían un semblante gas-

tado : eran flores al nacer , á quienes una escarcha habia marchitado.

Si la galería de *Louvre* fuera mas elevada á proporcion de su longitud , si las *Tullerías* tuvieran unos soberbios surtidores de agua, lo mismo que una noble entrada por el lado del puente real , le hubieran admirado sin duda estos magníficos objetos.

El Domo , ó Cymborrio de los Inválidos , aunque es un pequeñísimo traslado del de San Pedro de Roma ; el Palacio Real, aunque disfrazado en su contorno; el de Lugemburgo , aunque demasiado sobrecargado ; la Iglesia de San Sulpicio , aunque ofuscada por todas partes , todos merecieron su admiracion , y sus elogios.

Hubiera querido que estuviese concluida la plaza de LUIS EL BIEN AMADO de un modo que correspondiese á la hermosura de la columnata : que se hermoseasen la estacadas del *Louvre* , y de los Teati-

nos con un simple órden de Texos que abordasen el Sena, y cuyos tallos para no ofuscar, tomasen la forma de naranjos; que se desembarazasen los puentes cubiertos de casas; que se transportase el hospital á un lugar mas estenso, y mas apartado; que se hiciese una casa de Villa, ó de Ayuntamiento, digna de la Capital; que se le diera mejor apariencia al palacio; que se les obligase á los Carujos á construir á lo largo de la calle del infierno, y á los religiosos de la Abadía de *San German-des-Prés* á lo largo de la calle de *Colombier*, ó á lo menos á que vendiesen suficiente terreno, para que el público egecutase este proyecto.

Peró como ni lo local, ni lo material de Paris eran el objeto de los viages de *LUCIDORO*, no hizo mas que desflorar este asunto Solo en las inclinaciones, y costumbres del pais puso su atencion; y despues de haberlos examinado, reco-

Part. II.

C

noció , que esceptuando un número de sabios que habia en todos los Estados ; Paris es un lugar donde hai mas modas que costumbres , mas filósofos que filosofia : alli se disculpan los vicios , y no se perdonan las ridiculeces ; y la mas grande de todas es la de no tener dinero.

Miraba á sangre fria aquellas frecuentes revoluciones que ensalzan , y abaten casi en un mismo instante á un hombre : que reforman en un cerrar y abrir de ojos los vestidos , los peinados , los sombreros , y hasta el mismo lenguaje : que remueven todas las lenguas , y todas las cabezas con el motivo de una noticia , ó de una comedia : que enagenan á todos los espíritus con un papel , ó escrito volante , peligroso ó ridículo. ¡ Cuántos espectáculos para un observador discreto ! Está uno como en un teatro en Paris , donde todo esto se representa ; pero se asiste á él sin silvar , ni aplaudirle.

CAPITULO VIII.

De los diferentes Cuarteles de Paris.

Observó LUCIDORO que Paris es un mundo , donde cada cuartel compone una provincia. El tono del arrabal de San Honorato no es el del arrabal de San German; el Marais tiene modales mas iguales que las cercanías del Palacio Real , ó de Lugemburgo. Allí se come y se cena como en las ciudades ; y las modas , como tambien alguna vez las noticias , no llegan sino mui tarde , respecto á los cuarteles mas brillantes , y mas frecuentados.

Comió LUCIDORO con todos , porque quiso conocer de cerca todos los estados. Las comidas de los grandes le parecieron demasiado graves , pero no habló en ellas ni

una palabra : las de los particulares demasiado ruidosas , y ninguno se entendia. Observó que Paris realmente era un mundo donde habia pocos Parisienes : y es que es un extracto de todas las naciones.

No pudo comprender cómo se calificaban de deliciosas algunas comidas , en las que era preciso hacer coleccion de todos los caprichos de una presumida ridícula , ántes de lograr que cantase una aria , y tolerar todas las extravagancias originales de un bello espíritu , ó mal poeta , antes de arrancarle algunas fingidas agudezas.

Comprendió mucho menos , que se dejase una esposa amable , para ir todas las noches á estar en conversacion frente á frente con su dama , cuyos sentimientos y espíritu , aunque de novela y fabulosos , se desvanecen como el humo , y en cuya casa finaliza por lo comun la escena , bostezando ó durmiéndose. No sucede con el amor

lo que con la amistad , pues aquel solo interesa cuando es nuevo , y ésta interesa mas cuanto mas antigua. *Lo que se hace hábito afecta poco , ó nada al cariño.*

Las comidas , ó cenas agradables (de las que uno suele acordarse) son las que no se compran, ni con el juego , del que no se puede excusar , ni con un ceremonial que no admite dispensa , ni con vigiliass que llegan hasta la mañana , ni con el desagrado de contemporizar á alguna muger , que solo tiene en su favor títulos , y años ; pero son ciertamente aquellas cenas ; que agregan á la libertad la alegría , en las que el corazon se esplaya sin sujecion , donde el talento se ostenta sin vanidad, y donde no hai que hacer corte, ni intereses que manejar. Entónces es cuando se disfruta el placer de la mesa , y se puede esclamar en alta voz: *O noctes , coenæque Deum!* ; Oh noches , oh cenas de los Dioses!

CAPITULO IX.

De las concurrencias.

La curiosidad condujo á nuestro filósofo á una brillante sociedad. Un amigo le presentó segun el uso. Habia en ella mugeres del bello aire, hombres de Corte, abates pulidos, y sabios del dia.

Todos comenzaron á trasquilar á nuestro viagero desde la cabeza á los pies, y unos á otros se preguntaban á la oreja, quién era aquel incógnito, diciendo que no se presentaba con elegancia, y que su peinado no correspondia á su cara; que su vestido era demasiado ancho, y su aire mui monotonó. Oyó LUCIDORO todos estos despropósitos, capaces de desconcertar á un extranjero.

Sin embargo , una afectada discreta , de semblante triangular , ojo maligno , y sobrecejo fruncido , le preguntó de dónde era , pero con una voz tan baja , que era necesario adivinar lo que decia. Hubo de decir á toda la concurrencia de dónde venia , adónde iba , dónde se alojaba , cuándo partiria , cómo se llamaba , y casi el lugar , y hora en que habia de morir.

Concluidas las preguntas , y las respuestas , se trató á un mismo tiempo de papeles volantes , bailes , política , espectáculos , de la Real Hacienda , de cintas y escofietas , de la Corte , de la Agricultura , de los Frailes , y las modas , de un autor célebre , y de un bonito perro faldero.

Los negocios de la Rusia y la Polonia , pasaron tan rápidamente como los objetos de la linterna mágica ; y en fin , todo no fue mas que una sombra. Despues se agotó la ciencia de los barómetros ; pues

se daba por gran noticia que habia llovido sin cesar todo el dia; y concluyó la conversacion hablando de las enfermedades que corrian. Una duquesa trajo á cuento todas sus jaquecas, un Abate sus rehumas, y un asentista sus indigestiones. Habia en el concurso tres ó cuatro petimetras, que hicieron el ademán de desmayarse, deseando que todos conociesen sus vapores y su enojo. Preguntáronle á LUCIDORO, y ninguno atendia á sus respuestas. Esta es la comun manía de los grandes, no escuchar, no obstante ser tan preguntadores. El juicio, que se hallo allí por casualidad, quiso decir algo de bueno, y lo que logró fue algunos silvos. Las bufonadas, y aun chocarrerías ahuyentaron las reflexiones, y á todo esto acompañaron algunos juguetes y risas bufonas.

Esto era sin embargo lo que se llama bello mundo, lo que da el tono y aflige á la razon. Salió nues-

tro filósofo de aquel concurso sin ser conocido , como puede inferirse , pero enteramente persuadido de que todas las concurrencias y conversaciones de Paris , no son de este mismo calibre.

No se engañó LUCIDORO : al día siguiente se convenció de esta verdad. Se le introdujo en una casa , en la que se trataron con mucho juicio y discrecion las materias mas graves. Allí solo se habló oportunamente ; y no se notó pendate-
ría , ni bufonada.

Un petimetre llegó allí exhalando olores : haciendo ademanes y gestos , y se le dejó que se tendiera sobre un canapé , hiciera carocas á sus vueltas de encage , y admirar á sus diges , sin merecer á nadie la mas leve atencion.

“ De este modo corregimos
„ nosotros á cualquiera de estos se-
„ ñoritos , dijo un militar anciano
„ á LUCIDORO en secreto. Ellos no
„ quisieran otra cosa sino exaspe-

„ rarnos , pero nosotros los honra-
„ mos con la mayor indiferencia.
„ Esto los enoja , y prontamente
„ nos aligeran el peso de sus pueri-
„ les personas. Si Paris abunda de
„ hombres frívolos , no por esto ca-
„ rece de personas juiciosas. Aquí
„ mejor que en cualquiera otra par-
„ te se sabe darle lo que merece á
„ la fatuidad ,

Una dama de la Corte apoyó todo lo dicho , cortó un buen vestido á los petimetres , ridiculizó estupendamente á las petimetras , se burló de sus modos extravagantes , y manifestó en sus modales , mui conformes con su conversacion , que el juicio es de todos los estados , y que los que se jactan de no tenerle son personas triviales ; que no dan siempre el tono como ellas lo creen.

LUCIDORO salió de allí mui contento , asegurando que frecuentaria aquella sociedad ó tertulia ; pero no pudo reprimir su indignacion

cuando supo que habia hombres que tenian tocador como las mugeres : que tenian embelesada el alma en la esfera de cuatro guiñapos ó vestidos, que empleaban la mitad de la vida entre silleros, barnizadores, perfumadores y quinquilleros : en buscar un crédito que arruine los mercaderes : en procurar todo el tren del lujo ; en comprar ridiculeces, y estudiar el papel de inkomodos é impertinentes.

CAPITULO X.

De los paseos públicos

No podia mostrarse LUCIDORO indiferente respecto á las recreaciones, que renuevan el espíritu, y conservan la salud. Fue objeto para él mui deleitable ver derramarse gentes de todas edades y condicio-

nes por aquellos soberbios jardines en los que la naturaleza, con el auxilio del arte, se esplaya con deleite; pero fue al mismo tiempo un triste motivo de reflexion quando supo, que entre tantas personas que van á los paseos en equipages los mas brillantes, hai muchas de ellas que deben esta ostentosa comodidad á la astucia, á la usura, al monopolio, y á otras varias malas versaciones. *La probidad, y la rectitud para muchas gentes es una quimera ó ente de razon.*

Hubiera estimado mucho mas LUCIDORO que no hubiera en Paris coches de alquiler, ni carrozas; y que para el deleite y satisfaccion de sesenta mil personas, no se vejase á ochocientas mil; pero aqui viene bien el decir, *que es preciso dejar que vaya el mundo por donde va.*

¡Cuántas palabras, exclamó nuestro filósofo, se oyen en el murmullo que llena las Tullerías, sin que en una sola tenga parte la razon!

Los unos hablan de sus placeres, los otros de sus negocios : Estos refieren sus aventuras, aquellos sus proyectos, y ninguno busca la verdadera felicidad.

Observó que el palacio real era el paseo de los elegantes ; el Lugemburgo , el de los soñadores ; y las Tullerías el de todos ; y que en un jardin tan magnífico no abundaban bastante los arbustos y las flores. Para hacer estas observaciones le fue preciso tolerar muchos codazos del vicio y de la fatuidad.

Creyó ver entre los paseadores mas brillantes un gran número, cuya cena se remitía al dia siguiente, y que eran deudores al público de su existencia y vestidos.

Sobrevino una lluvia , y todos desaparecieron con la rapidez de un relámpago , sin saber á donde ir. Este es el inconveniente de los paseos donde no hai algunos parages cubiertos. Juzgó que una galería formada de arcos á lo largo del

terrazo de los Bernardos , seria un edificio necesario.

Los baluartes que vió llenos de gente , le persuadieron que nunca seria demasía el multiplicar paseos, y mucho mas en una Nacion que sabe usar de ellos: porque *los Ingleses corren ; los Alemanes marchan; los Italianos se hacen arrastrar ; pero los Franceses se pasean* , si se entiende por este egercicio el placer de esparcirse y conversar.

Crejó que debia poner una mirada en las tabernillas adonde la gente ordinaria se junta los dias de fiesta. *Las diversiones del pueblo deben interesar á una alma patriótica.* Fuera de que el artesano en Paris se divierte y regocija con una cierta honestidad. Se le ve en sus partidas de placer superior á los ciudadanos mismos de Londres y de Amsterdam. Esto es consecuencia de una dichosa educacion , que influye en todos los estados , y de una alegría natural en los fran-

ceses , que les comunica un aire siempre risueño. *Cualquiera nacion que se rie es sociable.*

CAPITULO XI.

De los espectáculos.

Es preciso á lo menos dar una ojeada á lo que mortifica las costumbres de una nacion , y es el entretenimiento de todos los de buen gusto.

Nuestro filósofo fue , pues , á ver la comedia francesa. Se representaba á la sazón la Zaira. El la aplaudió , á imitacion de todos los espectadores ; pero hubiera querido que los actores , aunque maestros en el arte de declamar , hubieran sollozado menos. Le pareció que eran mui exagerados los suspiros , y que no se espresaban los pasages mas importantes , sino haciendo

esfuerzos extraordinarios de pecho y garganta. Se ha de copiar la naturaleza, pero nunca exagerarla. *Se esplican mal sus sentimientos con hipos y movimientos convulsivos.*

La pequeña pieza (sainete en España) le hizo que echase menos al inimitable Moliere. Las comedias ya no son cómicas. Con el temor de dar farsas, se dan comedias lloronas y secas, y siempre se acaba con un casamiento, como si no hubiera otros muchos desenredos, y como si no hubiera de fastidiar siempre una misma conclusion.

La comedia Italiana le hubiera divertido, si no tuviera aquella mezcla de idiomas que la hacen ridícula. El Arlequin le gustó como un personaje necesario en un teatro inventado para reír. Y así es un papel que agradará siempre á los hombres que trabajan, y necesitan de alguna dilatacion. *Las recreaciones burlescas son siempre las que con preferencia agradan á los*

filósofos. Nadie se desvia de materias graves para emplearse en otras serias. No le gustaron á LUCIDORO aquellas arias contrahechas sobre el Italiano, porque la lengua francesa de ningun modo es oportuna para aquellas gracias.

En cuanto á la ópera halló en ella cosas de gusto, y otras que le chocaron. Este debió de consistir en que es un espectáculo mui complicado; pero no pudo dejar de ver con pena aquel grupo de mozas toleradas, solo por el ridículo esplendor de sus diamantes y vestidos, que obscurecen el brillo de las señoras de cualidad.

Los coliseos, en sentir de LUCIDORO, no tenían proporcion ni con la inmensidad de Paris, ni con la elegancia de los parisienses. Las mas pequeñas ciudades de Italia tienen teatros que superan al mismo de la ópera; y no hai en ellos patio donde no estén todos sentados. *Es preciso ser mui ciego apasionado*

Part. II.

D

50 *Viage de la Razon*
del espectáculo, ó mui ocioso, el que
sufre estar tres horas de pie, oprimido y oprimiendo, á otros.

Lejos de vituperar todos los diferentes juegos que ha producido la industria, creyó que eran inventados con prudencia. Es de mucho interes á cualquiera gobierno autorizar las diversiones que entretienen al público, luego que en ellas no hai cosa que sea contraria á las costumbres, ni á las leyes. Seria mucho mas juicioso, si no se confundiese la razon con el humor. El gusto particular no ha de determinar los placeres, sino el de la Nacion.

CAPITULO XII.

De los Cafes.

LUCIDORO tan amigo de lo útil, como enemigo de lo supérfluo, apro-

bó los cafés, desde el instante mismo que se establecieron. Estos son lugares de cita, ó aplazamiento, necesarios en una ciudad como Paris. Pero un dia que asistió en uno de ellos, quedó sorprendido al ver en él el mixto mas estravagante y mas ruidoso.

Se componia aquel cúmulo de un jugador, que venia del juego de pelota maldiciendo su fortuna, y solicitando recobrarla: de un novelista, relatando con el tono mas firme inverisimilitudes y necedades; de un turbulento con ojo soldadesco y amenazador; de un mal contento, enojado contra el siglo, contra la nacion, contra todo el género humano, y aun contra sí mismo; un truan, vientre aventurero, lleno de los humos de un suntuoso banquete; un hambro acechando una jícara de chocolate, ó una taza de café; un petimetre, presumido enamorado de sí, viéndose embanastado en un bello ves-

tido que acababa de sacar fiado; un libertino, enemigo de la religion, y de todos los que la profesan; un autor, lleno de sí mismo, ojeando un libro de memoria con afectacion; un hablador lastimoso, y lastimador, ridiculizando obras que no ha leído, ni entiende; un forjador de negocios, imaginando medios de engañar; un casamentero descarado, investigando alguna viuda opulenta con el intento de arruinarla; un aventurero, afectando aires nobles, títulos, y nombres grandes para petardear mejor; un lector de papeles obscenos, despreciando los libros buenos, y los buenos Escritores; un ocioso, sin otro trabajo que el de molestar á todos; un decidor de gracias amorosas y flores á la ama del café, para conseguir un crédito asegurado; un adorador y ciego apasionado de comedias, y comediantas, no conociendo de todo cuanto hai en el mundo, sino es-

tos dos objetos ; un relator incansable de historietas del tiempo de entónces ; y un pleitista , no hablando sino de pedimentos y procesos.

¡ Qué bella coleccion de personajes para interesar á la razon ! Soltó algunas palabras , y todos creyeron que hablaba árabe ó chino ; pero al dia siguiente se desagravió de este petardo mui bien nuestro filósofo. Curioso de hacer otra visita al café , no halló sino personas honestas , y mui ilustradas , y se desvaneció aquella nube.

La casualidad en Paris junta , de un instante á otro , personas mui dignas , y otras mui despreciables : esta es la historia del tiempo , que ya está sereno , y ya tempestuoso , cuya variedad tolera el sabio con discrecion.

Parecióle á LUCIDORO que los eclesiásticos , y religiosos , no asistiendo en los cafés , se podrian establecer para ellos algunos lugares

decentes donde pudieran refrescar, y tomar algun reposo. En estos lugares convendria tener algunos libros para los aficionados á leer, y estos sitios podrian llamarse justamente bibliotecas, o librerías para emplear el rato oportunamente. *La razon nunca ha sido enemiga de un recreo honesto: observa siempre un justo medio entre el rigorismo, y la recreacion.*



CAPITULO XIII.

De las modas.

Estar en Paris, y no ver modas, es lo mismo que estar ciego. Las plazas, las calles, las tiendas, los equipages, los vestidos y las personas, todos respiran el aire de la moda. El Parisien es de tal modo fanático por la novedad, que la religion misma no disgusta á cier-

tos atolondrados , sino porque es demasiado anciana.

Un vestido que ha servido quince dias , pasa por viejísimo entre las gentes del bello aire. Ellos quieren telas nuevas , papeles volantes del dia , ó recién nacidos , sistemas modernos , y amigos del dia.

Cuando una moda comienza á lucir , la capital misma se enton- tece con ella , y nadie se atreve á dejarse ver , si no va condecorado con el último ornamento.

“Podeis juzgar de nuestro amor
„á las modas (escribia un Parisien
„á una señora Holandesa , en una
„carta que merece ser referida) por
„nuestros peinados á la greca. No
„importa que sea ridículo llevar
„sobre la cabeza un campanario,
„todos se obstinan en solicitar este
„ornato , porque es la moda. Los
„hombres entre nosotros conser-
„van tenazmente sombreros pe-
„queños , aunque dan á entender
„una cabeza llena de viento ; por-

„ que es moda. Se esponen á pade-
 „ cer fluxiones de pecho , mas bien
 „ que á descomponer el peinado :
 „ porque es moda. Se pone inde-
 „ centemente delante de una chi-
 „ menea , y embarazan á los demas
 „ que se calienten , porque es moda.
 „ Condenan por una friolera , y es
 „ nada para sus ojos, todo lo que no
 „ tiene bagatelas , y chucherías del
 „ dia, sin otra razon, que ser moda.

„ Nuestros petimetres , encar-
 „ gados por su estado á dar valor
 „ á esta mercadería , desempeñan
 „ quanto está de su parte este em-
 „ pleo. Galoneados con una moda
 „ efimera , corren todos los espec-
 „ táculos , y asambleas para que los
 „ vean.

„ Todo su conato se dirige á
 „ quien será el primero en estrenar
 „ una moda nueva : cosa admirable
 „ por cierto , hasta la misma histo-
 „ ria entra en nuestras modas , por-
 „ que se inventan con el motivo de
 „ cualquiera suceso.

„ Nada se ha imaginado con
„ mas chiste que llevar la época de
„ algun acaecimiento en la cabeza,
„ ó en los vestidos. Y así las esco-
„ fietas de Puerto-Mahon atestiguan
„ la toma de aquella ciudad. Den-
„ tro de pocos dias tendremos segu-
„ ramente otras que nos retratarán
„ la guerra de los Rusos contra los
„ Turcos, y verosimilmente se amol-
„ darán en forma de medias lunas, ó
„ turbantes.

„ Solo las modas son las que
„ dan un aire brillante á la calle de
„ San Honorato, calle tan frecuen-
„ tada y bulliciosa, que puede de-
„ cirse que Paris no existe sino en
„ aquel cuartel. Allí en donde la
„ industria inventa preciosas baga-
„ telas y fruslerías, que el lujo ha
„ hecho necesarias, y donde enjam-
„ bres de petimetres, hembras y
„ varones, se derraman á peloto-
„ nes, para aprender, á lo menos
„ los nombres de todas las chuhé-
„ rías recién nuevas. Este es el me-

„dio de hacerse célebres semejan-
„tes personas.

„Aqui se forja un lenguaje de
„gerga , ó geringonza á la moda,
„del propio modo que los vestidos.
„La elegancia consiste en saber pa-
„labras nuevas de este idioma , y
„encajarlas , vengan , ó no vengan.
„*La moda ha producido mil veces*
„*mas libros que la razon.* Nuestras
„esquinas de las calles , nuestros
„portales , pasadizos , y tiendas se
„tapizan todos los dias con carte-
„les de nuevos papeles volantes. Se
„compran por el título , con tal
„que sea nuevo , y se ponen en el
„tocador , ó chimenea hasta el dia
„siguiente , en el que otra obra
„mas fresca envia al olvido la del
„dia antecedente.

„Esta revolucion de modas lle-
„na la vida de acaecimientos. Aun-
„que mi edad no pasa de veinte y
„tres años , he vivido mas de se-
„senta , si se han de contar por lo
„que he visto , y por lo que he es-

„perimentado. No hai mayor flujo,
„y reflujo que el de las novedades In-
„numerables agujas, buriles y pin-
„celes estan siempre en el aire para
„producir alguna cosa elegante.
„Ademas de esto, aunque una co-
„sa sea tan fea que asuste, una
„modista, de buenos vigotes, tie-
„ne elocuencia para persuadir que
„es admirable. No hai cosa mas
„eficaz para deslumbrar necios,
„que sus gracias y labia.

„Pero lo que mas os sorprende-
„rá es, que hai originales que no
„tienen otro mérito, que una las-
„timsa, y miserable singularidad,
„y de los que se forjan repentina-
„mente personages de última mo-
„da. Estos se citan, se aplauden-
„y aun enloquecen, y es un festin
„gracioso cuando se pueden conse-
„guir para una cena.

„Yo fui engañado una vez. Me
„hice todo oidos, y ojos para ad-
„mirar uno de estos hombres del
„dia: le convidé á que asistiese

„ conmigo en la mas escelente com-
 „ pañía , y no vi , ni oi sino un es-
 „ tupendo loco. La fama le fran-
 „ queaba la entrada en casa de to-
 „ dos los grandes , y el mérito esta-
 „ ba mui lejos de su persona.

„ Estos somos nosotros , mada-
 „ ma , y ciertamente esto en nada
 „ se parece á la Holanda , vuestra
 „ amada patria. *El ingenio ó bello*
 „ *espíritu impone frecuentemente si-*
 „ *lencio al juicio ; pero esto es moda,*
 „ *y es preciso aplaudirlo.* La mia se-
 „ rá siempre admiraros , y deciros
 „ en aquel tono que es propio del
 „ corazon , que ninguno puede ser
 „ mas tierno , y afectuosamente
 „ vuestro , &c. ,

Esta carta dió mucho gusto á
 LUCIDORO , y se aprovechó de ella
 para informarse de las modas en ca-
 sa de aquellos mismos que las in-
 ventan ; y despues de haberse bur-
 lado de ellas , creyó que estas mo-
 das tan ridículas en la apariencia,
 se forjaban mas para el extranjero,

que las paga mui bien , que para el Parisien , que hace un ramo de comercio de ellas.



CAPITULO XIV.

Del Juego.

Jugar para esparcir el ánimo , nada es mas natural ; pero jugar para estudiar , y cabilar jugando , nada es mas extravagante.

Por todas partes le ofrecian naipes al incógnito , y alguna vez los aceptó : *la razon no es grosera , ni feroz , se presta gustosamente á la sociedad ;* pero aprecia no mas recreaciones que no duren medio dia , y que no sujeten al espíritu.

La idea del juego en todos los paises del mundo , jamas llevó consigo la idea de atar formalmente cuatro personas al rededor de una

mesa para no atreverse á reir , ni á hablar.

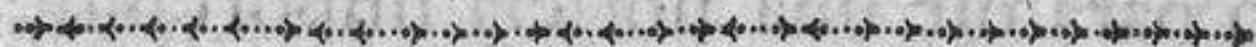
Solo personas que vegetan como árboles , ó viven como brutos, pueden acomodarse á un juego demasiado serio. Son necesarias otras dilataciones y recreos , á los que gastan el espíritu , ó ha de ser el amor de la ganancia el que los cautive.

Es tambien cosa mui ridícula estar esgrimiendo todo el dia , ó toda la noche , para atrapar un poco de dinero. *El dinero que se pierde incomoda , y el que se gana no aprovecha.* Cuando se gana se producen superfluidades , en las que nunca se pensaba. Pero la moda ha prevalecido , y aunque LUCIDORO hizo ver los inconvenientes, nadie hizo aprecio de sus avisos. Estuvo á pique de desazonarse con alguna viuda vieja gran jugadora.

A lo menos si se abreviaran las partidas , ó se interrumpiera el juego , para aprovecharse de la con-

versacion de una persona ilustrada, ó para oír una noticia importante; pero sea el que fuere el mérito del que habla, sea el suceso el de mayor consecuencia, en sentir de los jugadores, todo es incómodo, aquello que los distrae. El tiempo no les parece precioso, sino cuando lo malogran en el juego; y la muerte misma de un pariente, ó de un amigo no es bastante para separarlos del juego. Dicen, cuando mas, al oír aquella funesta noticia, es desgracia, y fatalidad, y prosiguen jugando.

Notó LUCIDORO sobre este asunto, que ya no se siente, como en otro tiempo la pérdida de los suyos, de modo, que la moda tanto influye sobre las costumbres, como sobre los vestidos *Si las lágrimas no resucitan los muertos, a lo menos honra á la humanidad.*



CAPITULO XV.

De los Autores.

Prontamente se dió á conocer el mérito de LUCIDORO, y aunque no le conocieron como que era la razon, se le consideró como el hombre mas racional del mundo.

En consecuencia de esto se juntaron varios autores con el designio de penetrarle, pero las dos terceras partes de ellos jamas habian oido hablar á la razon. Quedó admirado nuestro filósofo al oir que estos tales escribian, y lo que es mas, que sus obras hallaban aplaudidores.

Un autor de buena fe le refirió con este motivo su historia. “ Yo „ era „ dijo él „ corto oficial en mi „ ministerio „ sin otro talento que „ el de garlar á diestro y siniestro, „ ya de la sociedad, ya de la patria,

„ ya de la literatura , ya de la reli-
„ gion misma : cuando una muger
„ de las de moda me aseguró , que
„ dando á la imprenta los desbarros
„ de mi lengua , y bachillería , me
„ haria instantáneamente un escri-
„ tor de importancia. Yo no creia
„ este anuncio , aunque tenia por
„ mi patrimonio , y por mi fiadora
„ toda la frivolidad de nuestro si-
„ glo ; y por consiguiente yo mis-
„ mo me admiré al ver que leian
„ mis delirios con entusiasmo. Es
„ verdad que la muger susodicha
„ me procuró alabadores. Sin este
„ auxilio las mejores obras corren
„ peligro de ser silvadas , ó cuando
„ menos poco conocidas.

„ Hice por último escrúpulo de
„ engañar á mis lectores , dándoles
„ paradojas , en vez de las mayores
„ verdades , bufonadas por racioci-
„ nios , preocupaciones por juicios
„ irrefragables , porque yo me pi-
„ co de tener probidad , y rectitud.
„ Me pareció que desacreditar una

Part. II.

E

„obra sólida con un papelon estra-
„vagante , ultrajaba indignamente
„á la razon , y á la buena fe.

„; Mi estilo causaba ilusion , por-
„que con el socorro de algunas
„frases ruidosas , y algunas plabras
„nuevas tiene á la multitud por
„suya. *Nada es mas fácil que des-*
„*lumbrar á los entendimientos super-*
„*ficiales.* Muchas personas se enfras-
„caban por hacerme valer , enamo-
„rados de mis escritos , porque ha-
„llaban en ellos una moral mui
„adecuada á sus deseos.

„Lo que me afligia , y marti-
„rizaba es , que por mas que yo
„mismo les decia que mis obras
„eran lastimosas , no querian creer-
„me. La primera impresion se bor-
„ra dificilmente.

„En cuanto á todas esas obras
„filosóficas , donde no hai ni ras-
„tro de filosofia , yo las forjaba con
„tanta facilidad como una novela;
„y éste es todo el arte , y el gran
„secreto del *Charlatanismo*. Se ven-

„den sueños, y delirios, que se
„afirma son descubrimientos nue-
„vos, y se tiene por ridículos á
„los que hallan interes en rebartir-
„los. La imaginacion se enardece;
„corre la pluma, y se halla con-
„cluida una obra, sin saber cómo
„se comenzó.”

LUCIDORO no le dió otra res-
puesta que preguntarle, si no ha-
bia un tribunal establecido por las
Academias, en donde todos los que
quisieran dar obras al público, fue-
ran examinados de su suficiencia
para egercer la profesion de auto-
res. Los pretendientes habian de
ofrecer á dicho Tribunal una obra,
por pieza de examen, para senten-
ciar si eran ó no dignos de escribir,
y de este modo el público no se ve-
ria abrumado de obras malas. En
tal caso no habia de bastar tener
buen estilo, para lograr el derecho
de imprimir, porque esta cualidad
es solo un barniz, que por lo co-
mun deslumbra á los ignorantes:

para escritor son necesarios conocimientos adquiridos, y particularmente un gusto declarado por lo verdadero; porque *sin la verdad, ni hai elocuencia, ni hermosura.*

Los que tuvieren la osadía de salir con alguna obra al público sin haber pasado por el examen, han de ser perseguidos como contrabandistas. El libertinage del ingenio debe ser reprimido. *Es mui mala política permitir que anden por el público libros, cuyos principios son falsos, ó licenciosos.*

Diéronle á conocer á nuestro filósofo sabios conformes á su gusto, algunos poetas distinguidos, cuatro ó cinco mugeres célebres, muchos hábiles artistas, é innumerables plagiarios; y luego que se le presentó el catálogo de los autores vivientes, que ascendia á mas de dos mil, tomó la pluma, y tachó mil y quinientos. Esta operacion no fue obra del capricho, porque *la razon nada hace por casualidad.*

Notó con bastante pesar que eran necesarias recomendaciones, y aun regalos para ingerir algunos artículos en los diarios, y que por esto, por lo comun, bastaba que un autor, ó tambien su librero, no fuera del gusto del Diarista, para ser desacreditada una obra buena.

Advirtió tambien que algunos Sofistas hacian gran papel, y que los que se dedicaban á vindicar los derechos de la verdad, no conseguian sino el desprecio, ó ser tenidos por ridículos: la moda queria persuadir que se engañaban.

CAPITULO XVI.

De los libros nuevos.

Se encerró LUCIDORO por espacio de algunos dias para recorrer con atencion las obras modernas mas acreditadas ; juzgó sanamente de los unos y los otros , como se puede presumir , sin deslumbrarse con el brillo , que es toda su substancia. Notó tambien , que exceptuando el Diccionario de la Encyclopedia , la Historia de Mr. Buffon , la Historia del Bajo Imperio por Mr. le-Beau , y otras cinco , ó seis obras , respectivamente distinguidas por sus asuntos , se ponía demasiado ingenio en los libros , se hacia demasiado epigramático el estilo , se utilizaban con exceso los pensamientos , y no eran naturales

las espresiones. Es preciso que las frases se vengan ellas á buscar al autor, y no se ha de notar que el autor va á buscarlas. *Un Escritor que se golpea las caderas para ostentar ingenio, de ningun modo merece escribir,* decia Montesquieu. Fuera de que la mayor parte de los papeles, y pequeños escritos de moda, forman una confederacion contra la religion, y contra las costumbres; y en esto ultrajan á la razon con el pretesto de vengarla. En los unos lo sublime contrasta con lo tribal; en los otros lo risible se halla al lado de lo lloron: estos no tienen otro mérito que un título extraño; y aquellos el nombre de un autor de moda. Esto observó LUCIDORO; pero se asombró mucho mas al ver una multitud de libros derramados por todas partes, en los que no tuvo parte alguna la razon, y en los que se desconocia hasta el nombre.

No quiso sin embargo, formar juicio de los franceses por todas

estas obras. “Yo me veria precisa-
 ,,do, decia él, á tenerlos por los
 ,,hombres mas frívolos, y los mas
 ,,licenciosos. Mas quiero persuadir-
 ,,me de que estas obras son relaja-
 ,,ciones del ingenio que toda la na-
 ,,cion desapruueba: y lo creo, con
 ,,mas motivo y complacencia, al
 ,,ver que la mayor parte de estas
 ,,obras han sido condenadas por los
 ,,Tribunales, y no se han impreso
 ,,sino furtivamente; y que sus au-
 ,,tores son tenidos por ensuciado-
 ,,res de papel, ó pintores de brocha
 ,,gorda, y por Sofistas atrabiliarios.”

*La verdad nunca pierde sus de-
 rechos. Se la podrá ocultar, pero no
 sofocarla.* Esto es lo que LUCIDORO
 dirá siempre á los que le oyen.

Notó que los unos haciéndose
 partidarios de la verdad, y los otros
 de las paradojas, era imposible es-
 cribir en nuestros dias de un modo
 que agradase á todos; y que cono-
 cida la preocupacion de los enten-
 dimientos y genios, no habia cosa

mas equívoca que el juicio que se hacia de algunos autores ; y que era preciso esperar el de la posteridad. Su Tribunal es infalible.

Los libreros á quienes visitó, le mostraron muchas miserias que habian producido el libertinage, y la frivolidad ; pero como le dijo uno de ellos , nosotros tendríamos mui débiles provechos, si solo vendiéramos libros históricos y morales. Todos los jóvenes leen, y casi todos no quieren sino papelotes pueriles , cuya basa es la futilidad.

Es preciso en Paris que salga al público todos los dias una obra absolutamente nueva ; los lectores murmuran , ó se aburren si no tienen algo de nuevo.

Las mejores obras del siglo antecedente estaban cubiertas de polvo, y exhalaban un olor de hediondez. El amor de la novedad las hace pasar á veces por mediocres. Este es el gusto de un siglo estravagante , y frívolo.

CAPITULO XVII.

De las disputas literarias.

Cuando LUCIDORO supo que algunos autores , destinados por su estado para ilustrar el siglo , y la nacion , se destrozaban unos á otros lastimosamente , exclamó : *Pluguiese al cielo que jamas hubieran escrito.*

Solicitó que se le leyera el asunto de sus querellas , y el modo como disputaban ; y desde la primera página rogó al lector que lo dejase , y alzando los hombros , calló.

Quisieron hablarle de uno llamado Ch... condenado á las galeras por decreto de la Corte soberana de Nancy , á causa de haber forjado varios libelos , y muerto en Holanda oportunísimamente , para evitar el último suplicio que merecian sus atroces calumnias , respondió:

A mi me admira que se pronuncie el nombre de un hombre tan depravado: él honró á todos aquellos de quienes habló tan mal. El que tiene por enemigos sugetos sentenciados á galeras, ó á la horca, debe gloriarse, en vez de sentir sus calumnias.

De este modo hablaba el Chanciller Bacon. *La sátira de los pícaros, decia él, es una verdadera ilustracion.*

Es verdad, que si los libelos son alimento de atolondrados, y necios, tambien es cierto que los hombres juiciosos los tienen por afrenta de la humanidad. *Nunca se ha de responder á sátiras viles, decia Montesquieu, siendo un libelo la cosa mas despreciable del mundo.*

CAPITULO XVIII.

Del bello espíritu, ó falso ingenio.

Este era verdaderamente el antagonista de LUCIDORO, este *bello espíritu* que crea esperiencias, tamiza pensamientos, se burla del juicio, y ridiculiza á la verdad: sin embargo, quiso oírle nuestro filósofo discurrir. Paris es por cierto su centro. Allí se hace escuchar como oráculo del dia, por aquella multitud de criaturas superficiales, cuya brújula, ó norte es la frivolidad, y cuya lei el desórden: gentes en fin que se hallan en todas partes.

No habria persona que no pagase su asiento para ver á la razon, que colocada en un rinconcillo, estaba desconocida mientras el *bello espíritu* ó *falso ingenio*, esplayaba el vuelo de sus brillantes quimeras.

Este bello espíritu es el padre de las paradojas ; de las palabras nuevas , de las ideas extravagantes, y de casi todas las piezas , ó pape- lones volantes ; y para colmar su honor, y gloria, comunmente des- truye á la sabiduría y al mérito.

Todo personage de moda se aplica á hacer valer el *bello espíritu*. Se le erigen trofeos sobre frases en- sartadas , que nada significan y so- bre decisiones las mas estrafalarias, y atrevidas. Se nutre el *bello espíritu* de papelillos maravillosos , y de sis- temas que deslumbran : no hai ce- na ó banquete espléndido donde no haga su papel. Va á los espec- táculos : preside en los tocadores: hace el tercero en una visita cara á cara con una buena cara de las fa- mosas : se le viste con las modas mas nuevas, y vestidos los mas re- cientes : se le hilvana , ó introduce con todo lo mas grande : se entre- mete en las conversaciones mas se- rias ; y hasta en las obras mas do-

minantes ; y aun se le establece por juez de los libros, y de los autores.

LUCIDORO , por último , tuvo algunos debates con él , pero sin disputas , y sin acritud. La razon siempre ha sido modesta ; y esto es lo que enardeció un dia al mas celoso partidario del *bello espíritu* , para levantar el grito , diciendo á LUCIDORO , á quien él no conocia , que „ la reflexion nos mataba. La dicha „ consiste en desflorar las cosas , y „ no profundizarlas. Despues que „ se usa no aficionarse sino á las su- „ perficies , el gusto se acrisola , el „ deleite se refina , y la libertad de „ pensar gana mas tierra.

„ Nuestros padres no tuvieron „ otra cosa sino razon , y no por „ esto fueron menos enojosos que „ góticos. Sus libros y sus conver- „ saciones manifestaban que eran „ unos pedantes. En nuestros dias „ se aventura cualquiera á ostentar „ lo que agrada , y está seguro de ser „ escuchado.

„Yo aprecio mucho mas una
„obra que se ha compuesto en un
„dia , y que se lee en un hora.
„Nosotros debemos á algunos au-
„tores elegantes el beneficio de ha-
„bernos librado de racionios , y
„discursos que solo sirven para
„condensar , y hacer pesado el es-
„píritu.

„Me acometen vapores , y do-
„lor de cabeza cuando me encuen-
„tro con aquellos hombres juicio-
„sos , que hablan siempre mesura-
„dos , y que parece representan
„cuando hablan. El talento no es
„agradable sino en cuanto es lige-
„ro , y festivo : entónces se da
„gusto á las mugeres , se hace uno
„buscar de los grandes , y se forma
„un hombre del dia.

„En este caso , señor , le repli-
„có LUCIDORO , yo habré tenido
„la desgracia de adormeceros , y
„aun fastidiaros ; pero yo estaria
„mal conmigo mismo , si me ha-
„llara mal con la razon. Yo entien-

„do que ella sola es la que eleva al
„hombre , y la que tambien pue-
„de divertirle : porque quien no
„la escucha se aturde , ó atolon-
„dra. La situacion de una criatura
„racional , es sin duda el entender-
„la : de otro modo la naturaleza
„se ha engañado , y nosotros no
„somos lo que debiéramos ser.

„Es lástima que con los prin-
„cipios que teneis no hayais naci-
„do mariposa : andariais revolo-
„teando entre flores , os burlariais
„ligeramente , tendriais alas bri-
„llantes , y sobre todo el precioso
„privilegio , ó prerogativa de no
„pensar ; porque á mi me parece
„que lo que mas os incomoda es
„el pensamiento , lo mismo que á
„todos los que son de vuestro van-
„do. Es mui glorioso para la ra-
„zon , que se asemejen á los bru-
„tos todos aquellos que no la es-
„cuchan.

„El entendimiento desnudo de
„juicio deja de ser un bien , y se

„convierte en mal. Es un relámpo
„pago que alumbrá la tempestad,
„y no produce sino funestos efec-
„tos. ¡Cuántos libros ha dado al
„público, que no han acarreado
„otra cosa sino turbacion, y ti-
„nieblas!
„La razon sabe chancearse
„oportunamente, y formarse pasati-
„empos agradables, pero es des-
„pues de haber trabajado, y refle-
„xionado: y es que jamas se di-
„vierte sino por necesidad.

Aquí el petrimetre gorgeando
una aria, y componiéndose las vuel-
tas y la guirindola desapareció.

CAPITULO XIX.

De los petimetres.

Oyó LUCIDORO hablar tan fre-
cuentemente de los *petimetres*, y
tropezab con ellos tan al paso,

que quiso por último saber si formaban alguna república entre sí, si tenían leyes, y si eran no mas unas criaturas descosidas del comun de las demas que se derraman á diestro y siniestro en las sociedades, para divertir las, ó enfadarlas.

Inmediatamente conoció que las modas eran el centro y esfera de estos señores; que tenían tambien el formulario de algunas palabras de reunion; pero que no hacian cuerpo entero: que ni menos se conocian unos á otros, y que cada uno tenia accion y libertad de determinar sus placeres, y tertulias como le parecia.

Lo que apenas podria creerse, si el mismo LUCIDORO no lo hubiera dicho, es que halló entre esta casta de gentes algunos mui amables; pero que era preciso tolerar la molestia de ciento, para hallar tres ó cuatro que fuesen de provecho. Los unos no tenían otro mérito que ser impertinentes, los otros

el lenguaje de la fatuidad : estos no sabian sino exhalar olores: aquellos divertirse con un ramillete , ó mostrar sus bellos dientes ; y era mui corto el número de los que tienen el talento de agradar y divertir.

El atolondramiento agregado á la frivolidad forma por lo menos las tres partes de los *petimetres* que revolotean por Paris , sin contar los que solicitando imitar buenos originales se hacen perversas copias. Son necesarias nociones , ingenio y modales para formar un *petimetre* agradable, aunque es mucho mejor ser uno siempre. El natural se lleva siempre la preferencia sobre todo lo que es ó forzado ó violento : y si los jóvenes quisieran realmente agradar , no harian tantos gastos para representar papeles singulares ó extraños ; pero esta es la futilidad de muchos franceses de veinte y dos ó veinte y tres años ; en vez de que esta era

la edad madura en Inglaterra , en Alemania , y aun en Italia , á pesar del calor del clima Y asi los petimetres son alli mui raros : alli se estima mas la sabiduría que el ingenio : modos decentes , y no aires agradables ; pensamientos , y no tonos.

CAPITULO XX.

De las conversaciones.

Notó LUCIDORO en las conversaciones de Paris lo que comunmente se halla en todos los paises , gentes que ostentan ingenio , otras que no le tienen ; y otras que , aunque le tienen , no le ostentan.

Sin embargo , echaba menos las conversaciones de Italia , siendo preciso confesar que son pintorescas. Todo se pinta , y aun se exagera allí : se hacen importantes las cosas,

variándolas ya con reflexiones , ya con relaciones , mezclando en ellas las comparaciones mas vivas.

Los Parisienses , generalmente hablando , no tienen bastante paciencia para mantener conversaciones mui sérias ; pero saben dar cuerpo y gracias á las mas triviales notadas , y hacer tributarios al ingenio para cosas festivas.

El pueblo mismo conversa en Paris de un modo que interesa : se ocupa con las novedades del dia , y se complace en discurrir sobre lo que se trata en todos los Tribunales ; y asi es mui dificil persuadir á los Parisienses , que hai sociedades agradables en los Países extranjeros. Pero lo que LUCIDORO no podia comprender era , que la juventud francesa , y particularmente la oficialidad , repitiese continuamente unas mismas cosas sobre el artículo de la galantería , sin cansarse jamas. Tarde , y mañana son un continuo equívoco.

No es poco saber conversar bien , esto es , pasar de un asunto á otro sin disputa , ni contradiccion: referir sin proligidad , interesar sin designio , agradar sin desearlo , no disputar , no emplear equívocos , y sobre todo no hablar demasiado; tanto porque esto humilla á los otros , quanto porque es hacerse enojoso.

Hai personas á quienes su empleo les obliga á tener conversaciones insípidas. Estas por lo comun hablan siempre de la lluvia, y del buen tiempo , á menos que su espíritu adornado no les ofrezca medios de discurrir sobre las ciencias, ó sobre las Artes ; pero *la ciencia pocas veces se hermana con la grandeza ; y cuando sucede esto , es casi siempre una añadidura que dobla , ó aumenta la soberbia.*

Halló LUCIDORO muchas veces mugeres del bello aire , que hablaban todo el dia sin decir nada , y que hacian disertaciones que dura-

ban una hora sobre cosas mui frívolas ; pero tambien quedó desagraviado bastantes veces de este contratiempo , con algunas conversaciones, en las que el mismo sexo brillaba con mucho esplendor , y en donde la sabiduría y el ingenio se hallaban amistosa y felizmente. *Paris es un mundo en el que se halla todo lo mejor , sabiendo elegirlo.*

Muchos grandes convidaron á **LUCIDORO** , como á un objeto de mera curiosidad ; pero porque él no los tuviese por mui pequeños , se abstuvieron de verle. *La independencia es una soberanía que complace á la razon ; porque ella jamas hace corte sino á la virtud.*

CAPITULO XXI.

De los proyectos.

No hai nacion que forge mas proyectos que la francesa. La imaginacion por una parte , y el lujo por otra los producen cada dia de toda especie. Los Ministros se ven abrumados de ellos ; y como es casi imposible preveer los inconvenientes, y vencer las dificultades , cuando no se conoce la Corte , ni el Estado , se proponen muchas veces cosas impracticables , y aun absurdas.

Vióse LUCIDORO asaltado de uno de estos reformadores. Era un hombre de una imaginacion exaltada , que pasaba su vida en inventar proyectos los mas estrayagantes. Contaba los millones que habian de producirle sus luces y su celo patriótico. No se apartaba de la

puerta de los Ministros, y Grandes. Hacia la corte á las criadas de retrete, á los lacayos: y con la esperanza de que algun dia tendria equipages, y vestiria soberbiamente, llevaba un vestido tan seco y triste como su semblante. La Francia habia de florecer como el jardin mas hermoso, y magnífico con sus cuidados y desvelos.

LUCIDORO que no estima las reformas sino cuando son indispensablemente necesarias, ó á lo menos mui fáciles, le persuadió al proyectista, que se reformará á sí mismo, aplicándose á coordinar su juicio, en vez de reglar el Estado. Este fue el único medio de librarse de aquel importuno, porque las gentes de este jaez quieren ser admiradas.

Como LUCIDORO queria verlo y examinarlo todo, asistió en algunas mesas redondas: alli fue donde oyó hablar de reformas y proyectos. Hai en Paris una política,

que se saborea con noticias imaginarias, que hace castillos en el aire, y que bajo la figura de un militar viejo, ó de un abate anciano, se pasea por todas las fondas, hosterías y cafés. Esta divierte á los ociosos, y enoja á los sensatos. *Los ojos del alma miran de varios modos.*

Se habló de geringonza en presencia de LUCIDORO con espresiones de incredulidad: pero eran muy dignos de compasion los que usaron tal idioma, pues toda su sabiduría consistia solo en miserables bufonadas. *El silvo, y la mofa es el comun socorro de los talentos superficiales.*

CAPITULO XXII.

De las ciencias.

Observó nuestro filósofo que las Matemáticas, la Historia Natural, la Astronomía y la Política, se extendían mas, y mas por el cuidado con que se ocupaban en ellas.

El jardin real, el observatorio, en donde nada falta de todo cuanto puede interesar á la curiosidad (lo que examinó LUCIDORO con la mas escrupulosa atención) le facilitaron el conversar con Buffon, Aubenton, Cassini, y hacer justicia á la inmensidad de sus conocimientos, tanto como á su sagacidad. Allí encontró á Alambert, y á Monier; y no fue efecto de la casualidad, sino de la simpatía.

Parecióle que habia decaído considerablemente la metafísica de

la estimacion que logró en el siglo antecedente ; y que se la reputaba como un mero juego de la imaginacion.

El mismo Malebranche , aquel filósofo divino , apenas tenia discípulos bastante valerosos para oponerse á la moda , y ser adictos á él. Procuró saber la causa , y reconoció que un sistema que lo dedique todo á Dios , no podia durar mucho tiempo entre unos hombres que no solicitan sino apartarse de él.

Fue nuestro viagero á la casa del Oratorio , (calle de San Honorato) como al centro de una congregacion en donde la razon fue siempre honrada ; y sobre el sepulcro del mismo Malebranche , exhaló algunos suspiros LUCIDORO , extrañando mucho que un hombre tan digno de vivir siempre , no tenia ni epitafio ni mauseolo.

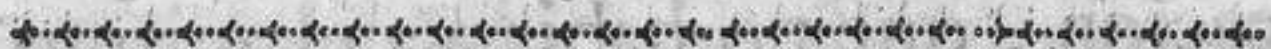
La Abadía de San German des-Prés no ofreció á su vista ni Mabilloles , ni Martenes , ni Mántfau-

cones ; pero siempre poseedora de Escritores , le mostró hombres eruditos , que reparten con sus cohermanos de la casa ó monasterio de los Bernardos el honor de trabajar para nuestro siglo , y para la posteridad : y asegurados de vivir en todas las edades , parece que no viven en esta.

Notó , sin embargo de su aplicacion , que no habia ya el mismo fervor en los estudios profundos , y que con el pretexto de no disiparse , se malograba la vida en la indolencia y disipacion. Examinó algunas obras , que se decia ser originales , porque ya no se leen las fuentes , y demostró claramente , que no eran sino copias.

El Frances siempre ha estimado menos la ciencia que el ingenio , aunque la Francia ha tenido sabios en todo género. Mas quiere hacer un epigrama , que una disertacion ; errar en la Geografia , que omitir una agudeza. La chanza , ó una

chufleta le saca siempre de cualquiera embarazo ; y á disgusto de un menosprecio grosero , todavia logra burlones en su favor. Lo que hai de bueno en esto es , que no se enoja porque le digan la verdad: él se burla de sí mismo en la comedia , y lee riéndose su propio retrato.



CAPITULO XXIII.

De las Artes.

Despues de haber visto diferentes talleres , convino LUCIDORO en que los franceses tenian aquellos golpes maestros tan conocidos entre los Italianos , y por los cuales un pintor ó un escultor se eleva sobre las reglas , y no se asemeja sino á sí mismo. Se puede juzgar de esto por lo que manifiestan las

pinturas de Louvre. No hai espectáculo que mas interese.

Cualquiera que no sabe sino imitar es ignorante ó tímido; y aquel es siempre imitador que teme usar de aquellos nobles extravíos que demuestran el genio.

Sin embargo, nuestro filósofo habria estimado mucho mas que se aplicaran los franceses menos á la gentileza que á la hermosura; pero es difícil hacer que escuchen á la razon los Parisienses sobre este artículo. Lo elegante, segun sus ideas, supera á lo magestuoso.

Notó que eran escelentes en el arte de grabar, y que en esta parte el Frances era único. Les da á las estampas una ternura y delicadeza, que no conocen los Holandeses, ni los Alemanes, ni aun los Italianos. Sus obras demasiado secas se resienten de una cierta aspereza que parece las domina.

En cuanto á la Arquitectura, le pareció demasiado desnuda. Por

desviarse de lo gótico que abundaba de adornos supérfluos, adolece de un género demasiado sencillo. Además de esto los edificios de Francia son siempre muy chatos, pero en despique de esta falta se dedican á hacerlos muy cómodos: lo que han descuidado mucho las demas naciones.

La joyería y platería le pareció inferior á la de Inglaterra: aqui se gasta una flema, que les da lugar de perfeccionar sus obras. El Parisien precipita demasiado su trabajo, por una ligereza que le es natural y no puede corregirla.

LUCIDORO puede ser que hubiera hallado gusto en la música francesa, pero le habia enamorado tanto la Italiana, que estaba todavía muy lleno de sus hechiceras cadencias. Esto fue lo que dijo á algunas personas que le reprendieron la indiferencia que mostraba por la ópera.

CAPITULO XXIV.

Del lujo.

Tanto el alma de LUCIDORO, como sus ojos padecian mucho al ver la magnificencia de los equipages, vestidos y muebles. Los tocadores eran tiendas de joyería; los guardaropas almacenes de telas y encages; los cuartos, ó estancias, templos; las salas altares, en donde los ricos recibian adoraciones, y representaban papel de deidades.

¿Dónde estoi yo? decia frecuentemente LUCIDORO, ¿si volverá la sencillez á dejarse ver en la tierra? ¿y aquel siglo, que se llamó la edad del oro, porque no se conocia entónces, no ha de volver jamas?

Por todas partes se oia el estrépito del cincel y del martillo; y la

noche misma no bastaba para complacer á la aceleracion de los que hacen construir casas soberbias. Las calles no ofrecian á la vista, sino maderas que se pulian, y mármoles que se serraban. Se amontonan altos sobre altos, como si se pretendiera hacer un murallon contra la muerte.

Todos los muebles antiguos se desechaban como objetos enojosos; y lo que la moda inventaba mas nuevo, era la nota ó señal del buen gusto. El comercio lo padecia, en vez de ganar, porque no se pagaba, y las quiebras y bancarrotas se multiplicaban.

La mesa correspondia al lujo de los muebles y montones de lacayos, vestidos con todas las libreas del fausto, estaban á las puertas de las casas como muestras del lujo y de la vanidad.

LUCIDORO dijo algo sobre todo esto. El tiene derecho de hablar, pero le falta el de hacerse obedecer.

cer. Unos convinieron en que sus reflexiones eran juiciosas : otros se burlaron de ellas , y las cosas continuan su derrota.

Sucedde con el lujo lo que con los rios : él lleva la abundancia , pero ha de ser no inundando las tierras por donde pasa. Y asi es preciso oponerle diques , cuando se juzgue prudentemente. La exactitud de las proporciones produce la riqueza de los estados.

CAPITULO XXV.

De las Bibliotecas.

La Biblioteca del Rei satisfizo ampliamente la curiosidad en Lucidoro. Encierra en sí una multitud de manuscritos , que solo se confian á personas distinguidas por su ciencia y probidad. Es el mas ri-

co depósito de la Europa, exceptuando el del Vaticano.

Vió todas las demas Bibliotecas notables, como maestro que juzga sanamente de las obras, y en la Abadía de Santa Genoveva contempló el buque, registró las medallas, y quedó mui contento con la conversacion del Bibliotecario, y aun la anotó, que es cosa que merece atencion. *La razon no toma el lapicero casualmente.*

No pudo dejar de reir al ver unos personages nuevamente enriquecidos, que sin la mas leve tintura de las ciencias se daban aires de biblioteca, como pudieran de una narangería. (*) *Todo hasta las ciencias, paga feudo al lujo.* Los libros no pueden presentarse ya, si no van adornados con el mas hermoso tafilete, y el mas elegante

(*) Los franceses llaman *Orancerie* al edificio ó cobertizo en que encierran los naranjos que crían sobre tiestos rotantes.

dorado. Nuestro filósofo estimaría que estuvieran mas sencillamente encuadernados, y fueran algo mas bien leidos.

CAPITULO XXVI.

De los colegios.

Notó en ellos algunos egercicios que alabó, y otros que condenó. *Esta es la suerte de los establecimientos, no poder arribar á la perfeccion.* Aplaudió mucho la eleccion de los Autores Griegos y Latinos que alli se explican: el celo, y cuidado en discurrir sobre las reglas y proporciones de los diferentes generos de literatura, conforme á los principios de Horacio y Boileau, sobre la imitacion de la bella naturaleza, que se inspira á los discípulos segun las lecciones de Rollin, y Batteux: manifestó su deseo de que

se insistiese algo mas sobre la union ó conjunto de la Geografia, Cronología é Historia Universal. Pero supo con gran complacencia que habia una obra nuevamente impresa sobre la Geografia de Virgilio y Ovidio, con cartas mui exactas: obra que, agregada á otras muchas y escelentes, contribuirá para dar ideas puras sobre las posiciones de los lugares, y sobre las revoluciones de los pueblos. LUCIDORO se sintió tocado de la magestad, y de la decencia del oficio divino, y de las instrucciones de la moral cristiana en lo interior de los colegios: admiró el grado de perfeccion adonde llegaban alli las altas ciencias. La Lógica y Metafisica no son sino disertaciones sobre lo que han producido los hombres mas grandes, mas hace de un siglo: no se habla alli sino históricamente de las quimeras de la filosofia antigua, que ya se van aniquilando por sí mismas. La fisica especulativa y espe-

rimental nada deja que desear. Las matemáticas elementares, y transcendentales se tratan con una emulacion singular.

Asistió LUCIDORO en el colegio Mazerino á una conclusion sobre dichas ciencias en toda su profundidad: la defendia un jóven de edad de diez y ocho años, llamado Le-Gendre, formado por M. Marie, catedrático de matemáticas en dicho colegio. La Academia Real de las ciencias, á quien estaba dedicada, la honró con su presencia, y con preguntas mui sublimes. Esta compañía no creyó comprometerse, concediendo al jóven sustentante seis votos en la eleccion de un nuevo académico para ocupar una plaza vacante.

LUCIDORO convino en que la educacion estaba tan bien dirigida en el cuerpo de la Universidad quanto es posible, ya sea respecto á la religion; ya sea respecto á la literatura y ciencias. Los que dan

planes nuevos sobre la educacion, nunca han frecuentado este illustre cuerpo: los que le han frecuentado, nada han tenido que añadir á los escritos del Sabio Rollin, antiguo Rector y Catedrático jubilado en aquel célebre y antiguo Liceo. LUCIDORO hizo que se conviniese en que la educacion pública es preferible á la educacion particular: la irregularidad de esta en cuanto á las materias y á las horas, la falta de comparacion y emulacion, la imposibilidad de adquirir la experiencia de los demas hombres, de apropiarse las ideas, y modos de los buenos talentos con quienes se trata, las compañías tan frecuentes en las familias, un bienestar constante, enemigo del cultivo del entendimiento, y del corazon, caricias demasiado abundantes, privacion de los buenos egemplos de su edad, de los que se conserva la memoria toda la vida, hasta en los estravíos, las instrucciones repeti-

das por diferentes maestros, sobre unos mismos asuntos, el deseo de esceder á los de su edad: todo concurre, dijo LUCIDORO, á que se prefiera la educacion pública á la particular. Tapóle por último la boca á un contradictor con el desafio de que citase entre mil un sabio en algun género, que no hubiese hecho otros estudios que los de su casa.

Juzgó LUCIDORO que seria necesario colocar un colegio en el cuartel de San Antonio, y otro en el de San Honorato: pues estaba demasiado distante de estos dos arrabales el pais latino.

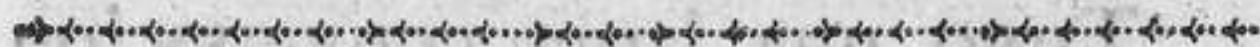
Las escuelas de medicina cirugía tuvieron parte en los aplausos que dió LUCIDORO. No se dejan llevar allí por el torrente de la moda, ni de la opinion: se respeta á la experiencia como al principal Doctor, y se estudia en las mejores fuentes.

Por lo que pertenece á las es-

cuelas, no pudo comprender cómo en un reino tan ilustrado, se contentaban con una asistencia de algunos dias, con una conclusion sostenida ligeramente, cuando se trata de hacer á un sugeto capaz de ocupar un empleo importante. No causa menos admiracion que se trate con descuido, y negligencia el estudio del Derecho Canónico, y que en la Europa solo los Italianos y Alemanes se aplican con celo. Sin embargo, es preciso convenir que las conferencias particulares, y mui frecuentes suplen abundantemente los estudios clásicos.

Parece que no aprobó **LUCIDORO** la multitud de Universidades, que se tocan unas con otras. Hubiera deseado que no se llenasen las conclusiones con los nombres de los sofistas modernos; pero la necesidad de aprender á impugnar sus paradojas absurdas, le pareció que justificaba suficientemente esta conducta. Efectivamente vivimos en

una edad en la que es inevitable hallarse en estado de refutar á los sofistas , y á los impíos : un jóven, aunque fuese instruido , se hallaria mui embarazado , si hubiera de resolver repentinamente objeciones que nunca habia oido.



CAPITULO XXVII.

De las academias.

Las academias tuvieron gran complacencia: en que las visitase LUCIDORO : todos notaban que eran celosas para merecer su voto : ellas lo obtuvieron, porque lo merecian.

Se leyeron algunas disertaciones llenas de investigacion y juicio.

Si la academia de las ciencias, sondeando á la naturaleza , no adivina siempre á gusto de los deseos, es porque está cubierta con un velo y con el que su autor hace

que alguna vez sea impenetrable. La de las inscripciones y bellas letras, parece alguna vez que trata materias supérfluas; porque no se entiende á que la historia del mundo es un punto, y que las cosas, al parecer las mas pequeñas, se refieren á ella.

Tuvo una larga conversacion nuestro filósofo con el abate Barthelemi, y quedó admirado al oirle.

En quanto á la academia francesa, podría enriquecer la lengua con muchas palabras nuevas, y darle los diminutivos que necesita para evitar aquella abundancia, ó mas bien repeticion de epitetos, que se traen á juego cada instante; pero *el uso es un tirano.*

Esto dijo LUCIDORO, y todos se alegraron de oirle, aunque no se dió á conocer sino por un extranjero.

En vano intentaron darle el título de Sócio. *La razon es de todas las academias, sin desposarse con*

ninguna. Las sociedades tienen un espíritu de comunidad, ó cuerpo que oprime la libertad de pensar.

CAPITULO XXVIII.

De la Sorbona.

Al verse en medio de los Doctores, dijo nuestro viagero, aqui es donde el alma se desprende de la materia, asciende á su origen, y reconoce la escelencia de su principio y destino.

Se defendió una conclusion en su presencia para probar que la razon va de acuerdo con la fe en las verdades del cristianismo. No podia LUCIDORO dejar de aplaudirla. Sabe lo que hai en esto mucho mejor que todos los ingenios de moda, que pretenden neciamente defender, que es hacerse falto de razon creer los misterios de la religion.

Preguntó si se multiplicaban demasiado los Doctores ; si seria mas conveniente que se graduaran menos , á fin de hacer mucho mas respetable el grado de Doctor. Se le respondió de un modo satisfactorio , y no insistió mas. *La razon sabe ceder.*

Vió que no se habia proveido bastante para la subsistencia de los Doctores , que residen en la Sorbona , y que debian tener á lo menos la suerte de los religiosos que mantiene una comunidad.

Mostráronle una biblioteca estimable por la eleccion de los libros. La antigüedad es autentizada por los manuscritos. Tuvo mucho deleite al ver que se ojeaban con frecuencia. Todos los ramos de la teología , y la ciencia de las lenguas relativas al texto sagrado , se cultivan con esmero. Hai alli profundos físicos y matemáticos. La Iglesia y la casa, monumentos de la gloria del Cardenal de Richelieu, y

dignos de tener en su centro el suntuoso mausoleo de su eminencia, le llamaron la atención, casi lo mismo que los de Italia. Los miró con aquellos ojos que no ven sino cosas grandes, y que jamás se engañan al apreciarlas.

Parecióle á nuestro filósofo ir desde allí á oír un sermón. Le acompañaron á una Iglesia á donde iban muchas gentes como al espectáculo, y con la misma disipacion y estrépito. Dejóse ver el predicador, y con un discurso elegantemente superficial dió á entender á LUCIDORO que se habia perdido el gusto de los Bourdalouves y Masiñones. Tuvo algunas conversaciones con prelados y curas, que daban á entender innegablemente que el Clero de Francia ha tenido siempre hombres tan virtuosos como sábios.

CÁPITULO XXIX.

De los establecimientos.

La escuela militar mereció el voto de LUCIDORO, por ser fundacion que ensalza á la Magestad Real, y honra la humanidad. *Halló aquel orden en que se deleita la razon, y sin el qual no hai cosa sólida.*

Nunca tocarán la raya del exceso los cuidados que se emplearen en la educacion de la nobleza. Además de que ella es la fuerza y gloria de un estado, representa antepasados que se distinguieron con acciones ilustres, cuya memoria es siempre preciosa.

Las lecciones de la escuela militar corresponden á su disciplina. Hai la mas dichosa emulacion entre los oficiales y profesores para

hacer que fructifique la virtud, la ciencia y el valor. Los discípulos que allí se forman se dan á conocer por su mérito, luego que salen al mundo. No se tarda mucho en conocerlos, y en hacer justicia á la vigilancia, y á la sagacidad de la persona que preside á tan brillante educacion. LUCIDORO sintió saber que la proteccion, mas bien que la indigencia, eran las mas veces título para ser admitida.

Estas reflexiones no desviaron de los ojos de LUCIDORO aquel aire de grandezá que ofrecen los edificios y los paseos de los inválidos. Se paseó por allí como por un sitio ricamente hermoseado de lo que la arquitectura tiene de mas noble é importante.

Quiso despues visitar por sí mismo los diferentes cuerpos que componen la casa del Rei. Sus cuarteles son otras tantas academias, en las que se hacen los egércicios con la mas escrupulosa exac-

titud , y con la mayor destreza. Todos se ocupan alli seriamente en los mejores medios de servir á la patria y distinguirse.

Vió con la mayor complacencia entre los mosqueteros , los caballos ligeros , y los guardias del Rei , y las gentes de armas , sugetos de grandes esperanzas , que leian libros sólidos , y que despreciaban las obras frívolas.

La disciplina de las guardias francesas fue un espectáculo admirable para LUCIDORO. No era ya un cuerpo derramado por París , y gozando de una escesiva libertad , sino un regimiento , que distribuido en diferentes alojamientos tan decentes como bien contruidos , se distingue por su talento y aplicacion , y produce tambien soldados que componen obras sólidas.

Basta la actividad de un comandante celoso para hacer que florezcan las virtudes militares. *El buen orden entre las tropas supera*

al número : él es el alma de los egércitos , y el medio mas seguro de vencer.

Díjoles LUCIDORO á los gefes, que seria conveniente que cada cuartel , lo mismo que cada alojamiento , tuviera una biblioteca relativa á las personas , y que hubiese en ella particularmente libros de historia , y del ministerio militar. Esto estimula á los militares , al mismo tiempo que les instruye , y evita la ociosidad , que es el mayor de los males para el soldado, lo mismo que para el oficial.

La manufactura de las tapicerías mereció la atencion de nuestro viagero: fue allá , y despues de haber observado la hermosura de las obras que alli se trabajan , y que parecen menos formadas al aguja que al pincel , se sorprendió al ver que las gentes ricas preferian para sus muebles telas de diversos colores ; pero nadie ignora que la moda en su concepto nunca se engaña.

Lleváronle al taller donde se trabaja el alabastro, del que se ha descubierto una mina poco tiempo hace. Se hacen de él platos, bustos, candeleros y vasos, cuya transparencia y venas hace el mas bello efecto; pero la moda todavia no los ha acreditado, aunque muy bien merecen adornar palacios y gabinetes. Necesitan que un hombre de Corte les muestre algun afecto para darles estimacion, y entonces no será hombre del buen tono, esto es, de gusto, quien no procure tenerlos. Se sabe que en Paris es mucho menos la escelencia de las cosas, que la moda, la que les da valor; y que hai tambien talentos de quienes no se hace aprecio, sino porque tienen la fortuna de agradar á las personas, cuyo voto decide el gusto. Entonces un artista ó cualquiera artífice, debe aprovecharse del momento; porque á poco que se retrarde malogra su fortuna; y es

que otra nueva moda la hace olvidar.

De aquí es que no hai gentes mas hábiles que los parisienses para aprovecharse de las circunstancias: ellos sacan al público inmediatamente todo lo que tiene relacion con algun acaecimiento. *Las mayores ridiculeces se aprecian por el mérito de la novedad.* Un libro, una estampa y una pintura jamas dejan de hacer fortuna cuando la moda las protege. Todos quieren haberlos, y todos dentro de pocos dias se disgustan.

LUCIDORO se divertia viendo estas extravagancias. *Mas de una vez han hecho reir á la razon las locuras de los hombres.*

Fue á la fábrica de los cristales, que creyó valia tanto como la de Venecia; y á la de la Porcelana que juzgó superaba á la de Sajonia, por el dibujo, por la variedad de los colores, y por la vivacidad; pero en quanto á la mate-

ria la halló menos apta para resistir la actividad del fuego. Hai pocas porcelanas que se diferencien enteramente del vidrio.

Quiso examinar tambien los restauradores , aquellos albergues elegantes que ha fundado la moda, y le costó bien caro el ser curioso, sin haber podido cenar. Los manjares que alli se sirven , casi no tienen mas consistencia que el rocío.



CAPITULO XXX.

De la policia.

A esta la reconoció LUCIDORO por obra suya. El respetable Magistrado , á cuyo cargo está el velar para la seguridad de Paris , no podia pensar cosa mejor. *La razon ve las cosas sin engaño.*

Efectivamente no hai cosa mas admirable que este órden ; que es-

parciéndose desde una estremidad de la Capital hasta la otra , se hace sentir en todas las plazas , y en todas las casas ; y á pesar de la multitud inmensa de gentes de todas naciones , y de todas clases , conserva la tranquilidad. Todo un mundo no es mas que una familia , y la noche un dia prolongado. En los cuarteles y barrios mas solitarios , vela , y lo ve todo la policia.

LUCIDORO quiso saber las individualidades , que son infinitas , y no obstante los abusos ; que son inseparables de una confianza , que es preciso necesariamente hacer de unas espías despreciables , convino en que no habia cosa que fuese mas prudentemente ordenada.

Una ciudad inmensa , en la que las pasiones estan tan diestramente suspendidas : donde el malo , digámoslo asi , se ve forzado á ser hombre de bien ; y donde el fraude , y la usura necesitan ocultarse

en las tinieblas , forma una pintura verdaderamente digna de admiracion.

Sin duda , es imposible que alguna vez no se hagan fraudes contra la religion de los Magistrados por dependientes subalternos , que abusan de sus empleos para vejar; pero apenas se conoce este mal en Paris , se castiga severamente : *No hai pais en el mundo en el que la calumnia no use alguna vez el lenguaje de la verdad.*

Siempre será verdad decir , que es mui agradable para un ciudadano no temer inquietud alguna , respecto á su fortuna , ó su vida: poder dormir en paz , sin otra muralla que vidrieras entre él y el público.

Esto hace la policia , y lo que debe merecerle nuestro reconocimiento á cada instante. *Nadie se halla á la mañana con su misma hacienda , sino porque ha estado de centinela la policia.*

Ella ha sido la que ha puesto todos su cuidado en aquellas noches obscuras en que la luna está distante de nosotros. Paris que entonces se parecia á un bosque sombrío , ya no queda sin luz , gracias á los faroles. Débese este favor á los reverberos , que con muchas economías dan mucha luz : débese tambien á las escuelas gratuitas del dibujo. En cuanto á aquellos vagos ó aventureros que cobran contribucion de la ciudad , estafando , ó robando en el juego , ya sea abusando de la buena fe de los mercaderes , no se tarda mucho la policía para conocerlos , reprimirlos , ó precisarlos á llevar á otra parte sus funestas maniobras. Toma las señales y nombres de sus personas , facultades y fingidos negocios , y de su patria , y sabe librar la Capital de ellos : y ademas de esto evita que semejantes hombres se hagan pícaros , y por consiguiente infelices. Alguno que fi-

naliza sus dias en Paris en los horrores de un suplicio, puede ser que hubiera tenido un empleo honesto si hubiera vivido en cualquiera otra parte. Aqui se verifica aquel antiguo proverbio , que *la ocasion hace al ladron.*

CAPITULO XXXI.

Del parlamento.

LUCIDORO fue por grados hasta llegar á aquella Corte magestuosa, que retrata la dignidad de los Reyes, y es depositaria de su autoridad.

Viendo las operaciones de los ilustres Magistrados , cuyo celo es igual á su sabiduría, reconoció que se hacia un buen uso de las luces y consejos de la razon.

Las conferencias que tuvieron con nuestro filósofo terminaron en un mismo objeto. *Nada está mas*

cerca de la razon que los hombres de tal mérito. Confesaron que los Presidiales no tenían ya el aprecio, ni lograban la consideracion que merecen; y que la multitud de los negocios llevaba tras de sí dilaciones que arruinaban á los pleiteantes, que conyendria mucho se acortasen procesos y gastos, y que se formase un nuevo código. *Hai mudanzas que son necesarias.*

Se desaprobó de comun acuerdo la temeridad de algunos abogados, que se exhalan en invectivas, y que creen hacerse famosos siendo satíricos, y aun desvergonzados: se convinieron en que un memorial en derecho, que tiene aire de libelo, merecia ser quemado, y la execracion del público: que la elocuencia del Foro no debe asemejarse á la de las Academias: que un Magistrado, como revestido de una especie de Sacerdocio, nunca se tendrá por nímio en la reserva de sus discursos, y

de sus acciones. Todo hombre público, sin ser jamas dependente, debe siempre representar su cargo. *La decencia es la mas bella decoracion de las dignidades.*

Todos deseaban saber quién era aquel viagero tan juicioso, y tan ilustrado. Ya le tenian por un sábio que solicitaba conocer á los hombres; y ya un enviado de alguna Potencia estrangera que estaba incógnito. Nninguno podia sorprenderle en lo que decia: sus conversaciones todas estaban sazonadas con la sal de la prudencia, y no tenían cosa alguna de prevencion ni altanería.

Los Magistrados no acertaban á separarse de él: *se dan á conocer en el mérito, y se aman singularmente la ciencia y la verdad.*

“Hace mas de sesenta años, le
„dijo un docto jurisconsulto, que
„consagro mis dias y mis noches en
„servicio de mis conciudadanos.
alli como en su esfera; porque,

„ Yo empleo toda la noche en pro-
„ curar sus intereses : me levanto
„ mui temprano para poner toda
„ mi atencion en ellos , sin otra
„ ambicion , que cumplir con mi
„ empleo. El militar da su vida
„ por la patria , y alguna vez este
„ sacrificio es solo negocio de un
„ momento ; pero yo sacrifico la
„ mia todos los minutos , priván-
„ dome de todos los placeres , des-
„ truyendo mi salud. El estudio
„ me transformó en esqueleto des-
„ de la edad de treinta años. Mi
„ cuerpo , al que trato con despre-
„ cio , se acomoda á mi modo de
„ pensar , y mi alma , á quien yo
„ estimo mas que á todas las cosas
„ (despues de Dios) me sirve con
„ fidelidad.

„ La gloria de socorrer á la
„ viuda , y amparar al huérfano,
„ me desagravia de todas las penas
„ y disgustos. Yo no espero sino
„ una muerte dichosa en recom-
„ pensa de todas mis fatigas ; este

„ es todo el galardón que apetezco:
„ la eternidad será bastante dilata-
„ da para mi descanso.

„ Aunque siempre he vivido
„ en la mediocridad, yo les dejo á
„ mis hijos el mas rico patrimonio,
„ en un amor increíble por el bien
„ público, y en una perfecta indi-
„ ferencia por los bienes de esta vi-
„ da. Yo deseo con el ardor mas
„ vivo que ellos se consuman como
„ su padre en servicio del estado.
„ *Solo aquel es grande, que es útil.* „

La razon dió estrechísimos
abrazos á este venerable intérpre-
te de las leyes, que bien merecia
esta afectuosa distincion.

CAPITULO XXXII.

De las etiquetas.

LUCIDORO no pudo dejar á Paris sin observar que los franceses, aunque los mas desenfadados, y amigos de la comodidad, dependen, esto no obstante, de una multitud de sujeciones. Su amor de la libertad se halla oprimido por un poco de vanidad. Observan una atencion nímia en calcular si *Monsieur*, ó *Madama* se han de poner entre líneas, ó á un lado cuando escriben á alguno, y si el *tres humble*, ó *tres obeissant serviteur* está demasiado cerca, ó mui lejos de las últimas palabras.

No son menos delicados y escrupulosos en cuanto á las reverencias. El mas pequeño comisio-

nado , ó recetor pleitea hoi dia sobre el modo de acompañar y saludar. Todos temen comprometerse si son demasiado corteses , como si hubiera algun riesgo en mostrarse un hombre cortes y honesto.

Se reía de veras LUCIDORO al ver unos hombres que no se acercaban á otros sino mesuradamente, y que hacian con mucha tasa las inclinaciones de cabeza , y el movimiento de los pasos. *El aire sombrío y adusto es necesario efecto del lujo* : cualquiera se cree un gran personaje cuando lleva diges y encages. No hai cosa mas acomodada para los que no tienen mérito alguno ; porque los que le tienen, yo no creo que jamas puedan ser vanos.

Hai cortesías de proporcion, que sin duda deben observarse; pero se padece un grande engaño cuando se hacen con demasiado escrúpulo: la etiqueta causa tambien sujecion á la Corte , aunque está

aunque es hija de la grandeza, es madre del enojo.

Concluyó LUCIDORO sus observaciones sobre la Capital, viendo á San Dionisio, aquella célebre abadía, depositaria de las cenizas de los Reyes. Era mui digno de la razon hacer objeto suyo aquello que absorve y confunde en su centro todas las grandezas humanas, despues de haber contemplado tantos objetos embelesadores. Le enseñaron mausoleos que le escitaron el deseo de los de Enrique IV, y Luis XIV, pues no los tienen. Este es un tesoro del que no se habla, visto el de Loreto que se aprecia en sesenta millones.



CAPITULO XXXIII.

*Recorre Lucidoro el estado de Orleans,
y el Blaisois.*

La ribera del Loire sucedió á la del Sena , punto de vista el mas idóneo para consolar á un viagero que deja á Paris. Por todas partes se ven colinas , y prados encantados y embelesadores ; en los que, de trecho en trecho , descubre la vista casas de campo , y ciudades hechiceras por su situacion.

Despues de haber pasado por *Estampes* , ciudad formada de posadas , y de una latitud sin fin , insensiblemente se halló LUCIDORO en medio de *Orleans*. Esperaba hallar alli aquella urbanidad que supone la vecindad de Paris ; pero conoció que el comercio y negociacion esparce en ella un aire de

rudeza , con la que no se avienen los extranjeros , y esto mismo le afirmaron los moradores. *Las personas de juicio se convienen facilmente en confesar sus defectos.*

Conversó con algunos sabios, cuyas nociones no eran superficiales. (Los naturales de *Orleans* hablan con agrado y sin violencia), y se complació igualmente con el Presidial ó Juzgado de Alcaldes , y la escuela del Derecho. En cuanto al comercio es mui activo en aquel territorio : muchos millares que en él se giran son la prueba.

Cuando le digeron que la Biblioteca de los Benedictinos era pública , preguntó ¿que por qué en las demas ciudades no hacian ellos el mismo servicio á la sociedad , unos sugetos que tienen siempre entre ellos hombres sabios y eruditos?

La Catedral , monumento que merece la atencion de los curiosos, le pareció mucho menos hermosa

dentro que por defuera. Las obras exteriores tienen una noble delicadeza que escita la admiracion. El honor de concluir este edificio parece que se reservó para M. De Jarente. Es inmortalizarse coronar semejante obra.

El Mallò llamó la atencion de nuestro filósofo. Es mui hermoso, bien que inferior á lo que dicen de él los moradores de Orleans, que son algo ponderativos en favor de su ciudad, la que deberian al menos iluminarla de noche. La policia no es alli mui vigilante, pues mui raras veces se barren las calles.

El puente fue examinado como el mejor testimonio, en alabanza de los ingenieros de puentes y calzadas; este puente espone á la vista de todos los viageros los talentos y sabiduría de los que le han construido, y da á conocer cuán útil es para el estado una igual compania.

Al mirar los jardines que rodean á Orleans , se creerá que este pais merece mejor que la *Turena* ser llamado *el jardin de la Francia*; pero el decir esto seria ir contra el uso que asi lo ha determinado. *Cualquiera que se opone á la opinion , pasa plaza de extraordinario.*

Atravesando LUCIDORO por *Cléry* , no se olvidó del sepulcro de Luis XI. Vió retratado alli aquel Monarca de rodillas , delante de una imágen de la Vírgen , como un suplicante que pide perdon de las muertes que hizo , ó el permiso de hacer otras muchas mas ; porque esta fue la manía de este Príncipe , tan cruel , como supersticioso , segun nos le representan las Historias.

Blois , recomendable por su situacion , y mucho mas por la cortesía y urbanidad de sus moradores , parece que convida á los extranjeros á permanecer alli. El pueblo es honesto , habla bien , y

halla en su industria el medio de dar valor á diferentes bagatelas que se venden mui caras.

Es gran lástima que el juego, como en otras muchas partes, destruya allí las sociedades, el juego que fue solo instituido para diversion y entretenimiento. Allí no se juntan, por lo comun las gentes sino para manejar naipes; y el talento que en esta ciudad tendria mucho juego, por ser mui vivos los naturales, apenas tiene tiempo de proferir algunas palabras.

Algunas personas que se desvian del torrente de la costumbre, hicieron compañía á LUCIDORO. Pasaron el tiempo en discurrir y pasearse por los terrados de la Catedral; en donde se logra la mas bella vista, que puede llamarse el triunfo de los ojos.

El palacio que solo acuerda memorias consignadas en la Historia, dió motivo de hablar de los Guisas, de su ambicion y de su fin

trágico. Los palacios, al cabo de algunos siglos, solo sirven para probar las revoluciones de la fortuna y los estragos del tiempo. Por último vienen á ser morada de un Conserge, y retiro de mochuelos.

Se observó que una yerba tan sutil como la seda producía la crema del país, aquella crema tan deliciosa como celebrada. Nada se escapa de la vista de un hábil viajero.

Se esparció por las cercanías, donde halló personas que habian leído cosas malas, lo que fue para LUCIDORO un suplicio. *Hai gentes para quien las buenas, y aun las mejores lecturas son venenos.*

Las nuevas manufacturas de *Amboise*, establecidas con los mas favorables auspicios para el surtido de las tropas, y bien del Estado, no pudieron dejar de interesar á nuestro filósofo. Han hecho renacer aquella ciudad que necesitaba este socorro.

Es, sin duda, una de las partes mas importantes de un gobierno, saber establecer manufacturas, donde conviene, ya sea en cuanto al número, ó ya en cuanto á la situacion. Se aniquilan si estan mal situadas, y despueblan las campiñas, y se perjudican recíprocamente si son mui abundantes ó multiplicadas. *El talento de combinacion es el norte de un Estado.* *Cchantelou* mereció el aprecio de LUCIDORO como una morada hecha para la admiracion.

CAPITULO XXXIV.

De la Turena, Vendomois y Chartrain.

T*ours*, aquella ciudad, que de ningun modo corresponde á la hermosura de sus cercanías, tiene al-

go de melancolica y desmayada: esto proviene segun el Taso del temple del aire, y de la ternura del suelo. Nadie se ocupa, ni aun en los medios de levantar un comercio que está cercano á su decadencia. No hai en todo el territorio diez casas que tengan el valor de cuatrocientos mil francos ó pesetas.

Con todo, LUCIDORO se admiró de las numerosas plantaciones de moreras, y contrajo algun conocimiento y conexion con jueces y negociantes mui ilustrados. Creyó que algunas ferias con franquicias darian seguramente nueva vida al pais. Confirió este asunto con personas que se complacieron con este proyecto. *Sucedde con las ciudades lo mismo que con los particulares, es preciso estimularles, y ponerles en movimiento cuando les acomete la parálisis.*

“La emulacion es lo que nos „falta, le dijo un hombre instrui-

„do ; aqui se aprecia mucho la me-
 „sa , y se descuida el talento , que
 „seria apto para todo si hubiera
 „valor para cultivarle. El natural
 „de Turena para medrar necesita
 „ser trasplantado : en quanto á lo
 „demas nosotros somos buena gen-
 „te , las familias viven aqui con
 „mucha union ; y si nos enlaza-
 „mos ; esto parece ménos obra
 „del corazon , que de la buena
 „educacion , y esto mismo las ha-
 „ce mas durables. „

Reconoció nuestro viagero que las costumbres se resentian efectivamente de la benignidad del clima ; pero notó que se les hacia mucho favor á los Turenenses en llamarles *risueños* ; aunque no son tristes , ni se inclinan mucho al espíritu y talento de los estrangeros, los reciben siempre con mucha cortesía. En las demas Provincias se prefiere el hombre que juega al hombre que sabe : ademas de esto *el saber es por lo comun un título,*

mas bien para ser temido , que para ser buscado.

Las mugeres del estado de Turrena le parecieron á LUCIDORO mui amables ; tienen una modestia natural que destruye todo afeite.

Quedó mui admirado de no hallar sino un Escritor en la clase de los eclesiásticos ; esto aun siendo numerosos ; bien que apreció mucho mas verlos aplicados á cumplir con su obligacion , que en andar la carrera de Autores. *El estudio suele ser obstáculo de la regularidad.*

Fiió particularmente su atencion en la Iglesia de San Martin, monumento respetable por su antigüedad , pero no tan frecuentado como en otros tiempos. *La devocion decae cuando envejece.*

Tuvo mucho gusto en oir los elogios del Señor Arzobispo (M. Fleury) , y del señor Intendente (M. Du Cluzel) , tanto mas , quanto que eran las voces de la verdad.

La adulacion no tenia en ello la mas pequeña parte.

Se paseó LUCIDORO muchas veces con delectacion en un curso, cuyos terrados, árboles y latitud le hacen hechicero, bien que es una bella soledad ó desierto. No se va alli sino los Domingos, y los *dias de tocador y reposo*.

Visitó la abadía de Marmoutier, cuyo edificio es un monstruo de arquitectura; y despues de haber visto una bella Iglesia, una biblioteca y un refectorio inmenso, se fue.

Admiró la industria de los moradores que construyeron casas en las rocas, y se detuvo considerando los diferentes puntos de vista, que se ofrecen por todas partes y que forman los mas deliciosos paises.

Construian entonces un puente, que al parecer era obra de Penelope; pero cualquiera se desagruará cuando vea el bello efec-

to que producirá. Mucho tiempo hace que se hubiera acabado, sino dependieran los artífices de un río tan caprichoso como el Loire, que no hace mas que retardar los trabajos.

El Plesis les Tours, que no es considerable, sino por haber sido morada de Luis XI. le ofreció muchas reflexiones. Le contempló como un palacio, que no serviría hoy para vivir en él un ciudadano. Los años que han pasado desde la muerte de este Monarca hasta nuestros días, son otros tantos escalones por donde se ha remontado el lujo.

El Convento de los Mínimos, que fue á un mismo tiempo la cuna de su Orden, y sepulcro de su Fundador, estando contiguo al palacio de Plesis, le recorrió LUCIDORO sin hallar en él cosa que le interesase.

Aunque nuestro filósofo tenía el color, y el parecer de bien sano, todos querían persuadirle que

se sangrase. Es uso recibido en Tours sangrarse con frecuencia; pero son necesarias muchas razones para persuadir á la razon.

Se le propuso un viage á *Veret*, palacio perteneciente al Duque de Aiguillon, y situado en la forma mas agradable. Aceptó el partido, deseoso de ver un lugar celebrado por *Madama Sevigné*, y recientemente hermoseado con todo lo que tiene la arquitectura de mas noble y agraciado. Allí es donde el Abad de *Rancé* formó el proyecto de reformar la Trapa.

Chenonceau, precisamente habia de escitar su curiosidad, aquel palacio al que un gusto singular colocó en arcos sobre el rio de *Cher*, y que por esta situacion, única en su género, forma un punto de vista maravilloso. Examinó el interior, y sus contornos con una verdadera satisfaccion; pero mas contento en verle, que para habitarle.

Se desengaño de que la Turena no era agradable sino por parte de los rios (bien que tiene cinco considerables que la riegan), y que las frutas, esceptuando las ciruelas y los alvaricoques, no son alli mejores que en otras partes. Quedó mui admirado al ver tantas tierras considerables en poder de particulares con que está decorada esta Provincia: se cuentan á docenas.

Cuando se le mostró *Richelieu*, aquel palacio tan magnífico y tan mal colocado, no pudo dejar de decir, que era un diamante sepultado en el lodo. Alli no hai caminos ni rios por donde llegar á él.

Es preciso que su paso por *Loches* fuese mui rápido, pues le cita LUCIDORO sin hacer la menor reflexion.

Creyó que era preciso visitar la pequeña ciudad de *La-Halle*, como un parage célebre, por haber nacido en ella Descartes, pero

que no da idea alguna de la materia sutil , y de los torbellinos que este gran filósofo imaginó. Después de haber visto el aposento donde nació , y que de ningun modo pudo ser caballeriza , como Voltaire lo afirma (*), á menos que entonces no se acostumbrase hacer subir los caballos al primer alto ó cuarto principal de las casas ; partió LUCIDORO , y llegó al Vendomois por caminos bastante difíciles.

Vendoma , que no se conoce sino por una abadía célebre , y por un colegio distinguido , no le pareció morada indiferente ; pero la

(*) No es esta la primera mentira que propone en su Historia Universal ; pues hace como vanidad de levantar falsos testimonios á las personas , y á los hechos mas respetables , sin otra mira , que para ostentar un talento impostor , y hacer de su vando espíritus tan superficiales y atolondrados como el suyo. Gracias á Dios , ya feneció el Corifeo de la secta de la sensualidad

ciudad aunque cortada por varios canales, no tiene ni un paseo, lo que acreditó que sus moradores son bastante negligentes. Notó que eran bastante agudos, y sobre todo las mugeres, que le agradaron por su conversacion. Es mui lastimoso que la division enagene de cuando en cuando los talentos. *La discordia es el pecado que mas priva en los lugares pequeños.*

Estaban jugando á los naipes cuando llegó nuestro viagero, y no halló otro socorro para pasar el rato, que preguntar por algunas antigüedades del lugar, cuya Catedral es la principal parte. Sus campanarios serian curiosos, si no fueran desiguales.

Recorrió la *Beauce*, que no agrega lo agradable á lo útil. No tiene aparatos, ni aspecto, pero da trigo y crece alli maravillosamente, sin el nuevo método de algunos agricultores. Quiso ver la librería en un convento donde se

hospedó , y hacia ya siete meses que se habia perdido la llave. (*)

Senderos y rutas de travesía le sirvieron de camino hasta *Rennes* , y aqui encontró muchas pequeñas ciudades , y grandes villas y aldeas , en las que mugeres con manteletas de indiana , con lazos de color de rosa y zuecos , presumian tener los aires de *Paris* , afectando un bello leuguage. *La vanidad es la madre de los ridículos.*

(*) No solo en España hai descuidos de esta naturaleza , tambien hai algun mal camino en Francia : digo esto , porque en hablando algunos estrangeros de nosotros , parece hallan su mayor deleite en motejarnos ; y mucho mas en asunto de libros.

CAPITULO XXXV.

De la Bretaña, de la Maine y de Anjou.

La *Bretaña*, aunque unida á la Francia mucho tiempo hace, tiene todavia algunos usos singulares, que le son propios. Esto juzgó **LUCIDORO** desde el instante que llegó allí. Se le introdujo en casa de personas recomendables por su franqueza. Aquella buena fe antigua que insensiblemente ha desaparecido, por hacerle lugar á la astucia y á la superchería, se halla todavia entre los Bretones. Sin embargo, como no podemos tener virtudes sin defecto, se les acusa de ser demasiado vivos.

Le pareció que el pueblo tenia mucho asimiento á la religion, y esto puede provenir de que casi no

lee; porque á poco que se lea hoy, se familiariza uno insensiblemente con malos libros.

Observó que la nobleza era, ó demasiado pobre, ó demasiado rica, y que las fortunas mediocres, entre los caballeros, no eran tan comunes como en otras partes.

Se deleitó mucho con el buen corazon de los Bretones. Continuamente le convidaban á comer: pero disfrutó mucho menos su mesa, que su talento. A nada que se escite la conversacion, y que se trate de algun asunto que les interese, piensan con vigor, y se esplican lo mismo.

Los paisanos le parecieron menos desgraciados que en otras partes, y el pueblo mui alegre. *Es política mui discreta saber divertir al público.*

Notó que era mui extraño, que con el pretesto de dejar dormir la Nobleza y los caballeros, tomasen empleos incompatibles con su con-

dicion; y no se reparó de su sorpresa hasta que pensó, que *acá en el mundo todo es convencion.*

Hubiera querido tener brazo para fertilizar aquellos vastos páramos, donde no se halla sino arena y yerbas inútiles: ve aquí, dijo LUCIDORO, un bello teatro para egercer el celo de los cultivadores; pero la teoría es mas facil que la práctica. *No es menester fuerza, ni dinero para hacer disertaciones sobre el bufete.*

El tiempo que estuvo en Rennes le ofreció ocasion de politicar. Allí todos son instruidos, y buscan con ansia á cualquier extranjero que sabe discurrir (*), sin perder nada de la gravedad. Es muy enojoso el ayre que allí se respira, pues tiene algo de fotor, con el que no todos se acomodan; pero hai desquite en la Sociedad.

(*) No tenemos que envidiar este buen deseo en España. La Sociedad Bascongada, establecida en Vergara (grá-

Los Negociantes de *Nantes* no quisieron dejar que partiese *LUCIDORO* sin introducirle en la casa particular, donde se juntan. Allí se lee, se conversa y se juega, y es un sitio mui cómodo para instruirse en literatura, y noticias del dia. Seria mui conveniente que todas las ciudades de comercio imitasen este egemplo, y particularmente el de dar honor á sus negocios. *Nantes* es una plaza de las mas seguras del reino.

cias al ardiente patriotismo del señor conde de Peña-Florida), nos desagravia en esta parte; pues no solo busca al que sabe, y le visita, sino que á espensas de la Sociedad, no solo se educan jóvenes en cuanto pueda contribuir á su dicha, y á la del Estado, sino que se envian otros fuera del reino á instruirse en aquellos asuntos que necesita la Sociedad para sus mas felices, y gloriosos progresos. Cuando en España sea comun el amor pátrio de Vizcaya, y la tenaz aplicacion de Cataluña, entonces como en otras edades, cantaremos y contaremos muchas victorias.

Aunque no compone sino un todo informe, sus diferentes partes tienen bellezas que contentan al extranjero. El foso es mui irregular para que agrade á los inteligentes. Es una línea de casas desiguales, cuyos balcones son casi siempre desfigurados, por el mucho lienzo que en ellos se cuelga. Se cree al verlo que es el cuartel, ó barrio de las lavanderas. La policía debería cuidar de esto.

Le hablaron tanto de los vientos que retardan los navios, ó los llevan, que creyó estaba en la caverna de Eolo. Esta comunmente es la conversacion de las gentes de mar.

Vió á *Brest* como una ciudad mui notable por su Puerto, y por los oficiales de Marina, que allí se hallan. Gustó mucho de su conversacion, y despues de haber admirado el Coliseo, partió para dirigirse al *Oriente*.

Esta ciudad que no tiene mas

que cincuenta años, tiene el mérito de la novedad; pero ademas de que las casas se resienten en lo interior de haber sido fabricadas aceleradamente, la gente que las habita es de todas las provincias, y por consiguiente de otros tantos genios diversos. Es una Torre de Babel, y el que los une es el amor al interes.

LUCIDORO halló una buena sociedad en *Vannés*, y en *Auvray*, (país agradable, pero para pocos dias) *Quimper*, *Mrolaix*, y *Guingan*, y mui buenos caminos para su arribo. Apreció mucho la franqueza de los Malovines, aunque un poco ásperos á la primera vista.

En la *Maine* halló gentes laboriosas. *Laval*, es una ciudad donde un trabajo continuado concede á sus moradores el derecho de comer: ellos se desempeñan de esta gracia lo mejor que pueden, y no por esto su espíritu es menos desembarazado. Es lástima que los hombres no vivian sino entre ellos,

y que las mugeres, tan oportunas para la Sociedad, esten, digámoslo así, abandonadas. No aprobó este método que tiene resabios de las costumbres góticas; y despues de haber dicho su sentir sobre el asunto, partió de allí.

Llanuras y paisages bastante tristes, sembrados de caballeros y curas (que siempre estan en pleitos) sirvieron de perspectiva á LUCIDORO, hasta llegar á *Mans*, ciudad alta y baja, pero importante por el buen trato. La lengua que allí se habla no corresponde al talento de los moradores. Ellos piensan pronto, y hablan lentamente. Es costumbre entre ellos arrastrar las palabras, lo que molesta al extranjero.

LUCIDORO les reprendió con finura, como á gentes que son finas, que no cultivaban las ciencias sino con mucha reserva, y que con esto sofocaban una semilla que los haria poetas, oradores y físicos. La

pereza hace todos los dias abortar un gran número de doctos. *El talento sirve mui mal cuando no se hace confianza de él.* En vez de abrirse una vasta carrera, se aplica á menudencias y fruslerias ó se egercitta á espensas del prógimo.

Cuando supo que la *Maine* paga la diez y nueve parte de las décimas del reino, pues son tan considerables y multiplicados los beneficios, exclamó: *abate la simonia*; y se lastimó de los pobres curas que no tienen sino quinientas pesetas, y que son vecinos de aquellos cuya renta asciende á diez mil: seria conveniente á lo menos una compensacion. Esta desproporcion verdaderamente es mui irritante. ¿No podrian imponerse pensiones sobre los curas que esceden de mil pesos fuertes, así como se imponen sobre los obispados?

Anjou le representó á nuestro viagero un espectáculo mucho mas risueño que la *Maine*. Despues de

haber considerado la *Fleche*, como una ciudad en miniatura; y su colegio, como una escuela memorable por sus discípulos, por sus edificios, y particularmente por el buen orden que allí se observa, fue á *Saumur*, que aunque es de la diócesis de Anjou, no tiene ni la dulzura, ni la amenidad de los Anjovinos.

Quiso ver los ejercicios de los carabineros, y quedó tan satisfecho, que confesó que las tropas francesas nada tenían que envidiar á las prusianas. Esta era obra del marques de Poyanne, cuyo celo y destreza merecen los mayores elogios.

El puente, y las nuevas casernas le llamaron toda la atención. *Hai objetos que no se pueden mirar con indiferencia.*

Introdugeron á nuestro filósofo en algunas casas que gastan noblemente, y por esto dijo que no habia visto ciudad donde las mu-

sas estuviéran peor hospedadas que en Saumur. Su colegio da miedo.

La Calzada, aquel camino digno de los Romanos, que costea el Loire, desde Orleans hasta *Angers*, y que de distancia en distancia decoran los pomposos monasterios de los Benedictinos, le sirvió de paseo á nuestro viagero. Mui diferente de aquellos hombres frívolos que se huyen lo mismo que los lugares donde estan, descendió muchas veces de la silla en que iba, para saborearse con el placer de ver con la contemplacion mil objetos diversos. Pagaba los postillones porque anduviesen lentamente, así como otros les pagan para que anden con aceleracion. Este es el modo de gozar de lo presente.

Angers le detuvo algunos dias, y los buenos modos de sus moradores le detuvieron mas bien que su sabiduria. Asistió á una sesion Académica, en la que se hizo un grande esfuerzo para contentarle.

Todos decían que LUCIDORO tenía un gusto firme, y no se engañaban.

No les falta á los naturales de Angers sino el ser escitados. Son naturalmente blandos, pero esto se suple con la urbanidad que usan con los estrangeros, y sobre todo despues que han hecho costumbre de convidar mas frecuentemente á comer. *La mesa, libre de ceremonias y prevenciones, es el mejor vínculo de la sociedad.*

Lleváronle á ver la Iglesia de San Mauricio, y vió que era demasiado grande para una capilla, y mui pequeña para catedral, pero es cierto que es mui hermosa, y mui bien adornada; aunque seria mui del caso quitar el enrejado, que ofusca el santuario, y poner solo una balaustrada. *Es mui difícil persuadir á un cabildo.*

El picadero, no obstante la hermosura de sus edificios, no tiene el esplendor antiguo. Los Ingleses no van ya allí sino mui pocos; y

es que son como las golondrinas; cuantos menos de ellos hai en un lugar, van menos allí.

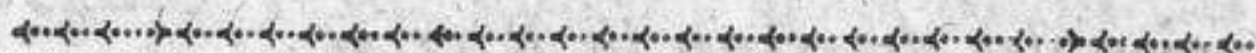
Empeñó LUCIDORO á los capitulares de la ciudad á que finalizaran el colegio; porque seria uno de los mas hermosos edificios del reino segun el plan trazado; pero *generalmente hai mas curiosidad en alojar bien á los caballos, que en dar buen hospedage á las musas.*

Se vió precisado á asistir en las asambleas, donde se juega por mera diversion, y en las que se hacen ámplias colocaciones. Notó que se gastaban con mucha profusion frutas y tortas, como si no hubiera de cenar. Es mui bueno parecerse en algo á los tiempos antiguos; pero la moda ha usurpado ya mucho terreno.

Las escuelas de medicina y del derecho le parecieron bien formadas. Salen de ellas discípulos que valen tanto como en otra parte los maestros, aunque la inclinacion al

placer y al juégo deja mui atras á muchos estudiantes. No aprobó LUCIDORO su pasion á las armas: ademas de que esto hace batalladores, no es este su ministerio.

Le pareció que las Iglesias eran demasiado amontonadas. *Por muchos templos, ninguno es mas devoto; y particularmente en una ciudad en la que las mugeres naturalmente alegres y bonitas, inspiran poco afecto á la devocion.*



CAPITULO XXXVI.

Del Poitou y de Berry.

Malos caminos, malas camas, pero buena comida y buenas gentes, esto es lo que se halla en *Poitou*.

Poitiers, en razon de capital, tiene personas letradas, y la sociedad y trato de la nobleza es excelente.

Esta ciudad no goza ya el privilegio de ser el pais de la Cucaña, porque el lujo ha encarecido los géneros por todas partes.

Propusiéronle á LUCIDORO muchas partidas de caza. Este es el gusto dominante de la provincia, y que desgraciadamente es poco moderado. Se encontró con un petimetre, el que despues de haberle escuchado, creyó hacerse honor publicando que LUCIDORO carecia del sentido comun. *Las gentes irracionales detestan la Razon.*

El paseo de Poitiers vale mas que toda la ciudad: es realmente magnífico, pero no es comparable con las Thuilleries, como lo vociferan los moradores. No vió en él sino algunas personas dispersas acá y acullá, que parecian aquellas sombras errantes de las que habla Virgilio en el sexto libro de la Eneida.

Loudun paró la atencion de LUCIDORO; y á juicio suyo le pa-

reció que Rebelais habia exagerado su relacion, cuando dijo, que el diablo, mostrando al hijo de Dios todos los reinos del mundo, se reservó como dominio suyo á Chatellerauc, Chinon, Donfront, y sobre todo á Loudun.

Si el Poitou no tiene escritores, tiene en despique muchos valerosos militares. En un reino son necesarias gentes de espada. La sociedad de Luzon es un comercio de regalo y de juego, que ninguno puede conseguirlo sino sumergiéndose en barro. La crasa alegría que todavia subsiste entre los moradores de Poitou, es prueba de un buen índole. Las risas no son censuradas sino porque ya no hai franqueza, ni cordialidad.

Niort es sobre todo agradable para los que aprecian las ferias y mercados, y Chatellerauc para los cuchilleros.

Berry, aunque en el centro de la Francia le pareció á LUCIDORO

un desierto. La ciudad misma de *Bourges* casi no tiene habitantes. No se halla persona alguna allí; y á poco que un extranjero se detenga en ella, creen que es algun desterrado.

La universidad junta algunos estudiantes; pero en tan corto número, que parece guardan al *incógnito*. Sin embargo, los catedráticos son hábiles, y tuvo mucho gusto nuestro viagero en escucharlos.

Algunas asambleas, ó concurrencias que frecuentó, eran al *baño de Maria*. No son muy numerosas para escitar emulacion, pero un *ovisk* suple por todo.

No le falta á la catedral, la mas hermosa del reino, sino la supresion de la tribuna. *En las ciudades despobladas la costumbre hace lei*. No tienen valor para mudar cosa alguna, aunque le tuvieron para destruir una santa capilla que, si quiera por su hermosura, debian

conservarla. *Issoudum*, *Chateaux-Boux*, tambien *Le Blanc* le favorecieron con alguna sociedad. Allí solo se trata de noticias envejecidas.

Las campiñas no le ofrecieron á nuestro viagero sino objetos tristes. No vió ni aun caminos tan necesarios para hacer revivir un país; y sacó de aqui, que la Francia tiene demasiadas ciudades, y que los campos quedarian incultos, si se hubieran de animar de nuevo.

Pasó por algunos parages, donde las conversaciones le dieron mucho que sentir. Eran una sarta interminable de frases. *Los necios de buena fe son mucho mas soportables, que los ignorantes que pretenden hacer papel de instruidos.*



CAPITULO XXXVII.

De la Marche , y del Limousin.

Es lástima que solo sea conocida la *Marche* por las tapicerias , de *Aubusson*. Parece que el ingenio está allí cercado de espinas que no puede penetrar.

Hicieron varias preguntas á *LUCIDORO*, que le dieron á entender, que aquellas gentes no se cuidaban de la literatura ni de noticias.

Guret, como capital, ostentó algunos conocimientos, con que dió gusto á nuestro filósofo. *Todas las ciudades no pueden estar á un nivel*. Las pequeñas carecen del socorro de los libros y de la conversacion. Si en ellas no se juega, seguramente hace el gasto la vecina ó el vecino. No hizo mas que comer en *Dorat*, pero fue con dos

hombres instruidos, cuya memoria ha conservado.

Limoges le mostró habitantes industriosos. El comercio está allí con mucha actividad, pero las ciencias, al parecer, son extranjeras. No las buscan, y felizmente suple el buen juicio su falta. *Las personas racionales valen alguna vez mucho mas que los sabios.* La probidad y hombría de bien hace á *Limoges* una plaza de comercio segura. Una banca rota se tiene allí por maravilla.

LUCIDORO se dilató por las campiñas y aldeas, y halló en ellas mucha cordialidad. Si los caballeros *Limosines* estuvieran menos reconcentrados en las tierras y heredades podian cultivar la literatura. El espíritu no es inclinado á enriquecerse sino en las vecindades del mar ó de los rios. Necesita correspondencias y comunicaciones.

Le hablaron mucho de las individualidades de la campiña. Fue.

le precisó ver todos los caballeros de la provincia, pero no tuvieron valor para regalarle un potro; y á la verdad son hermosos. Fuera de esto, *la Razon sabe acomodarse á los usos, á los tiempos, y á los lugares*

Brivé la Gaillarde, que nada tiene de gallarda, le recibió como todos; y *Tulles* le creyó un hombre extraordinario. Pero lo que dió mucho gusto á *LUCIDORO*, fue sorprender á muchos oficiales elegantes, que en las guarniciones no hallan ni sociedad, ni ciudad á su gusto, y que durante su semestre habitaban unas honestas cabañas, decoradas con el nombre de palacios. Entonces es preciso contentarse con una triste cama, con una comida escesivamente frugal, seguir á los paisanos en sus trabajos, y no tener, por lo comun, otra perspectiva, que unas hermanas mui feas ó mui rústicas. Además de esto, allí no hai otra fiesta, que

la de las lámparas, en las que se quemaba un aceite que apesta.

El país de *Aunis*, lleno de militares y Americanos, solo fue lugar de paso para nuestro filósofo. Se detuvo sin embargo, en la *Rochelle*, donde vió algunos Académicos que le contentaron. Se apartó de *Rochefort*, como de un país mal sano. *La razon no es esclava de la salud, pero es su tutora.*



CAPITULO XXXVIII.

Del Angoumois, de Perigore, y de la Saintonge.

No tardó *LUCIDORO* mucho tiempo en conocer que *Angouleme* era el país del regalo. Era una sucesion de comidas que nunca se acababan, ó mas bien una *manufactura de indigestiones.*

El estómago ciertamente es el se-

pulcro de la imaginacion, cuando se le da una nutricion demasiado substancial, ó demasiado fuerte, y sin embargo el espíritu recibe en desquite alimentos.

En cuanto á las costumbres, halló que eran bastante amables. Los hombres amigos de la mesa, rara vez son malos, á menos que el vino no entre á la parte; pero gracias al cielo, no se bebe ya, aunque es constante que la franqueza se ha perdido.

Angouleme festejó mucho á nuestro filósofo. Allí se ama á los extranjeros, y para mas agradarle, se jugó menos; y le introdugeron en la sociedad de personas de un talento adornado con muchas nociones.

Perigueux no se portó con menos lucimiento. Esta ciudad juntó lo que tiene de mas instruido, y mas literato entre los moradores, y su número ascendió á mas de una docena.

La nobleza del país antiquísima, y mui deseosa de anticiparse, fue á visitar á LUCIDORO. Se sacaron de los cofres á lucir vestidos viejos galoneados, y entonces se habló de las guerras antiguas, y del buen vino. Solo un pedante se hubiera disgustado de estas sencillas relaciones.

Saintes se distinguió por su buen corazon. Los naturales de esta ciudad son generosos, y á esta esquisita virtud agregan la sagacidad. Ninguno habita la antecámara de la *Gascogne*, si no tiene ingenio. Solo les falta un cierto gusto en la eleccion de los estudios.

CAPITULO XXXIX.

De Guiene, y la Gascogne.

Hubiera permanecido mas tiempo LUCIDORO en *Bourdeaux*, morada encantadora por sus paseos, y por la situacion, si se le hubiera hablado menos de comedias y del juego. Ninguno se llegaba á él sino con naipes ó dados, esceptuando en casa de aquellas personas prudentes, que conocen lo que vale el tiempo, y que solo buscan la diversion como descanso.

De este temple son muchos jueces célebres, muchos negociantes advertidos, con quienes hizo LUCIDORO su trato. Los halló tan instruidos como ingeniosos; lo que no es comun en la *Guienne*, donde se cuida mui poco del estudio, con el débil pretesto de que basta tener espíritu.

Con todo, *el alma se empobrece insensiblemente, cuando falta el cuidado de alimentarla.* Esta fue la reflexion de nuestro filósofo, pero no todos le escucharon. Y aun hubo dos petimetres que le salvaron: eran doctos, y habian leído el *Cándido*. Juzgó LUCIDORO que la juventud de Bordeaux era mui amable é ingeniosa.

La hermosura de la ciudad le dió á entender demostrablemente lo que puede un intendente celoso. M. de Tourny dió un nuevo ser á Bourdeaux. Allí se bendice continuamente su memoria, agradecimiento que justamente se le debe.

No se saciaba nuestro Viagero de mirar el puerto. Es el de Constantinopla en compendio.

Quedó mui satisfecho de la actividad de los negociantes, aunque hubiera querido que tuvieran menos inclinacion á los placeres, y al lujo. *Una ciudad comerciante debe*

temer el fausto y el deleite. Las mejores fortunas son nada, cuando se ignora contenerse en justos límites.

Vió muchos Americanos que gastaban sin moderacion; con la esperanza de volver á pasar á las islas para reparar allí sus pérdidas. Este es por lo comun su uso, en aquel punto mismo que es el instante de su regreso, y es regularmente aquel en el que carecen de dinero.

Los libreros, á quienes quiso conocer, eran instruidos, y tienen almacenes considerables.

En las grandes ciudades hai lectores de todos calibres; pero allí, como en otras partes, lo frívolo supera á lo sólido. Hizo que le leyeran algunos fragmentos de la historia de *Guienne*, por el P. Vienne, de la congregacion de S. Mauro, les mostró su satisfaccion.

Juzgó que no era lisonjero en favor de las mugeres que tienen un grado distinguido, en dejarse ver

en el teatro con menos brillantez que las demas cortesanas que ostentan magnificencia, y son señaladas con el dedo. Las personas racionales lo llevan mui mal, y los petimetres lo rien, pero ha prevalecido el uso. La costumbre es un tirano formidable.

Partió LUCIDORO para *Agen*, y encontró allí un genio mui adecuado para el comercio y la sociedad. Pasó por *Villanueva*, donde no vió sino muestras de saber y de talento: por *Cahors*, donde ninguno es rico sino en agudezas y repentes. Se detuvo en *Condom*, á quien dió el nombre del Areopago de la Gascogne. Fue despues á *Bayona*, morada bulliciosa por la vivacidad de los espíritus, despues de haber recorrido *San-Severo-Cap*, *Dax*, y otros muchos lugares del mismo tono, donde observó, que en vez de ser envidiosos, todos recíprocamente se ensalzaban, sin embargo de tener mucha ambi-

cion. Los Gascones estiman el hacerse valer, no con franquezas, sino con bachillerías.

„ *Sandis*, al vernos, dijo uno
„ de ellos, notareis hombres que
„ quieren brillar, ó por la gloria,
„ ó por el ingenio. Nuestra alma
„ es una piedra de fusil, que nos-
„ otros sacudimos sin cesar para ha-
„ cernos lucir. La vida es infeliz
„ cuando no se sabe hacerla brillar.
„ En este mundo es preciso tener,
„ ó fortuna ó industria, ó á lo me-
„ nos lábria. Nosotros nos compa-
„ decemos de un hombre que á nin-
„ guno deslumbra. *Yo apreciaria*
„ *mas ser un gusanillo de luz, que*
„ *quedarme en la oscuridad.* Noso-
„ tros salimos prontamente de nues-
„ tra patria, cuando el castillejo de
„ nuestro padre no tiene suficiente
„ esplendor.

„ Nosotros apreciamos el talen-
„ to en extractos. Aquel es siempre
„ agradable, cuando no hace mas
„ que desflorar los asuntos. Noso-

„tros atrampamos nuestro saber al
„vuelo: la pólvora se enciende, se
„da el golpe, y la victoria es nues-
„tra. Y así, cuando se trata de be-
„llo espíritu, nosotros pagamos
„siempre á dinero de contado: hai
„entre nosotros algunos que jamas
„han conocido otra moneda. Al
„cabo de la cuenta, *un dicho agu-*
„*do, vale mui bien un escudo*“

„Se nos enseña desde nuestra
„infancia, que una agudeza, y una
„travesura de ingenio es lo que
„adelanta la fortuna de nuestros
„compatriotas; y este es un agui-
„jon que nos estimula. Es preciso
„que nuestra imaginacion nos pro-
„vea de socorros, ó excusas váli-
„das, sin esto prontamente nos em-
„brollariamos con ella „

LucIDORO se divirtió mucho
con este repente gracioso. No ha-
llaba Gascon alguno al que no le
preguntase, y siempre respondian
que eran los segundos de su casa.
Preciso es, replicaba él, que los

davia mui jóven Enrique IV, tenia particular complacencia en picarse los dedos, y hacerse sangrar; para acostumbrarse, decia él, á los combates que la suerte le destinaba.

Los grandes hombres ordinariamente se dan á conocer desde su infancia.

Se quedó como suspenso LUCIDORO al oír esta relacion.

El genio Bearnés le agradó mucho: está mezclado de una franqueza y valor, que ensalzan la humanidad.

Se detuvo algunos dias nuestro filósofo en *Pau*, sin echarlo de ver. Una amable sociedad le hizo olvidar los instantes. Los petimetres creen que no puede haber cosa agradable á doscientas leguas de Paris; pero la razon no tiene ni su gusto ni sus ojos. Halló en los Navarros franceses, gentes que solo andan danzando, y que no respiran sino alegría.

El *Rosellon* tiene el inconveniente de las fronteras: hai allí una

mezcla de Franceses, y Españoles: le dieron acogimiento, pero con bastante entereza. Las cortesias del pais tienen algo de imperioso. Quiso inspirar en los habitantes mas aplicacion al estudio, y se despidió de ellos sin conseguirlo ni persuadirles, lo que le causó bastante sentimiento; porque en *Perpiñan* hai mucho espíritu.

Admiró muchas veces los *Pirineos*, aquellos montes soberbios, cuya cima se pierde en las nubes. Su vista produce reflexiones sobre la creacion del mundo, y sobre su conservacion. Se paseaba *LUCIDORO* con una especie de complacencia por entre las sombras que esparcen, y los arroyos que salen de sus entrañas. *El espectáculo de la naturaleza es el mas importante para la razon.*



CAPITULO XLI.

Del Languedoc.

Esta provincia no podia escaparse á la curiosidad de nuestro viajero. Ha sido siempre el territorio de las letras, y siempre se ha gloriado de tener sabios.

Tolosa llamó vivamente su atención: encontró allí hombres, á pesar del lujo y de los placeres; pero ellos le confesaron que su ciudad no se conocia ya despues que se habia separado de allí la simplicidad. Habia en ella personas que se privaban hasta del alimento para llevar vestidos bordados, y por entregarse á juegos ruinosos: como si la grandeza pudiera simpatizarse con tan ridícula economía.

Adolecian ademas de esto del achaque de bellos espíritus; y mu-

chos se contentaban con ser sabios por extractos. Este es el provecho que han producido los diccionarios, y los papeles volantes del tiempo; y el que los ha leído juzga sin apelacion.

Todos querian ver y tratar al amable extranjero; pero esceptuando las personas de representacion, ninguna otra le convidó á su mesa. Luego que toca la campana de comer se cierran las puertas á cal y canto. Dos estómagos no bastarian en la *Turena* y en el *Angoumois*; y uno es demasiado para el *Languedoc*. El apetito se regula segun la costumbre del pais.

Muchos hubieran querido que *LUCIDORO* jugase, pero ademas de que él no quiere perder el tiempo, temió encontrar con alguno mas hábil que él. *La timidez alguna vez es prudencia.*

Las mugeres tienen una vivacidad de lengua é ingenio, que nadie deja de admirarlas. Son mu-

cho mas instruidas que en otras partes, y lo que es mas dichoso, que no hacen el papel de sábias.

El parlamento, la universidad, y la academia cautivaron la atención de LUCIDORO. Las costumbres, el ingenio, el acento, y tambien el pais le parecieron mui agradables: allí todo se lleva hasta el superlativo.

Le enseñaron algunos edificios, y particularmente la casa de la ciudad, como monumentos mui curiosos, y se admiró al verlos.

Halió aparentes devotas ó gatzmoñas que tomaban á descuento, sobre la dicha de la otra vida, la atención y cuidado que ponian en procurarse todo lo mas cómodo y delicado.

Conoció que la vanidad de los nobles ocasionaba la decadencia del comercio; y que Tolosa por consiguiente era un hermoso desierto.

Todas las ciudades no son para el co-

mercio: se perjudicarian unas á otras recíprocamente.

Su paseo cotidiano era por la costa del canal: merece la atencion de un viagero. Allí se acordaba LUCIDORO de los grandes hombres que ilustraron el siglo de Luis XIV, y los primeros que salieron de sus manos; y sacó la consecuencia de que ellos fueron profundos, y nosotros superficiales.

Hizo que le dieran razon, segun su máxima, de la costumbre que estaba en su vigor, y dijo con este motivo, que un mismo reino no habia de tener sino un mismo código, y que no acababa de entender, como pasando de una provincia á otra, habia diferentes modos de establecerse, casarse, testar, y heredar. *La naturaleza es regulada por unas mismas leyes; ¿por qué no se imita?*

Le ofrecieron á LUCIDORO unos versos que se habian escrito en su honor: los Tolosanos se dedican

con mucho gusto á la poesia; él los alabó mucho mas de lo que ellos le alababan, porque eran mui buenos. *La razon no conoce la falsa modestia.*

Su morada en *Montalvan*, ciudad deliciosa por su situacion, le procuró la sociedad y trato de muchas personas mui amables. Le gustó mucho su conversacion: y no partió de allí sino con bastante sentimiento, por pasar á *Beciers*.

Pasó por *Nailloux*, en donde la casualidad le hizo hallarse con un jóven bien nacido, que se ganaba el afecto por su figura, y por su afabilidad, pero atormentado de vivas pasiones. Se introdujo *LUCIDORO* en su corazon, y compadeció su estado, y le dió los consejos mas tiernos y mas luminosos, y logró hacer de él un sábio. *Cuando se desea que los consejos sean eficaces, es preciso hablar como la razon. El humor, ó la dureza exaspera en vez de corregir.*

Beciers, encaramado sobre una eminencia, como un pájaro sobre un árbol, es admirable para los que aprecian el regalo, y el buen aire. Y así no se detuvo LUCIDORO allí sino para respirar y comer.

La reputacion de *Montpelier* le pareció bien merecida: halló en ella talento y sociedad, pero una inclinacion y gusto escesivo por el placer. Hierben allí las pasiones lo mismo que la sangre, y no es pequeño mérito saber calmarlas.

La facultad de medicina le regaló conclusiones, y obras dignas de la aprobacion de *Boheraave*. Se estudia allí con fervor, y no se da tributo ni á la imaginacion, ni á la casualidad; pero *la muerte andará siempre su camino.*

La tierra cubierta de olivos, incapaces de dar sombra ni recreo á la vista, le convenció de que se alababan con demasiada exageracion las campiñas del *Languedoc*, y que no pueden compararse con

las de *Turena*, ni de *Orleans*, pero no quiso disputar. *Tanto peor para los que no son del parecer de la razon.*

Vió á *Narbona* y *Carcasona*, ciudades pequeñas en sí mismas, pero á las que hace dilatadas el talento de sus moradores. Vió otras en las que le pareció que se habia perdido una generacion. No halló en ellas sino niños y viejos, sin mezclarse ni una sola persona de una edad intermedia.

Pasó á *Nismes*, ciudad célebre por su anfiteatro, obra de los Romanos, que á pesar del transcurso del tiempo, está bastante bien conservado. Jugó por condescendencia, cosa que es necesaria para hallarse con los naturales de *Languedoc* á la mesa.

Contrajo amistad con gentes de talento, que no faltan en el pais; pero no siempre fueron de un mismo dictamen; y es, que *distan algo el juicio y el ingenio.*

Muchas mugeres supieron ha-

cerse importantes: tienen modales acomodados, una conversacion viva, y una lectura proporcionada á su estado.

Al comercio sostiene la ciudad. Allí se fabrican medias bastante malas, y tienen salida por que son baratas, y porque ninguno quiere persuadirse, que el *buen género nunca es caro*.

Atravesó las *Cavennas*, como un pais donde ninguno se detiene con gusto, y donde el fanatismo, enemigo declarado de la razon, ofrece tantas escenas tan ridículas como sangrientas. Recorrió la *Roverga*: fue obsequiado por personas de juicio é ingenio, y sobre todo en *Rodés*, donde reina el genio Gascon.

CAPITULO XLII.

De la Auvernia.

Jamas habia oido LUCIDORO hablar tanto de nobleza como desde que entró en esta provincia. Se vió asaltado de caballeros, cuyos nombres acababan en *ac*, y que efectivamente son mui antiguos, aunque ninguno está obligado á creer todo lo que dicen sobre este asunto; porque habria sido preciso suponerlos de aquellos siglos de los que casi nada se sabe. Esta es la mania de casi todos los hidalgos que habitan en las aldeas. Ellos tienen genealogias que ninguno conoce.

Como quiera que sea, la nobleza de la *Auvernia* es una de las mejores del reino; pero LUCIDORO que prefirió siempre los sabios á los nobles *hubiera querido mas sabiduria, y menos antigüedad. El hom-*

bre instruido existe por sí mismo: el que solo tiene calidad vive solo por sus abuelos.

Convites continuamente repetidos le llevaron de palacio en palacio, donde le abrumaban con regalos, y dichos que manifestaban un buen corazon, pero carecian de la delicadeza del siglo. En ciertas campiñas y aldeas de la Auvernia se divierten como en tiempo de Francisco I: y cualquiera cosa que se diga, esto vale mucho mas que nuestro refinamiento. Así lo juzgó LUCIDORO: aquel que no ama, ni aprecia el talento falsificado, ni los modos fingidos. La vista de estos diferentes palacios le hicieron creer que un diccionario que contuviera la individualidad de todos los que hai en Francia, con notas relativas á su origen, y á los sucesos que en ellos acaecieron, seria muy importante, y aun necesario: seria muy del caso que esta obra la autorizase el go-

bierno, y que los que se encargasen de su egecucion tuviesen órdenes por escrito, como tambien salarios. Entonces cada señor les franquearia sus archivos, y la obra se haria felizmente.

Clermont, no fue morada incómoda para nuestro filósofo: hallóse allí mui bien. Encontró hombres de un juicio profundo, y cuyas nociones no eran superficiales. Observó que abundaban demasiado en sangre. ¿Qué remedio? Es uso del pais.

Muchos le preguntaron si era noble; y tambien, como no brillaba en cuanto á los vestidos, casi le tuvieron por vagabundo, ó aventurero. *El mayor número de los hombres quiere ser deslumbrado.* Sin embargo, su prudencia, y sus luces, le sirvieron de pasaporte.

Las grandes asambleas y tertulias le recibieron por espíritu de curiosidad, y finalizaron admirándole.

Le dieron algunas grandes co-

midas, que no se redugeron solo á comer: se discurrió allí sobre materias graves, y en esto halló LUCIDORO su deleite.

Riom, tuvo para llamar á nuestro filósofo muchos atractivos. El Presidial ó Alcaldía vale tanto como un parlamento, si se ha de juzgar de él por la ciencia de los que le componen. Se ven brillar allí los mas hábiles abogados.

S. Hour, le pareció una ciudad bastante triste. A pesar del rigor del frio, que allí se hace sentir vivamente, apenas se conocia el uso de las chimeneas. Allí se desquitan de la falta del bello espíritu con el juicio, lo que no le disgustó á LUCIDORO.

La *Limagne*, le arrebató la curiosidad; este territorio es tan agradable como fértil, donde hai paisanos los mas industriosos. Es lástima que sean obstinados, pero es un tributo que se hace pagar el suelo y el clima.

CAPITULO XLIII.

*De los estados de Borgoña,
y Borbon.*

Moulins, cautiva á los estrange-
ros con sus paseos, y con el buen
trato y sociedad de sus morado-
res. Fue bien recibido LUCIDORO
mientras que en algunas pequeñas
ciudades del territorio, fue poco
atendido, porque no leen sino el
Kalendario, y no se ocupan sino
en el juego.

Supo, pasando por *Dun-le-Roi*,
que el pueblo en otro tiempo era
supersticioso, y que creían mucho
en apariciones de difuntos; pero que
despues que el Bailío fulminó un
decreto por el que prohibia que
los espíritus entrasen en la ciudad,
la sentencia fue tan exactamente
egecutada, que desde entonces no

se oyó mas hablar de apariciones.

Atravesó el *Nivernois*, pais agradable por su situacion; y observó que en *Nevers* se estimaban las gentes de letras.

Dijon, morada mui risueña por sí misma, y en donde, para ser uno bien recibido, basta dejarse ver con fausto, y algun título, sin embargo acogió á nuestro filósofo con alguna distincion. Se le perdonó el no ir grandemente vestido, en favor de su aire noble y gracioso. *El modo de presentarse vale comunmente mas que las recomendaciones. Siempre hallan socorros las personas de talento.* Los naturales de *Dijon* son espirituosos; y si se les acusa de ser altaneros, es porque tienen dignidad en su trato.

Se le habló á *LUCIDORO* de las obras nuevas. Las conocian, y sabian hacer juicio de ellas, pero se ladeaban demasiado en favor de los libros frívolos. *La moda nunca habia de regular la suerte de una obra.*

La Academia le dió á conocer hombres instruidos, y cuya conversacion tenia algo de seduccion. Leyó algunos discursos de entrada en ella, y halló en ellos mucho talento. Estas obras por lo comun no tienen mas que un suceso momentáneo, y este es todo el honor que merecen, porque ellas alucinan pero no enseñan.

Las mugeres querian tener siempre á LUCIDORO en su compañía, aun á costa de no jugar. Tienen bastante juicio para adivinar que este viage se daría al público, y que sin duda se citaría á Dijon. Aunque agradables creyeron que el viagero era lánguido, y se divirtió con su engaño LUCIDORO.

Es lástima que esta ciudad no tenga sino un hilo de agua, y que el mallo esté tan distante de la ciudad. Algunos mal intencionados tachan á sus moradores de malignos; pero en esto los acusadores valen mucho menos que los acusa-

dos. Fuera de que *es mui dificil tener genio vivo sin ser algo mordaz.*

LUCIDORO vió á *Citeaux*, abadía célebre, donde el abad vive casi como Soberano.

Se prodigaron inútilmente los mejores vinos del pais en obsequio del amable extranjero, porque no hizo mas que probarlos. Es un néctar que inspira las mas dichosas agudezas. Mr. Pyrrhon se halló mui bien bebiéndolo.

Autun no logró por huésped á LUCIDORO sino un dia, y le pasó con gentes de talento que le hablaron de un modo mui conforme á su modo de pensar. Aqui fue donde dió una leccion mui honesta á dos frailes, que ni menos se dignaron de saludarle. *La vanidad es el colmo de lo ridículo entre gentes que hacen profesion de la humildad.*

Langres le habria agradado sin el juego, que es su principal ocupacion. Todas las concurrencias apenas conocen otro pasatiempo.

Vió á *Beaune* que se congracia á pesar de todas las necesidades, y fue á *Chalons-sur Saons* por un camino que le acordó todos los que se han hecho en Francia, y que son otros tantos monumentos que inmortalizan el reinado de Luis XV.

Los paseos de *Chalons* le parecieron encantadores, y lo son en efecto. Es preciso que la ciudad responda de esto: pero tiene ciudadanos honestos que acogen con mucho agrado á los extranjeros. Si no les dan conversaciones sábias, suplen esto con su buen corazon. Obsequiaron á *LUCIDORO*, y no queriar dejarle partir. Ellos le juzgaron un hombre honrado, cuya franqueza les agradó. *La razon, muy diferente del bello espíritu, nunca hace ruido con lo que sabe.*

Macon cuando pasó *LUCIDORO* por ella estaba reconcentrada en un baile. No quiso distraer á sus moradores de tan importante ocupacion. Supo solamente que ellos

leian alguna vez, siquiera por ir con la corriente de la literatura, y que habia personas de un talento exhornado. La campiña estaba llena de paisanas, tan curiosas como gallardas, que traian á la memoria las pastoras de los romanos.

Hubiera ido á *Bourg-en-Bresse*, pero le estraviaron; sin embargo fue allá, y encontró una buena sociedad. *La razon, mui diversa de los grandes, ve las cosas por sí misma, y no se determina por preocupacion.* Se alegró mucho de tratar á un autor, de quien hacian poco aprecio las gentes del pais. Esta es la suerte de los escritores, ellos no son estimados sino alli donde no estan. *Lo que se ve todos los dias deja de ser maravilloso.*

No se olvidó de visitar la Iglesia de los Franciscanos, que contiene mauseolos de la casa de Saboya en bello mármol, y un relox antiguo que emplea un siglo en mover una rueda.

Quiso visitar la ciudad de *Tre-
vous*, mas famosa por el diario que
lleva su nombre, que por lo que
es en sí misma; y así no vió en
ella LUCIDORO sino la sombra de
una ciudad.

Dombes tenia algunos morado-
res, cuya conversacion y trato in-
teresaron á LUCIDORO, pero *los lu-
gares pequeños son trabas para la
sabiduria*. Cada uno se descuida
aun á disgusto suyo, y lo peor es
que no lo quieren confesar. *Boileau*
decia que sucedia con las ciudades
*pequeñas, lo mismo que con las pe-
queñas personas que tienen por lo
comun mucha vanidad.*

CAPITULO XLIV.

De la Franche-Comté.

Observó LUCIDORO que los na-
turales del *Franco Condado* se ha-

cen voluntariamente frailes ó soldados: cosa otro tanto mas estraña, no siendo afectos á la sujecion. Su espíritu vago no se aplica fácilmente á las ciencias, aunque es mui capaz para ellas, principalmente en las montañas; sin embargo de esto son gentes de buen corazon. Asi lo experimentó en todas las ciudades que anduvo. Encontró personas officiosas en favorecer sin afectacion ni doblez. *El candor por ser ya tan raro es mucho mas admirable.*

Besanzon le llamó la atencion con sus fortificaciones, y mucho mas por su sociedad. Los militares, donde quiera que se hallan aumentan la buena compañía, y asimismo es casi seguro hallar entre ellos mugeres mui amables, y hombres mui instruidos. Tuvo con ellos algunas conversaciones sobre las ciencias, pero cortadas por el juego: éste es casi necesario cuando no se usa demasiado. *El juego disimula*

la falta de los que no saben conversar, ó que no quieren tomarse la pena de hablar. Todo lo que pone freno á la lengua puede pasar por un bien.

Todos se apoderaron de nuestro viagero, como de un personaje que merecia ser escuchado. Comunmente suelen decirse grandes cosas, y seria mucho mejor tenerlas.

Halló muchas personas que estaban contentas solo con existir. No es la emulacion la que atormenta á los del Franco-Condado. Deben exceptuarse á lo menos *Dole*, *Salins*, *Gray*, *Poligny* y *Lons-le-Saunier*, donde no se conocen la literatura y las ciencias sino por algunos diarios que tienen el aire de vagabundos. Los víveres estan á buen precio, y se aprovechan de ellos, sin tomarse el cuidado de la administracion del universo.

La casualidad condujo á nuestro filósofo á un monasterio de *Cenobitas*. Allí no se habló de libros ni de noticias, pero le dieron una

200 *Viage de la Razon*
espléndida comida. Hai personas
que darian todas las gacetas, y
tambien todas las bibliotecas por
una buena comida. Hai sin embar-
go bibliotecas mui bien provistas
en casi todos los monasterios.

CAPITULO XLV.

De la provincia de Leon.

*V*illafranca, aunque pequeña, no fue objeto indiferente para los ojos de LUCIDORO. Conocia allí mucho tiempo habia hombres mui apreciables por sus talentos, y los visitó con particular complacencia. Ellos le hablaron de su academia, que se conserva siempre con distincion, pero que no puede tener aquel fervor que inspira el número crecido. *El entumecimiento ó modorra parece que es patrimonio de las*

ciudades pequeñas. El alma necesita objetos que la conmuevan.

La vista de Leon fue un bien importante para nuestro Viagero. Esta morada, inmensa por la estension de su comercio, y por el número de sus moradores, viene á ser un retrato de Paris. Digan lo que quieran los de Marsella, y Bourdeos, Leon es la ciudad de Francia que representa mejor á la capital del reino; pero ellos no se conuendran en esto: porque *la preocupacion es achaque incurable.*

Llevó su atencion por todas partes, y vió tantas manufacturas, tantos almacenes y tantos artífices, que de solo verlos quedó fatigada la vista. El oro se esplaya allí con tanta magnificencia como docilidad. Se ve distribuido en innumerales tejidos diversos, y mezclarse con la seda con un gusto inexplicable. Cuanto mas varian las modas, adquiere él mas hermosura. Cada año se le da un nuevo lus-

La industria es la émula de la naturaleza.

Van á Leon los nobles, y los soberanos del Norte, y Mediodia á vestirse; y de alli tambien saca París el gusto que constituye la moda, y da el tono.

Y asi nuestro viagero no pudo dejar de decir, que una manufactura no puede estar mejor colocada que en manos de los Leoneses. Ellos tienen la paciencia, y el genio convenientes para producir los mas elegantes y magníficos tejidos. Los que se fabrican en otras partes no son mas que remedos.

Su conexion, y enlace con algunos miembros del ayuntamiento de la ciudad, y con algunos asociados de la Academia, le dieron á conocer hasta donde se estiende el talento, y espíritu del pais. No omitió la sociedad de los negociantes: estos tienen luces que los hacen verdaderamente recomendables; pero quedó mui admirado al

notar, que no ostante la elegancia y buen gusto de sus vestidos, hablaban groseramente. *La fortuna y la riqueza, pocas veces corrigen una mala educacion.* Leon se parece á todas las grandes ciudades, allí van gentes de todos paises; y los extranjeros que en ella se establecen no siempre son los mejores educados.

Las comidas que le dieron, respiraban opulencia. El comercio es el padre de las riquezas. Quedó mui satisfecho de la conversacion de las mugeres, y de su aspecto. Tienen un aire noble, que no lo da siempre la nobleza

La plaza de Belcaur, en donde estuvo un dia de fiesta, le pareció el segundo tomo de las Thuilleries. Los trages, y la afluencia de personas hacian de ella un paseo encantado. El prisma no ofrece á los ojos mas colores, ni mas variedad.

No podia huirse de la observacion de LUCIDORO el colegio.

Ademas de que los estudios estan allí florecientes, la Biblioteca es un monumento conocido de todos los que viajan. La examinó, y no halló en ella aquellos libros raros que forman el tesoro de los curiosos.

La noble simplicidad que distingue la Iglesia de Leon, y la que la libra de una multitud de prácticas que se usan por todas partes, fue mui del gusto de LUCIDORO. *No hai cosa tan magestuosa como una venerable antiguedad, digan lo que quieran el lujo y la moda.*

Despues de haber considerado bien la ciudad, en donde los edificios, las calzadas, y sobre todo el brazo con que se unen el rio Rodano, y el Saona, forman el mas hermoso punto de vista: visitó el palacio arzobispal; y la casa de campo que depende de él: estos son dos objetos que interesan á un viajero curioso.

Despues se esparció por el campo: hai en él casas deliciosas don-

de los extranjeros son admitidos, y aun convidados con mucho agrado, y adonde van los Leoneses á gastar noblemente algunos caudales.

Hai algunos que los acusan de no ser sinceros; pero no formó este juicio LUCIDORO. La razon está fundada en juzgar mas favorablemente.

Era mui justo que viese el *Fo- rez*, y que recorriese las márgenes de *Lignon*, tan agradablemente cantadas por el autor de la *Astrea*.

Montbrison, aunque ciudad mui chica en sí misma, le pareció mui grande, en razon de los hombres de talento que ha producido. El ingenio parece que se complace mas allí que en otras partes.



CAPITULO XLVI.

*Del Vivarez, y del condado
Venaisin.*

Pasó LUCIDORO á *Pui en Velay*, porque era su camino, y vió que los moradores, esceptuando el obispo del lugar (M. Pompignan), y algunas otras personas, solo se ocupaban en comer regaladamente, y en jugar, sin duda para olvidarse de la situacion de su ciudad, que está espantosamente situada.

El *Vivarez*, no le ofreció sino un pais de cucaña, donde el vivir es barato, y donde no se conoce sino por oirlo decir, ó por algunos papeles volantes que llevaban las guardias del rei, la literatura y los literatos. Allí dejan que corran los astros y los sucesos, sin ocuparse en sus revoluciones; y

no por esto se tenían por menos dichosos. Esto no ostante, *Viviers*, á título de capital, podria gloriarse de tener algunos hombres instruidos, pero es ciudad modesta, y no dice de ellos palabra.

En cuanto al condado, tan frecuentemente disputado á los papas y tan bien colocado para pertenecerle á la Francia, halló allí mucho talento, y mucha erudicion. Algo del *Ultramontanismo* deterioraba los estudios, pero nuevo gobierno, nuevo modo de enseñar.

Si el territorio de *Aviñon* correspondiera á lo de afuera, seria una de las primeras ciudades del reino. El aire es solo allí sano, en cuanto el viento le purifica. Hai una nobleza distinguida, pero que con reverencias, y muchos cumplimientos se dispensa de convidar á comer. Sus padres lo usaron así, y sus hijos hacen lo mismo. Fuera de esto, en la ciudad hai una escelente posada.

Visitó algunos conventos adornados con personas de talento. La ambicion produce gusto en favor del trabajo en todos los religiosos que dependen de Italia. Aspiran á ser obispos, ó cuando menos, teólogos de algun cardenal; cuando en otras partes es preciso ser conde, ó marques para gobernar una diócesis.

Crapentras, y Cabailon, fueron despues visitadas, y todos procuraron con ansia conocer á nuestro filósofo. No hallaron dificultad en convenir con él, en que *los impuestos destruyen la omision y pereza, y dan brazos á cualquiera territorio*. El suelo en este pais es mui bueno por naturaleza, y solo necesita auxilios, con tal que las tasas sean proporcionadas.

Le hicieron ver muchos vestigios de los papas que habitaron en Aviñon. La morada de los soberanos es para las provincias un manantial de reparaciones y belleza.

Su presencia, lo mismo que la del sol, fecunda y vivifica.

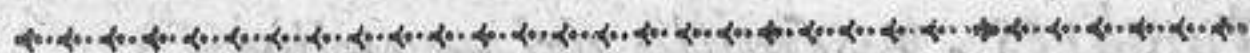
Cuatro obispados en tan corto territorio le dieron á conocer que las diócesis son mas bien arregladas cuando tienen corta estension, y que siendo menos ricos los prelados observan mas simplicidad. *La opulencia es ruina de las buenas costumbres, y sémilla del orgullo.*

La fuente de *Vauclusse*, tan celebrada por los poetas, y tan oportuna para formarlos, por las bellas reflexiones que inspiran la abundancia y el murmullo de las aguas, detuvo allí mucho tiempo á *Lucidoro*. La razon aprecia los objetos que dan que pensar.

No acertaba á ausentarse de *Lille*, aquella ciudad que parece sale del seno de las ondas, y que tiene bajo de su atencion un terreno inmenso, entrecortado con una multitud de árboles y arroyuelos; pero es preciso consagrarse á la soledad para permanecer allí. No se

210 *Viage de la Razon*
ven en ella sino judios, y algunos
ciudadanos. *Es un verdadero supli-*
cio el lugar donde no hai sociedad.

Iban allí en otro tiempo los es-
trangeros para lograr barata la vi-
da. Aquel tiempo dichoso desapa-
reció. El lujo, y la carestia de las
cosechas lo han encarecido todo.



CAPITULO XLVII.

De la Provenza.

Apenas puso el pie LUCIDORO en
este agradable pais conoció todas
sus ventajas y provechos. El ta-
lento de los moradores correspon-
de á la benignidad del clima, y la
imaginacion participa del calor del
sol. Los mas escelentes predicado-
res *Masillon, Molinier, Surian y*
Renault, tuvieron por cuna la Pro-
venza.

Aix tiene sábios, *Marsella* hom-

bres de genio, *Arlés* mugeres amables, pero en todas estas partes reina un espíritu ambicioso y entremetido. Brujuleó este defecto aun en aquellas personas que al parecer eran las mas modestas. *La ambicion con dificultad puede ocultarse.*

Conforme se iba paseando por Marsella ciudad tan bella como tumultuosa se ofrecia á la atencion de nuestro filósofo el lujo, escoltado de todas las pasiones.

Asistió en las casas de los primeros negociantes, y vió allí, ya sea en los muebles, y ya en las comidas, un compendio de las quatro partes del mundo. El comercio junta las cosas mas raras y las mas remotas.

El puerto, lugar de aplazamiento de todas las naciones, le pareció un mundo. Es el lugar de la Francia mas bullicioso, y el mas poblado. Allí se embarcan gentes y géneros para todos los reinos del universo, y se ponen á ries-

go las mas grandes fortunas. *Las cosas de este mundo circulan sobre la incertidumbre.*

Le pareció que la vista de las Bastidas, aquellas casas de campo que adornan á Marsella, y que la dominan, forman un hechicero punto de vista, pero que son demasiado pequeñas, y que estan demasiado inmediatas las unas á las otras, para no oprimir á los que las habitan. *Un filósofo no teme las miradas del público, pero no todos los del mundo son filósofos.*

Hubiera estimado mucho que no fuera tan bien admitido allí el libertinage, y que todos los mercurios que abundan en la ciudad fueran severamente castigados: que se interceptase el curso de la usura: que se introdujese el gusto de leer obras sabias y sólidas; y que se ostentara menos fausto en el comercio de la vida; pero *los deseos de la razon no son los del público.*

En Marsella se respira el pla-

cer como el aire; y si cada uno no está mui sobre sí, contrae prontamente costumbres afeminadas. La muchedumbre de las ocasiones, la mezcla de naciones, y el calor del clima, todo contribuye para que triunfe el deleite.

Rogaronle á LUCIDORO que asistiera á una sesion académica, y reconoció allí el genio del pais, espresiones nerviosas, pensamientos magnánimos, y pinturas atrevidas. El ingenio entre los Provenzales hierbe lo mismo que la sangre. Sus agudezas tienen otra energía que la de los Gascones.

Las mugeres se resienten de esta fermentacion. Ellas son tan terribles en la cólera como vivas en la conversacion. No hai ceño ni enojo en su sociedad. No hai ratos mas agradable, quando saben moderarse; pero esto les cuesta algun esfuerzo.

Aix, hubiera sido para LUCIDORO un lugar de adopcion, si se

hubiera fijado en Provenza. Los jueces encadenan los espíritus con aquel que los anima; y hacen amar las leyes con la valentía y dulzura de su elocuencia.

Un dia que nuestro viagero se paseaba por el paseo público, halló dos hombres que disputaban fuertemente sobre lo que se llama *Razon*. El uno decia, que no era sino una quimera, á la que daban cuerpo las preocupaciones: el otro porfiaba, que existia independiente de todas las opiniones. Estando en esto, se llegaron á LUCIDORO, y le nombraron por árbitro; pero inmediatamente mudaron de dictamen, diciéndole el uno al otro, este extranjero ni menos nos entenderá. Así es ciertamente como van por el mundo innumerables que nada entienden.

De aquí se infiere que los Provenzales se conocen por la fisonomia, y se persuadieron facilmente que LUCIDORO no era Provenzal.

Tienen á la verdad, el tacto mas seguro y el mas fino.

Esta pequeña escena divirtió mucho á nuestro filósofo, y la referia alguna vez con gusto y satisfacion.

Tolon, le proporcionó la ocasion de conferir sobre lo perteneciente á la marina, y con este motivo les dijo *LUCIDORO* á algunos oficiales mui amables y no menos instruidos, que se dejaba olvidado, y con poca razon, el puerto *Ambletuese* en Picardia, y que se podria sacar de él un buen partido (*).

Generalmente se halló mui contento por el modo como le reci-

(*) De cuántos puertos de España se podria decir lo mismo: puede preguntárselo el amor patriótico á muchos de Galicia y Asturias; y responderán que si se miraran con ojos mas benignos, darian innumerables provechos á la poblacion, y aumentarían considerablemente la riqueza del estado. Hago este leve recuerdo por si se abre en nuestro favor el cielo.

bieron los Provenzales: ellos estiman mucho la demostracion, esto es la esterioridad, pero sus comidas son de miniatura.

Todas las ciudades pequeñas estaban sembradas de gentes de talento: allí se ignoraban las obras del tiempo, y las hacian muchos de ellos. Frecuentó las concurrencias y tertulias, y siempre alguna metáfora despertaba la atencion. Es la figura que da mas atrevimiento y libertad al discurso; y es familiar en los Provenzales.

La campiña le pareció menos rica que agradable: es, segun la expresion de M. Godeau, *una pordiosera ó méndiga, llena de perfumes*. Tiene olivos, mirtos y naranjos; pero no tiene bosques ni prados, y mui poco trigo. Sus colinas no son buenas sino para criar carneros. Es un terreno seco y pedregoso, donde solo crece el tomillo.

El patoes del pais tiene mucho del Italiano; y LUCIDORO observó

juiciosamente con este motivo que mas de la mitad de la Francia no habla frances.

Vió obispados que se llaman honestos destierros, en razon de lo que distan de París, y de sus cortas rentas. Y así el cardenal de Polignac, llamaba como en chanza á los que los poseian, *obispos aldeanos*. Sin embargo, de estos mismos obispados han salido grandes prelados. No es la estension, ni la renta de una diócesis la que hace el mérito de un Pastor. El gran Bosuet no fue mas que obispo de Meaux.

CAPITULO XLVIII.

Del Delfinado.

Esta provincia, que ha dado su nombre á los herederos presuntivos de la corona, no carece de mu-

chos agrados, aunque rodeada de mentes. *Grenoble* es la morada de la mejor sociedad. Hai en ella unos ciertos particulares modos de espíritu y de razon, y una fineza que se creeria casi astucia.

Es la capital de un pais donde hai las mejores posadas de Francia, aunque á veces parecen unas simples cabañas ó barracas. La hermosura ne siempre hace cómodas las casas.

Tuvieron algunos particular placer en enzarzar á LUCIDORO con las personas mas astutas y mas instruidas. Quedó por suyo el triunfo. *La razon vence siempre al ingenio, y sus luces son la brújula de todas las ciencias.*

Las mugeres solicitaron la amistad de LUCIDORO, y lo consiguieron, esceptuando algunas preciosas ridículas, que no se dignaron hacerle la mas leve acogida, porque le creyeron demasiado sencillo y uniforme.

Si la disipacion no hubiera predominado los talentos, Grenoble seria una de las ciudades donde se cultivarian las ciencias con mas felicidad. Los naturales del Delfinado tienen todas las disposiciones para ser sábios (*). Esto les dijo

(*) No hai extranjero alguno que nos juzgue con imparcialidad, que no se admire de la viveza de los niños españoles, notando en ellos las mas preciosas disposiciones para las ciencias y las artes; lastimándose al mismo tiempo de los cortos progresos que hacemos en uno y en otro artículo. En Italia han mostrado algunos de nuestros compatriotas (aunque sin los auxilios necesarios para sus ideas), que á la frente de los mas doctos de Italia, no han temido, ni á la crítica ni á otros vanos pretextos que suele alegar la negligencia para defender los unos su amada pátria, y los otros dar ideas justas de los progresos generales de las ciencias y las artes. Si esto hubiera sabido el señor marqués Caracciolo, y se hubiera entrado algo mas en el reino, habria hallado asunto, cuando no para ensalzarnos para hablar no tan superficialmente de nosotros.

nuestro viagero, y lo que no les disgustó. La nobleza ilustra su pais. Hai innumerables casas antiguas, pero que las mas no tienen sino pergaminos viejos.

Recorrió las campiñas vecinas, y visitando la gran Cartuja, vió hermosos horrores, montes que se pierden de vista en las nubes, arroyos que se precipitan en abismos, y para concluir la perspectiva, un grupo de anacoretas mas muertos que vivos.

No es esta la Cartuja de Nápoles tan magnífica por sus mármoles y por su situacion: no es la de Pavía, tan risueña y celebrada, sino un cúmulo de celditas, á las que domina la nieve y jamas visita el sol.

Se introdujo LUCIDORO en medio de todos aquellos solitarios, y los reconoció por sus mas celosos discípulos. *Nada es tan parecido á la razon como hombres que solo se ocupan en su alma y en Dios, que*

menosprecian el siglo, y que solo estan atenedos á la eternidad.

Le presentaron como es costumbre, al partir un libro donde los viageros escriben sus nombres, y algunas sentencias relativas á la santidad del lugar. Tomó LUCIDORO la pluma, y trazó estas palabras sencillas en la apariencia, pero llenas de sabiduria.

“Entre todos los reinos y provincias del mundo, que puedan transitarse, este pequeño rincón de tierra, merece ser distinguido como el asilo de la paz y de la virtud. Yo le he visto con admiracion: yo me he detenido en él con la mayor alegria, y he dejado allí unos verdaderos filósofos que se deben, á lo menos admirar, cuando no todos merezcan el dichoso destino de imitarlos.”

Su regreso llevó á LUCIDORO á Viena del Delfinado, donde no vió sino una hermosa catedral; á Va-

lencia, donde solo halló una agradable situacion; á *Ambrun*, donde no vió sino unas sociedades monotonas; y á *Brianzon*, donde solo encontró militares economizando sus pensiones y su salud. Detúvose en algunas otras ciudades, que por su trato podian compararse al *Trietrac* ó *Chaquete*. Se informaban de todo, y todo lo relataban. Ellas se parecen á aquellas colmenas que zumban y pican.

Desde allí fue LUCIDORO á montes escarpados, desde donde vió mentalmente todo lo que habia recorrido con los ojos, y entonces paró la reflexion sobre las pasiones, proyectos y extravagancias que agitan las ciudades y las córtes, y que con la mascarilla del bien público, producen los mas extraños sucesos, y frecuentemente los mas monstruosos.

Juzgó que el siglo adolecia mucho del achaque de superficial: que se procuraba mucho menos

sondear las cosas, que desflorarlas: que los sábios eran tan raros como redundantes los ingenios: que el amor de la novedad hacia inventar cosas tan absurdas como ridículas: que con el pretesto de atender á lo mejor, se hacian frecuentemente variaciones burlescas: que los sentidos ocupaban el lugar del alma: que se descuidaba de lo necesario por ir detras de lo superfluo; y que se permitia todo, porque todos se atrevian á todo. *La independendencia es la ruina del buen órden.*

Juzgó que si los turcos fueran mas instruidos, los rusos mas libres, los alemanes mas finos, los ingleses mas amigos de los otros pueblos y mas comunicables, los holandeses mas cultos, los portugueses mas sinceros, los españoles mas laboriosos, los franceses mas solidos, los italianos mas naturales, serian estas naciones casi sin defectos; pero pensó LUCIDORO al

mismo tiempo, que no hai hombre perfecto, y que es preciso siempre pagar tributo á la humanidad por alguna parte; y que *si la malicia no es digna de disculpa, lo son las flaquezas.*

Juzgó tambien que en el número inmenso de ciudades donde se habia detenido, habia de ellas que no conocian otra existencia ó vida, que el juego: otras que se dejaban dominar enteramente del deleite, otras del interes, otras de la futilidad, algunas de las ciencias, y muchas del bello espíritu. Hubiera querido LUCIDORO que mudaran de costumbres, de carácter y de gusto, de este modo las naciones vendrian á estar todas á un nivel; pero la libertad que reina entre los hombres establece indispensablemente la diversidad. *Sucede con los hombres lo que con las flores, cada uno tiene sus matices.*

Juzgó que sobre tantas criaturas racionales que componen el

mundo entero, el mayor número ultrajaba á la razon, ó se le daba mui poco no conocerla, que tantos libros que producen diariamente las personas, y que al parecer debian ilustrar á los hombres, servian comunmente para cegarlos, y que teniendo cada uno su preocupacion favorita, se confundia fácilmente la razon con la opinion. *La exactitud de juicio se puede poner en la clase de los milagros.*

Juzgó que en algunos paises se hacia mucho mas aprecio de las modas que de las costumbres: que los talentos fútiles eran recompensados: que los hombres que trabajaban para que triunfase la razon, estaban olvidados: que generalmente hablando, hai hoy mas ambicion que emulacion, mas orgullo que dignidad, y que se conspira mas á deslumbrar que á instruir. El oro es mas apreciable que el oro en un siglo superficial.

Juzgó que era importante para
Part. II. P

reformular las costumbres y las preocupaciones, dar los empleos al mérito, establecer escuelas para la educacion de la juventud, donde el celo fuese hermanado con la luz, y el gusto con la erudicion: que los unos le daban demasiado á la razon, y los otros no le daban bastante; y que de aqui nacia la incredulidad, como tambien la supersticion. La virtud y la verdad solo se hallan en el medio.

Juzgó que el verdadero espíritu filosófico ridiculizando tantas batallas supérfluas, habia hecho un verdadero servicio á la humanidad: que cualquiera se deja llevar mejor por la paz, despues que un hombre de talento se ha burlado ingeniosamente de las muertes y combates; y que todas las disputas, ya sean literarias, ya sean teológicas, se calman insensiblemente, porque el mismo escritor hizo conocer á un mismo tiempo el peligro y la puerilidad. *La filosofia obra gran-*

des cosas cuando se contiene en justos límites y se somete á la fe.

Juzgó que una nacion de la Europa se sumergiria en el lujo: que otra si no se contrarestaban sus interpresas asaltaria mas de un imperio: que se sacrificaba todo á la fortuna, á la venganza, al deleite y aun á la pereza: que ciertos estados no subsistian sino sobre su crédito: que algunas ciudades no tenian sino un esplendor prestado: *que casi todo el mundo es infeliz, porque ninguno quiere vivir en mediocridad. Fuera de la moderacion no hai justicia ni prudencia.*

Juzgó que las pequeñas ciudades tenian pequeñas modales, pequeñas ideas y pequeños sentimientos, y que hacian alimento suyo las murmuraciones y chismes, y las ciudades grandes al contrario estaban entregadas al lujo y á todo el ardor de las pasiones: que en aquellas no habia bastante disipacion, que en esotras habia dema-

siada, y que cuando se valuan todos los paises del mundo, se halla, digámoslo así, una especie de compensacion. *No hai provecho alguno sin inconveniente, ni virtud sin algun achaque.*

Juzgó que por las correspondencias ahora establecidas en todos los paises, eran mucho mas cultos los pueblos: que la literatura se habia hecho un punto de reunion como el comercio: que las modas mismas habian contribuido á esta dichosa transformacion: que tomando el peinado y vestido de los franceses, se habia tomado tambien insensiblemente su lengua; y que la amenidad que les es propia al parecer, daba el tono. *Las mas pequeñas cosas tienen su utilidad.*

Juzgó que el siglo habia hecho algunos descubrimientos que le daban honor: que contaba soberanos, ministros, autores y artífices que se echarán menos en los tiempos venideros mas retirados; y que si

el estilo se habia corrompido bajo innumerables plumas fútiles, conservaba toda su energía y hermosura en escritores que no prestaban oídos ni á la moda ni á la preocupacion. *Es preciso ser gruñidor, ó viejo un hombre, para no estimar que pase el tiempo: cada siglo tiene su sabiduria y su locura.*

Juzgó que no se apreciaba ya ver los grandes sentimientos sino en el teatro, que todos se miraban mas á sí mismos que á su obligacion: que el lujo habia producido un interés personal, que era un verdadero *egoismo*; y que se reputaba por entusiasmo ó pasion el respeto á las leyes y el amor á la patria. *El entendimiento se ciega cuando el corazon desbarra.*

Juzgó que la Europa podia considerarse hoi como un solo imperio, cuyos dueños unos se visitan, y todos se aman con cordialidad; pero que para conocer bien las distancias que hai de una parte

á otra, y tener una idea justa y precisa de estos mismos lugares, era necesario un diccionario diferente del de Vosgien, que no obstante sus buenas intenciones, se engaña á cada paso en las distancias y descripciones; y es que las compasó por los mapas. *La moda acredita las obras, lo mismo que las telas, y por lo regular lo que ella acredita, es lo que menos vale.*

Ultimamente: juzgó que sus mismas notas, aunque son las de la razon, no contentarian á todos los entendimientos, porque cada uno tiene su modo de ver y pensar. *Todavía no se ha escrito un libro que agrade á todos.*

Despues de haber hecho un juicio tan imparcial, se supo en fin que el incógnito que acababa de hacer sus viages con el nombre de LUCIDORO, era la *Razon*, y que reposaba sobre los montes del Delphinado. Inmediatamente unos conducidos por curiosidad, otros por

el deseo de instruirse (bien entendido, que estos últimos eran muy pocos) formaron una multitud de personas de todas edades y condiciones. Pero apenas llegaron, cuando el amable Viagero, despojándose del moral disfraz con que se había encubierto, volvió al olimpo con aquella luz viva y pura que hace la esencia de la razón, y con el proyecto de visitar la América, la Africa y Asia, como lo había hecho con Europa.

Se notaron despues diversos rayos, que se esparcieron por todas partes, y que habrian disipado infaliblemente las ilusiones y preocupaciones, si la opinion y la moda no fueran los tiranos de los entendimientos.

FIN.

El deseo de instruirse (bien enten-
dido, que estos últimos eran muy
pocos) terminaron sus multitud de
personas de todas edades y condi-
ciones. Pero a esas horas, eran
de el amable Viceroy, despojando-
se del moral distax con que se ha-
bia encontrado; volvió al olvido
con aquella luz viva y pura que
hace la esencia de la razón, y con
el propósito de visitar la América,
la África y Asia, como lo habia
hecho con Europa.
Se notaron después diversos tra-
vos, que se separaron por todas
partes, y que habian disipado in-
finitamente las ilusiones y precau-
ciones, si la opinión y la moda
no luchan los tiranos de los entes
diferentes.

FIN.